

MARIO ESCOBAR

EL DILEMA

# EL DILEMA

MARIO ESCOBAR

Copyright © 2018 Mario Escobar  
All rights reserved.

## DEDICATORIA

A los que no pueden traicionar su conciencia

## AGRADECIMIENTOS

A los lectores que siempre están al otro lado de la página en blanco.

“Fuerte es el peso de la propia conciencia”.

**Cicerón**

“Una buena conciencia vale mil espadas”.

**William Shakespeare**

“La conciencia vale por mil testigos”.

**Quintiliano**

“Todo está perdido cuando los malos sirven de ejemplo y los buenos de  
mofa”.

**Demócrates**

## NOTA DEL AUTOR

Todo lo que relato en este libro está inspirado en hechos reales, aunque muchos de los acontecimientos y nombres han sido modificados para proteger a las personas implicadas.

Mario Escobar

## DILEMA:

Situación difícil o comprometida en que hay varias posibilidades de actuación y no se sabe cuál de ellas escoger porque ambas son igualmente buenas o malas.

Dilema moral; el dilema era continuismo o ruptura; seguiremos planteándonos el mismo dilema indefinidamente.

# Contenido

## EL DILEMA

### Prólogo

### PRIMERA PARTE

1 UN LADRÓN HONRADO

2 LA CIUDAD DE LOS PRODIGIOS

3 SEGUNDAS OPORTUNIDADES

4 LA CASA EQUIVOCADA

5 CHICA

6 UNA MALA SEMANA

7 CONFUSIÓN

8 DECISIÓN

9 CONDICIONAL

10 EL JUEZ

11 UNA FAMILIA PERFECTA

### SEGUNDA PARTE

12 PEQUEÑAS PESADILLAS

---

13 LA CASA ENCANTADA

14 SOSPECHAS

15 SORPRESA

16 MIEDO

17 TERROR

### TERCERA PARTE

18LA OTRA CHICA

19CERTEZAS

20SOSPECHAR DEL LADRÓN

21ESPOSA

22PADRE

23HIJA

CUARTA PARTE

24MATAR O MORIR

25EL PANTANO

26 AMOR

27SOBREVIVIR

28MALAS COMPAÑÍAS

29LA CASA

30LOCURA

31MUERTE

32VENGANZA

33SALIDA

34HISTORIAS

35JUEZ JUSTO

36ÚLTIMAS PALABRAS

37EL PANTANO

38DESESPERACIÓN

39BÚSQUEDA

EPÍLOGO

## Prólogo

Nueva Orleans, Luisiana, verano

El año 2005, con el huracán más devastador de Luisiana, fue un año de mierda para Attila Haldor, su *annus horribilis*. El robo que habían planificado su socio, Mark Winter, y él fue un puto desastre. Bueno, eso es quedarse corto. Los dos terminaron en la cárcel por intento de robo, y su socio por asesinato. Trece años en la cárcel deberían haber sido suficientes para que no entrara en una propiedad privada nunca más, pero dicen que el hombre es el único animal que tropieza tres veces en la misma piedra.

Attila se quedó mirando a la chica con la boca abierta; sentía cómo el sudor le corría debajo de su pasamontañas negro y el corazón les latía a mil por hora. Se limpió los ojos de la gota de sudor, más con el deseo de que lo que estaba viendo fuera un maldito espejismo que por el escozor que sentía. Pero la chica continuaba justo enfrente, en aquel cuarto secreto que había descubierto unas semanas antes y en el que pensaba que el dueño de la casa escondía todos sus tesoros.

Attila intentó tranquilizarse y ponerse a pensar. Estaba acostumbrado a las situaciones estresantes. Por algo había pasado más de una década en una de las cárceles de máxima seguridad del estado, rodeado de psicópatas, negros gigantes, que parecían perdonarte la vida cada vez que se cruzaban contigo, y estúpidos musculitos de la “hermandad blanca”, y había logrado conservar su culo intacto y algo más importante: su alma.

La chica suspiró, pero continuó sin levantar la cara. Un pelo limpio, rizado y pelirrojo le cubría el rostro, lo que hacía todo más irreal, como si fuera un cuento de Lovecraft de los que había leído en la universidad, cuando creyó, por un momento, que alguien podía escapar de la maldita ciudad de Nueva Orleans.

El resplandor de su linterna no terminaba de iluminarla, pero tampoco se atrevía a enfocarla directamente. Al final extendió la mano y dirigió la luz directamente atrás. El fondo reproducía en un gran mural la pared de una casa de los ochenta. La chica estaba sentada en el suelo a pesar de que en la habitación secreta había una mesa redonda con dos sillas, como la del salón de sus abuelos y en un lateral una cama con una mesita de noche y una lamparita con la tulipa rosa pastel.

El hombre enfocó a la chica y esta levantó la vista por un segundo, sus ojos verdes parecieron resplandecer antes de que los cerrara deslumbrada. Su rostro le dejó casi sin aliento. Su cara infantil de ángel le robó el poco sosiego que aún le quedaba. No sabía qué edad podría tener, pero no creía que fuera mucho mayor que su hija Anna de dieciséis años.

Las muñecas de la chica estaban vendadas, para que los grilletes no desollaran su piel suave y sensible. El monstruo había hecho eso, porque no quería que su mercancía se estropease, se dijo Attila mientras intentaba tomar aliento y pensar con claridad.

Entonces escuchó ruido en la planta de arriba, una puerta que se abría y las carreras de los niños que se dirigían al salón para continuar jugando con las videoconsolas. El ladrón comenzó a respirar agitado y se puso tenso, como una liebre que notaba cómo el hurón comenzaba a introducirse por su madriguera.

El ladrón comenzó a abatir la puerta justo antes de que la chica le mirara

directamente a los ojos. Su terror y tristeza le rompieron el alma, pero aun así cerró la puerta disimulada en la pared y subió con cuidado las escaleras hasta la planta baja. Escuchó en el salón a la madre y los niños, pero desconocía dónde se encontraba el dueño de la casa. Era un riesgo salir por la puerta principal, pero también intentar escapar por la parte trasera, por donde había entrado. Entonces escuchó unas pezuñas correteando por el suelo de madera, después un gruñido y antes de que pudiera reaccionar, vio enfrente al perro de la familia, el rottweiler le enseñó los dientes y el ladrón extendió la mano para tranquilizarle. Sin duda aquel no era su día, supuestamente la familia estaría fuera toda la mañana con su chuchó.

Una voz llamó al perro, que dudó unos segundos, pero al final corrió hasta la entrada. Attila se dirigió en dirección contraria, escapó por la puerta de la cocina que daba al jardín posterior, corrió alrededor de la fachada y saltó el seto en dirección a la casa vecina. Después salió a la calle, se quitó el pasamontañas y entró en su vieja furgoneta Ford. Mientras arrancaba el motor sentía su cuerpo estremecer. La visión de aquella pobre chica atrapada parecía esculpida en su mente a cincel. Sus ojos brillantes y aterrorizados le seguirían el resto de su vida.

## PRIMERA PARTE

### 1 UN LADRÓN HONRADO

Sara vio entrar a su marido en la casa y frunció el ceño. Aquella mañana de domingo, antes de levantarse un poco más tarde de lo habitual, se había girado hacia el lado donde dormía Attila y habría querido abrazarlo con decisión pero no estaba. Era uno de los pocos días de la semana que podían hacer el amor tranquilos. Los niños se despertaban más tarde, todos habían trasnochado y tenían poco más de veinte minutos para hacerlo y vestirse rápidamente para ir a la iglesia. Su padre era el pastor Peter Black, el reverendo más importante de la ciudad y no le gustaba enfadarle. Era cierto que ya tenía más de treinta y cinco años, pero su padre había tenido mucha paciencia con ellos, en especial con su marido. Cuando Attila la dejó embarazada con dieciocho años su padre se quedó destrozado. No quería que alguien como Attila entrase en la familia. Perteneecía a una saga de malditos salvajes del pantano y ningún miembro de su familia se había librado jamás de pasar una buena temporada en la cárcel. Al final se casaron precipitadamente, en una ceremonia triste y sobria que más parecía un entierro que una fiesta y, como había vaticinado su padre, Attila le dio una vida terrible, tres hijos y una casa destartalada a las afueras de la ciudad.

Sara conocía muy bien a su marido, no era un mal hombre, pero se había criado como un Haldor y su maldición le había perseguido siempre. Tras su última barrabasada había prometido reformarse y no meterse en líos. Trabajaba en el aserradero del tío de Sara y cumplía con todas las reglas de la libertad condicional, pero muchos domingos, por la mañana temprano, desaparecía. Él decía que era para salir a pescar, echaba de menos los pantanos, pero ella se temía lo peor.

Su marido no quería que trabajara de camarera. Decía que tenía mucha clase para mover su culito redondo delante de los clientes, pero debían pagar las facturas y las deudas los asfixiaban. Su padre se había ofrecido a ayudarlos. No le gustaba ver a sus nietos pasarlo mal y vivir en una de las zonas más pobres de la ciudad, pero Attila era demasiado orgulloso para aceptar su ayuda.

Attila entró a toda velocidad en la casa y comenzó a desnudarse. Cuando llegó a la habitación únicamente llevaba unos sexys calzoncillos largos.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Sara con los brazos cruzados. Ya se había puesto

su conjunto de los domingos: un sobrio pantalón de corte clásico, una chaqueta rosa pastel y una blusa blanca con un gran lazo justo en el centro de su pecho.

—¡Dios mío, cada día estás más guapa! —dijo mientras la abrazaba.

—No tenemos tiempo, vístete —le ordenó mientras se zafaba de él y se miraba en el espejo del baño de su habitación.

—La hija de un pastor no utiliza ese tipo de lenguaje, tendré que darle unos azotes —bromeó Attila.

Mientras ella salía de la habitación para ver cómo se encontraban los niños, Attila se observó por unos segundos en el espejo. Tenía profundas ojeras y algunas finas arrugas en la comisura de los labios y ojos, pero su cara aniñada le hacía parecer diez años más joven. Al contemplar sus ojos verdes le vino a la mente los de la chica que había visto en ese maldito sótano. ¿Por qué había ido a esa casa? Su amigo Sam le había hablado de una habitación secreta que el dueño le había mandado construir, pero en lugar de guardar dinero, joyas u obras de arte, ese capullo encerraba chiquillas. Ni siquiera se había

preocupado por preguntar quiénes eran los nuevos dueños. Únicamente sabía que eran de Nuevo México y que tenían varios niños pequeños.

Attila se puso la camisa blanca, los pantalones y la chaqueta beis, después se sentó en la cama y se colocó los zapatos marrones. Siempre relucientes, como le gustaban a su padre.

Cuando llegó a la planta baja de la casa sus tres hijos y su esposa le esperaban en el umbral. Sintió un nudo en la garganta al ver a la mayor, Anna; por un segundo se imaginó que fuera ella la chica encerrada en aquel sótano. Tenía que hacer algo, no podía quedarse de brazos cruzados. Tal vez lo mejor sería llamar anónimamente a la policía o ir él mismo a ver al comisario y pedirle que fuera a la casa para registrarla a fondo. Pero ¿qué les diría cuando le preguntaran cómo sabía lo que había en el sótano? Estaba aún con la libertad condicional por robo y colaboración en un homicidio.

—¿Te vas a quedar parado todo el día en las escaleras? Llegamos tarde — dijo su esposa saliendo al porche y abriendo el Toyota híbrido que les había regalado su padre, al menos eso sí habían tenido que aceptarlo, aunque Attila prefería su vieja furgoneta Ford.

No tardaron en salir a la autopista 10, desde su casa en Little Woods hasta Eden Isle, donde su padre tenía la iglesia; se tardaban unos veintidós minutos. Sara pisó el acelerador y su esposo frunció el ceño; siempre le regañaba por pasar el límite de velocidad.

—Llegamos tarde por tu culpa —le contestó a su gesto de desaprobación.

—Creo que Dios no se irá a ninguna parte.

—Dios no, pero mi padre sí.

Sara notaba a su marido algo nervioso aquella mañana. Normalmente los domingos estaba alegre y relajado, pero parecía crispado y nervioso. Desde su

salida de la cárcel había cambiado mucho. Incluso le había comentado que en la prisión todos los domingos bajaba a la pequeña capilla del centro penitenciario.

Aparcaron en una de las plazas reservadas a los diáconos, sabían que no le iban a decir nada a la hija del pastor y corrieron hasta el anfiteatro. La reunión estaba en plena efervescencia y nadie pareció prestar demasiada atención a los cinco miembros de la familia. Unos minutos después su suegro predicó sobre el hijo pródigo y no dejó de mirarle durante casi todo el sermón.

La gente comenzó a saludarse al final de la reunión y cuando la familia llegó a la altura del reverendo se quedaron unos segundos esperando.

—Señor Hilgonth, esta es mi hija Sara y su esposo Attila, sus hijos Anna, Alexander y Patty.

El hombre era algo mayor que ellos, pero tenía un aspecto impecable. Llevaba un traje azul hecho a medida, una corbata roja y una camisa blanca tan limpia que deslumbraba si te quedabas mucho tiempo mirándola fijamente. Por detrás aparecieron su esposa Sally y cuatro niños pequeños; el mayor no debía de tener más de cinco años.

—Encantado de conocerle, señor Haldor, soy el juez Hilgonth, acabamos de mudarnos, tenemos una casa no muy lejos de la iglesia.

—Juez, espero que pronto venga a mi casa a comer, los de Luisiana nos caracterizamos por la hospitalidad. ¿Por qué no se unen hoy a nosotros? Mi hija y su familia también estarán —dijo el reverendo dando la espalda a su yerno. Attila frunció el ceño, tenía unas ganas tremendas de fumar un cigarro. Había dejado el alcohol desde su entrada en la cárcel, también las drogas diez años antes, pero de vez en cuando necesitaba un pitillo.

Su mujer le siguió algo enfadada.

—¿Por qué te has marchado así? Mi padre nos ha invitado a comer, estará también el juez, por favor compórtate.

Attila la miró furioso.

—No me jodas...

—¿Qué?

—Las comidas con tu padre son mortalmente aburridas, pero con un juez, Dios santo. Soy un maldito...

—Un maldito obrero del aserradero, nada más —dijo ella mirando a un lado y al otro.

—Un maldito don nadie, quieres decir.

Los niños llegaron hasta el coche y los tres se montaron en el Toyota. Mientras el vehículo se ponía en marcha, Attila recordó dónde había visto la cara de esa mujer, la hermosa y perfecta esposa del juez. Había sido en la repisa de la entrada, justo al lado de la cestita donde los dueños dejaban las llaves. Sintió un escalofrío que le recorría toda la espalda. La casa que había intentado robar era la del juez y aquel tipo que desprendía encanto y éxito por cada poro de su piel, tenía a una chiquilla encerrada en el sótano de su casa.

—¡Madre de Dios! —exclamó en voz alta.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Cosas mías —dijo intentando disimular su gesto nervioso. Miró al otro lado e intentó tranquilizarse. Tenía que aclarar sus ideas y no cometer ninguna maldita estupidez.

Cuando llegaron a la casa de su suegro, el coche del juez estaba aparcado en la puerta. Un Tesla impresionante con la última tecnología. Recorrieron el sendero hasta el porche y rodearon la casa para ir al jardín. La familia del juez

correteaba por el césped y él tomaba una limonada junto al reverendo. Lo miró durante unos segundos a través de sus gafas de sol y deseó estar equivocado, pero sabía lo que había visto. Estaba completamente seguro.

## 2LA CIUDAD DE LOS PRODIGIOS

El olor a panceta y hamburguesa, poco a poco, fue amortiguando la torturada cabeza de Attila. Los niños disfrutaban en la piscina con sus nuevos amigos, sobre todo la pequeña. Su esposa hablaba amistosamente con la señora Hilgonth y su suegro parecía disfrutar a lo grande con el juez mientras él tomaba su segunda Coca Cola y deseaba con toda su alma beber una cerveza helada.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el juez llevándole un nuevo refresco.

Attila le miró fijamente, intentaba escudriñar debajo de aquella fachada de hombre perfecto el monstruo que se agazapaba en alguna parte, pero lo más inquietante del juez Hilgonth era su normalidad. Tenía el pelo entrecano y rubio, demasiado largo para un juez, los ojos azules color cielo, una sonrisa agradable y una barba corta, que únicamente les queda bien a los hombres extremadamente atractivos. Ya no llevaba el traje elegante de la iglesia, se había cambiado la ropa y parecía relajado y contento.

—Sí, muy bien. Es domingo, mi día favorito —dijo irónicamente.

—Le entiendo. La casa de su suegro, un pastor bautista serio y duro, un trabajo digamos por debajo de sus posibilidades y sintiéndose juzgado por todo el mundo a cada momento. Sé de lo que hablo, me dedico a juzgar a las personas. En Nuevo México las cosas no son muy distintas, la gente se fija en las apariencias y no quiere dar oportunidades a los que piensan que no las merecen.

Attila frunció los labios. Por un lado, tenía ganas de decirle que podía meterse su comprensión y amabilidad por donde le cupiera, pero era la primera persona con la que conectaba en mucho tiempo. Por unos segundos

olvidó lo que había visto en el sótano e intentó comprender a aquel tipo. Tenía ventaja sobre él.

—¿Por qué se han trasladado a Nueva Orleans? No será por el clima.

—Bueno, Nuevo México era un lugar de paso. Mi carrera estaba estancada y, sobre todo, prefiero vivir más cerca del Este. Me crié en Carolina del Norte, en una ciudad pequeña; estudié en Charlotte y después viví en muchos lugares; ahora soy un padre de familia y tengo que velar por su futuro. ¿Me comprende? Cuando uno tiene hijos su vida anterior desaparece. Ya no vale nada lo que deseas, lo único realmente importante es lo que necesitan ellos —dijo señalando a sus hijos que estaban disfrutando en la piscina.

Attila le miraba sorprendido. ¿Cómo podía hablar así? ¿Era un cínico, un psicópata o simplemente estaba riéndose de él? Dio un largo suspiro, bebió el refresco casi helado y cerró los ojos. El rostro de la chica del sótano le golpeó de nuevo y cambió el gesto inconscientemente.

—Sí, bueno, tengo el estómago algo revuelto. Será que tengo hambre, esta mañana no he desayunado.

Su suegro se acercó con una bandeja llena de carne. No solía cocinar nunca, tenía una anciana que llevaba más de cuarenta años cuidando de la casa y haciendo la comida. Su mujer la llamaba Mamá Louise, pero era un verdadero experto con la barbacoa.

—Dejen la charla para otro momento, la carne se enfría.

Mientras todos comían sentados en la larga mesa que había en el cenáculo cubierto al lado de la piscina, Attila daba vueltas a la comida sin mucho apetito. Estaba inquieto y se movía incómodo en la silla. Si se marchaba con alguna excusa, podría sacar a la chica del sótano y dejarla delante de alguna comisaría, pero con la tecnología actual podrían ver su furgoneta en alguna

cámara y lograrían dar con él. Entonces, ¿cómo explicaría lo sucedido? Lo mismo ocurría con los teléfonos. Si lograba encontrar una cabina en algún lado, una cámara estaría apuntando directamente a su cara. Perdería la libertad condicional por intento de robo y le pondrían en la celda más profunda y tirarían la llave. Además, ¿cómo alguien podía creer que el juez Hilgonth era un maldito psicópata?

Su esposa le dio un discreto puntapié por debajo de la mesa y abrió mucho los ojos para que reaccionase.

—¿Qué te pasa? —le susurró al oído.

Él negó con la cabeza y comenzó a comer un poco de la carne de primera que siempre compraba su suegro.

—¿Usted sabe de carpintería? —le preguntó la esposa del juez.

—¿Perdón? —dijo Attila que no había escuchado la pregunta.

—¿Es carpintero? ¿Verdad?

—Bueno...

—Sí, es un excelente carpintero. De hecho, estoy animándole a que abra su propia empresa, pero... —contestó la mujer.

—Algún animal nos ha roto un trozo de la valla de madera. Mi marido es un gran juez, pero muy torpe con cualquier cosa que tenga que ver con las manos. ¿Cree qué podría venir a echarle un vistazo?

El hombre dudó por unos segundos, pero enseguida vio la oportunidad que eso conllevaba. Si volvía a la casa tendría una excusa para avisar a la policía. Una razón para descubrir la habitación secreta.

—Sí, claro. Mañana tengo turno de tarde. Podría ir temprano.

—Perfecto, le estaríamos muy agradecidos —dijo el juez con un gesto

nervioso, como si por unos segundos se hubiera olvidado de ponerse la máscara de normalidad y cordialidad.

—¿Le gusta Nueva Orleans? —preguntó Sara a la mujer.

—No hemos visto gran cosa. Ya sabe, la mudanza, matricular a los niños, buscar una buena guardería... Cambiar de casa es agotador, es la quinta mudanza en seis años.

—¡Cielo santo! Y yo me quejo por no tener espacio —bromeó Sara.

—¿Quieren dar un paseo por el centro de la ciudad? —preguntó su suegro—. Nueva Orleans es la ciudad de la perdición, no les voy a mentir. La mezcla de vudú, ateísmo francés y sexo salvaje han convertido a esta ciudad en un antro de perdición, pero la arquitectura criolla es bellísima y se conserva muy bien. Afortunadamente el huracán no lo destruyó todo.

Tras la comida descansaron en las hamacas que daban al jardín tomando una limonada y más tarde, cuando el sol bajó un poco, se dirigieron al centro de la ciudad. Su suegro llevaba a sus hijos, Attila estaba sentado al lado de su mujer, totalmente absorto en sus pensamientos.

—¿No sé qué te pasa hoy? Todo el rato con la mirada perdida, callado y pensativo. Entiendo que odies estar en la casa de mi padre y más con esos desconocidos, pero tú no eres así.

—No tengo un buen día. ¿Qué te parece ese juez?

—Bueno, un hombre normal, atractivo...

—No estoy preguntándote eso. ¿Te parece un tipo fiable? —le dijo Attila para intentar sonsacar a su mujer. Ella tenía un sexto sentido para esas cosas.

—Los hombres en general no me parecen fiables, pero es un juez.

—Entiendo —dijo volviendo a mirar por la ventana y perderse su mente

entre los lagos que rodeaban la ciudad, como amenazantes recuerdos de que en cualquier momento podían volver a desbordarse y devorar a sus resignadas víctimas.

### 3 SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Sentía un fuerte dolor en las muñecas, calambres en las piernas, la boca seca y las heridas le escocían por el sudor y la humedad. No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada en ese cuartucho oscuro. Dentro del agujero no había ni día ni noche, como si se encontrara de nuevo en el vientre materno, aunque en lugar de flotar en un líquido agradable y escuchar los latidos del corazón de su madre, sentía el sopor de las drogas que aquel hombre le ponía y el martilleo en las sienas de sus palabras.

Su familia de origen ucraniano apenas llevaba dos años en el país. Habían escapado del horror de la guerra a la que parecía que Occidente se había acostumbrado y ahora era extranjera. Sabía perfectamente inglés, su aspecto era occidental y, aunque todo eso la había ayudado, no era fácil adaptarse a un estilo de vida superficial y obsesionado con comprar cosas. Su madre trabajaba de camarera de habitación en un gran hotel y su padre era electricista, aunque en Ucrania fueran dos reconocidos médicos. Ella estudiaba en el instituto y esperaba llegar a la universidad para sacarlos de su miserable vida; por eso se esforzaba en conseguir becas y aspirar a una buena universidad del país. No sabía cómo había llegado hasta ese sótano, apenas recordaba nada, las drogas no la dejaban pensar con claridad. Lo último que recordaba era su salida del instituto. Después había caminado un par de manzanas para tomar el autobús y un coche se paró cerca. Luego todo fue oscuridad. Un hombre con una máscara la despertó echándole un cubo de agua y en ese momento comenzó su calvario.

El tipo la había violado en varias ocasiones, primero con delicadeza, como si fuera su amante, pero cada vez se ponía más agresivo. Ella intentaba no oponer resistencia. No entendía por qué la había elegido precisamente a ella.

Intentó colocarse en otra postura, pero las cadenas no le permitían moverse mucho. Únicamente la dejaban acercarse a la cama cuando él entraba. Primero la limpiaba con una esponja, la maquillaba y ella tenía que representar un absurdo papel de colegiala que llega de clase hasta que el hombre se excitaba lo suficiente; después, la brutalidad, los golpes, las lágrimas, hasta que se desmayaba por el dolor. El hombre le llevaba comida todos los días, pero pasaba poco tiempo con ella. Parecía que los sábados por la noche era su momento libre y se dedicaba durante varias horas a torturarla.

Katrina Kozel, escuchaba una y otra vez, el hombre conocía su nombre, sabía quién era, la había escogido, no era una muñeca al azar, tomada entre miles de chicas que había en la ciudad. Pero ¿por qué a ella?

No estaba segura de si se trataba de un sueño o le había visto realmente. Durante unos segundos se había hecho la luz. Al principio había comenzado a temblar, sabía que eso significaba dolor, mucho dolor. Por eso no había levantado la cara, intentando retrasar lo inevitable, aunque luego comprendió que había algo fuera de lugar. El hombre había venido la noche anterior, estaba segura de que no había pasado ni un día. Ya que aún notaba su olor, las rozaduras y moratones no habían comenzado a sanar. Entonces se decidió a mirar, pero una luz la deslumbró y apenas pudo distinguir a una figura completamente vestida de negro. Sus miradas se habían cruzado un segundo y después aquel tipo se había marchado.

¿Qué podía esperar? Se preguntó mientras intentaba ponerse de pie. Todos los días movía las piernas, para que estuvieran en forma. Había planeado escapar, estaba casi segura de que aquel hombre cuando se cansara de ella la mataría, deseaba al menos intentar escapar de allí. No quería morir como un animal y terminar en algún agujero de los pantanos.

Rezó unos momentos y después comenzó a pensar de nuevo en su plan.

Cuando el hombre entrase y le cambiara la ropa, tendría que soltarla un momento, le golpearía con todas sus fuerzas en la entrepierna y saldría corriendo. No pararía hasta llegar a algún sitio seguro.

—Dios mío ayúdame —musitó. Recordó los iconos de la catedral de Kiev, donde su abuela solía llevarla. No tenía mucha fe, sus padres eran ateos, pero sabía que su abuela estaría rezando por ella. Si había un Dios en los cielos la escucharía y la arrancaría de las garras de aquel monstruo.

Escuchó la puerta, se sintió primero confusa y después aterrorizada. Aún no estaba preparada. Escuchó unos pasos y la luz se encendió de repente. El hombre estaba sin máscara y eso le asustó aún más.

—No tenemos mucho tiempo princesa, pronto tendrás que partir, pero no temas, yo cuidaré de ti. Estoy seguro de que estarás en un lugar mejor que este infecto mundo —dijo el hombre con el rostro triste, como si sintiera algo parecido a la compasión—, pero antes jugaremos por última vez.

## 4LA CASA EQUIVOCADA

Sacó las herramientas de la furgoneta y caminó por el sendero hasta la fachada principal. La residencia de los Hilgonth era una de las más bonitas del vecindario. Imitaba las antiguas mansiones sureñas, pero a una escala algo más pequeña. El inmenso porche sobre columnas de mármol, una balconada corrida que comunicaba por el exterior todas las habitaciones de la segunda planta y un tejado a dos aguas con un toque francés. Attila llevaba puesto el mono de trabajo, sentía cómo le sudaban las manos y su corazón comenzó a acelerarse en cuanto la mujer del juez le abrió la puerta.

—Hola Attila —le dijo con una confianza que le hizo sentir incómodo.

—Señora Hilgonth, espero no molestar.

—No, es la hora perfecta. Los niños están en el colegio y no le molestarán. No me gustaría que se clavaran algo o se hicieran daño. La chica que me ayuda se ha marchado, pero no se preocupe tengo preparada una limonada. ¿No le parece que hoy hace un calor horrible? —le preguntó la mujer secándose el canalillo del vestido ajustado de flores. Su piel era muy blanca, una típica belleza sureña de pelo rubio, ojos azules y formas perfectas.

Attila entró en la casa y siguió a la mujer, que llevaba un vestido casi transparente donde se intuía sus curvas y la ropa interior. A diferencia del día que la había conocido, le parecía una mujer imponente.

Se dirigieron a la cocina y la mujer se paró delante de una gran jarra de cristal con agua de limón, le ofreció un gran vaso al hombre y este bebió con avidez. El ambiente era bochornoso y la situación no dejaba de ponerle algo tenso. Quiso centrarse en la chica que estaba en el sótano. Además, él y su esposa se encontraban muy unidos, la quería con locura y no quería perder la

cabeza con la mujer de un juez; un juez como Alan, un psicópata y sádico torturador.

—¿Dónde está la valla rota? —preguntó algo nervioso.

—En la parte de atrás. Yo estaré dándome un baño si no le importa. Llevo sudando todo el día. He hecho un bizcocho, el pan y parte de la comida. La gente cree que la vida de un ama de casa es fácil, pero yo le aseguro que puede ser muy estresante —dijo mientras se ponía al trasluz de la puerta. El ajustado bañador parecía marcarse de una forma tan sensual, que tuvo que apartar la mirada.

Caminó hasta la valla y comenzó a examinarla. El trabajo no podía llevarle más de una hora. Tenía que retirar algunas maderas podridas, poner las nuevas y darles una mano de pintura blanca.

Llevaba quince minutos trabajando cuando comenzó a escuchar los chapuzones de la señora Hilgonth en la piscina. Se giró un segundo y la vio primero nadar y después salir chorreando del agua. Tenía mojado el pelo, el cuerpo cubierto de brillantes gotitas y el ajustado bañador marcaba casi cada poro de su piel. La mujer se tumbó al sol y él pensó que era la oportunidad perfecta para intentar bajar al sótano.

Dejó la valla y caminó por el césped hasta la cocina, desde allí se aseguró de que la mujer no se movía y se quedó absorto unos segundos. Era mucho más esbelta que su mujer, a pesar de haber tenido tres hijos, sus pechos eran más grandes y sus caderas perfectas, sin duda hubiera podido ser modelo profesional.

—¡Joder! —se dijo para reaccionar. Tenía que ir al maldito sótano, cerciorarse de que la chica estaba bien y después llamar a la policía. Esperaba que los agentes no hicieran demasiadas preguntas. Aún no sabrían que en aquella casa vivía el nuevo juez y tendrían que hacer su maldito

trabajo.

Caminó despacio hasta la puerta que había debajo de la escalera, encendió la luz y descendió lentamente, como si temiera que el juez se ocultara en las partes oscuras del sótano. Llegó hasta la estantería repleta de herramientas, tocó con las manos la apertura de la pared falsa y estaba a punto de dar con el mecanismo cuando escuchó una voz a sus espaldas. Se giró con el corazón acelerado y tomó un gran destornillador.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó la mujer del juez. Estaba seca, pero el pelo aún parecía húmedo. Llevaba puesto un pareo que dejaba ver más de lo que ocultaba.

—Me faltaba un destornillador grande —dijo algo nervioso, se dirigió a la escalera y comenzó a subir. La mujer le esperó hasta que pasó junto a ella casi rozando su cuerpo. Notó su cuerpo caliente por el sol y el vello de los brazos se le erizó de repente. Sentía una mezcla de excitación y miedo.

—Aquí no suele bajar nunca nadie. Mi marido nos lo tiene prohibido. No sé qué oscuros secretos oculta —bromeó la mujer.

Attila la miró sorprendido. Sus rostros estaban a pocos centímetros. Sintió su aliento cálido y pudo observar hasta los matices grises y azulados de sus ojos. Vio en ellos deseo y se asustó. No quería engañar a su mujer, pero mucho menos con la esposa de un juez.

—Nos comentó ayer que no era muy manitas, no le gusta trabajar con las manos.

—Eso es cierto, pero no ha visto las maquetas bélicas, hace maquetas enormes de la Guerra Civil americana. Es un confederado de los pies a la cabeza, aunque ahora no sea políticamente correcto reconocerlo.

—Ya entiendo.

Aquello era casi lo mismo que decir que era racista, reaccionario y odiaba a los liberales de Washington. En el sur mucha gente pensaba como el juez, pero pocos estaban dispuestos a admitirlo.

Regresaron a la cocina y la mujer se quedó parada enfrente, le miró de arriba abajo y después con su cara de dama del sur, de ángel inocente le dijo:

—¡Dios mío, está sudando! Con este sol no es bueno trabajar en el jardín. Quítese ese mono, le dejaré ropa de mi Alan, creo que deben tener el mismo tamaño.

Attila se quedó quieto, no sabía cómo reaccionar: su plan había fracasado y aquella mujer parecía a punto de abalanzarse sobre él.

La mujer comenzó a tirar de uno de sus hombros justo cuando se escuchó la puerta abrirse, unas llaves tintineantes y unos pasos que se aproximaban.

Attila se puso rígido y dio un paso atrás, separándose de la mujer.

—Señor Haldor, no me acordaba de que iba a venir a arreglar esa valla.

—Sí, señor juez —tartamudeó.

—Por favor, llámame Alan. Espero que mi bella esposa te haya tratado bien —dijo abrazándola por la cintura—. Es de la vieja escuela, amabilidad sureña.

—Deja de tomarme el pelo —contestó la mujer dándole un pequeño golpe en el hombro.

—Me tiene loco —comentó el hombre abrazándola.

—Bueno, yo me marcho...

—¿Terminó de arreglar la valla?

—No, pero puedo regresar mañana —dijo Attila, con la esperanza de que al

día siguiente pudiera concluir lo que había ido a hacer.

—Naturalmente, le estamos muy agradecidos. El señor Haldor es algo tímido para ser de Nueva Orleans. Le estaba diciendo que se cambiara de ropa, está sudando a mares.

—Con una mujer como la suya, no creo que ande fijándose en la del prójimo. Y menos usted, el yerno de un reverendo —dijo burlonamente el juez.

Attila no contestó, se limitó a salir al jardín, tomar sus herramientas y regresar a la cocina. Cuando entró contempló a la pareja besándose apasionadamente. La mujer pareció ruborizarse al verle y se separó de su marido.

—Hasta mañana —dijo mientras se dirigía a la entrada principal.

—¿Cuánto le debemos? —preguntó el juez sacando un gran fajo de billetes.

—Nada, tómelo como un acto de bienvenida. Estamos contentos de tener a una familia tan distinguida entre nosotros.

La pareja sonrió mientras cerraba la puerta. No podía dejar de preguntarse si ella sabría más de lo que parecía. Al principio le había dado la impresión de ser una madre y esposa ingenua, pero ahora pensaba todo lo contrario. Aquella pareja parecía ocultar más secretos de los que él podía imaginar.

En cuanto Attila salió de la casa, el juez atrapó a su mujer por la espalda y le dijo al oído:

—Veo que te gusta nuestro vecino. ¿Verdad? Has sido una chica mala —le dijo al oído mientras le apretaba el cuello.

## 5CHICA

Anna regresó de la escuela por el camino más largo. Le gustaba acompañar a su amiga antes de regresar a su casa. No la dejaban mucho tiempo sola y aquel era uno de los pocos momentos del día en el que podían hablar sin tener media docena de moscones danzando a su alrededor. A pesar de haber cumplido dieciséis años ya era tan alta como su madre y, aunque el cuerpo aún no había terminado de desarrollarse, era una de las chicas más guapas del instituto.

La chica caminó por la calle ajardinada, los árboles de aquella zona cubrían de sombra todo el paseo y las flores crecían a los lados desprendiendo un aroma muy agradable. Apenas se cruzaba con nadie por la calle, como mucho algún coche que pasaba a toda velocidad en dirección al centro comercial o a la ciudad. Estaba llegando a tres manzanas de su casa cuando sintió que un coche aminoraba la velocidad y comenzaba a acercarse a ella. Se giró algo asustada, tomó su teléfono en la mano para llamar a alguien, pero antes de que pudiera hacerlo, escuchó una voz familiar que la tranquilizó en parte.

—¿Anna? Hola, soy el juez Hilgonth, ayer estuve con mi familia en la casa de tu abuelo.

La chica sonrió, era bastante tímida, pero aquella familia le había caído bien. No tenían ningún hijo de su edad, pero al menos su hermana Patty la había dejado en paz un momento. La pequeña siempre quería estar pegada a ella y a veces se ponía un poco pesada.

—Juez Hilgonth. ¿Cómo se encuentra? —preguntó con una voz tímida.

—Muy bien. ¿Quieres que te acerque? Parece que va a comenzar a llover —dijo mirando hacia el cielo.

La chica observó las nubes negras y sintió las primeras gotas. Las tormentas

podían ser muy persistentes en aquella época del año, pero no hacía frío, de hecho, un poco de lluvia se agradecía.

—No se preocupe, ya estoy acostumbrada a mojarme —dijo la chica mientras comenzaba a llover copiosamente.

En menos de un minuto el agua corría por la calle, la chica se colocó la capucha encima, pero ya estaba completamente calada. La blusa blanca del uniforme era casi transparente.

—De veras. Sube. No puedo dejarte en medio de este vendaval.

Anna al final se montó en el coche y el hombre condujo muy despacio. Ella estaba a su lado, tenía la respiración agitada y su pecho subía y bajaba rítmicamente.

—Tu padre estuvo esta mañana en casa haciendo unos apaños. Es bueno arreglando cosas —comentó el hombre.

—Mi madre suele decir que es mucho mejor jodiéndolo todo. Perdón —dijo la chica al darse cuenta de lo que había dicho.

—No te preocupes. Los padres a veces somos un coñazo —comentó sonriente para que la chica se confiara.

Estuvieron unos segundos en silencio, el hombre la miró disimuladamente las piernas y le dijo:

—Eres muy guapa, seguro que tienes un montón de admiradores.

—Los chicos de ahora son muy tontos, prefieren estar encerrados en sus casas todo el día con las videoconsolas o en pandilla haciendo el café.

—Quién tuviera la suerte de ser adolescente ahora. Antes las cosas eran muy lentas y todo el mundo parecía demasiado mojigato, mis hermanos mayores vivieron otra época, pero los ochenta y noventa no fueron gran cosa —dijo el

juez.

—¿Cómo está su esposa? —le preguntó la chica, a la que le incomodaba casi más el silencio que el continuar charlando. Fuera seguía lloviendo a cántaros.

—Muy bien se ha quedado en casa. Estaba muy cansada, en un rato tiene que recoger a los niños. Cualquiera día de estos puedes pasarte y bañarte en la piscina. Trae a tu madre y tus hermanos o a alguna amiga.

—Gracias juez Hilgonth.

—Llámame Alan —contestó con una agradable sonrisa. Anna le miró algo sorprendida. Aquel hombre era tan mayor como su padre, pero parecía tener mucho mejor rollo. Incluso le pareció atractivo, al menos más que sus estúpidos compañeros.

Llegaron al lado de la casa y el coche se detuvo. El hombre la miró de arriba abajo, ella intentó abrir, pero la puerta estaba bloqueada. Se puso algo nerviosa.

—Lo siento, está el bloqueo automático. Dicen que Nueva Orleans puede ser una ciudad peligrosa.

—Nunca me ha pasado nada.

—Querida, soy juez y sé lo que sucede en la ciudad y te prometo que no es seguro ir de regreso a casa caminando.

—Mis padres trabajan hasta tarde, mis hermanos están con una cuidadora hasta que yo llego, después me quedo con ellos hasta la noche. Estoy acostumbrada a cuidar de mí misma.

—No lo dudo —dijo sonriente.

La chica bajó del coche y el hombre se fijó en sus largas piernas, la falda era demasiado corta e insinuante. Se giró y le sonrió con una mezcla de ingenuidad

y picardía. Él le hizo un gesto con la mano y la vio caminar hasta la casa. Aquella zona estaba casi al lado de otra que era una de las más pobres del condado. Un par de kilómetros más al sur las bandas se dividían el territorio. Muy pocos blancos vivían ya en los antiguos suburbios para obreros. La familia de Attila parecía caminar en los límites de la pobreza, aunque tenían al padre de Sara, que siempre les echaría una mano.

El hombre arrancó y se alejó despacio de la casa. Sabía que no debía fantasear con la hija de los Haldor. No era buena idea llevarse a alguien muy cercano. Lo primero que investigaban los policías era el entorno de las víctimas, él conocía todos los trucos. Llevaba toda la vida en el mundo de la Ley. Había metido a muchos cabrones entre rejas, aunque lo que nadie podía sospechar era que el juez Hilgonth podía pasar por uno de los peores depredadores sexuales de los últimos veinte años. Se acordaba de todas y cada una de sus víctimas. Ahora que era padre y esposo las cosas se le habían complicado un poco, pero no había mejor coartada para un asesino que parecer un respetable padre de familia.

## 6 UNA MALA SEMANA

Attila vio cómo el coche del juez desaparecía por el fondo de su calle y pisó el acelerador, entró en la rampa del garaje y frenó en seco. Corrió hasta la casa y buscó a sus hijos por todas partes. El mediano estaba en la planta de arriba haciendo las tareas, la pequeña en la cocina con Anna. Intentó calmarse un poco, aunque no dejaba de tocarse el pelo y la cara. Tomó de la nevera un refresco y se lo bebió casi de un trago y, cuando se encontró más sosegado, se apoyó en la encimera y comenzó a hablar con su hija.

—He visto al coche del juez Hilgonth desaparecer al fondo de la calle.

—El juez me trajo a casa. Me vio por la calle y se ofreció a llevarme. Estaba lloviendo a cántaros.

—¡Joder, Anna! ¡Ya sabes que no te puedes subir en el coche de un desconocido! —dijo el padre nervioso, aunque intentando calmarse. No quería asustarla.

—Ayer comimos con ellos en la casa del abuelo, por eso pensé...

—No quiero que estés sola con un hombre en el coche. ¿Entendido?

—Está bien. Los adultos sois muy complicados, no quiero que me rayes.

La chica dejó la cocina dando un portazo y se subió a su cuarto. Attila se quedó con la pequeña que comenzó a llorar asustada. Sabía que había metido la pata, no había nada peor que decir a un adolescente que no hiciera algo, para que te llevara la contraria.

Necesitaba tomar una cerveza, aquella semana estaba siendo una verdadera pesadilla. Pensó en olvidarse de todo. De la chica, del sótano, del maldito juez y seguir con su vida. Al fin y al cabo, miles de personas desaparecían

todos los días en el mundo. Él no podía salvarlas a todas. Salió de la casa y se dirigió directamente al bar que había al otro lado del barrio, no quería que ningún bocazas le dijera algo a su esposa. Entró en el local a oscuras y pidió una cerveza. Media hora más tarde ya había tomado cuatro y comenzaba a experimentar los efectos. Se había olvidado de lo que era sentirse algo mareado. Una mezcla de placer y anestesia de la realidad, aunque sabía que al día siguiente las consecuencias solían ser letales, sobre todo para una personalidad como la suya.

En ese momento entró en el local un viejo conocido, Sam Bacon, era un tipo del pantano como él, pero llevaba años viviendo en la ciudad. Se acercó y se pidió una cerveza.

—Hola Attila, hacía mucho tiempo que no te veía por aquí. Me habían dicho que ibas a la iglesia con tu esposa.

—Bueno, necesitaba relajarme un poco —le contestó con desgana. No quería hablar con nadie.

—Tengo la sensación de que esta ciudad te atrapa y es muy difícil escapar de su influjo. Aunque creo que la maldición criolla se extiende a todo el estado de Luisiana y Misisipi.

Attila le miró con escepticismo, su viejo amigo pertenecía a una familia supersticiosa de los pantanos. Antiguos nietos de esclavos que habían traído sus supersticiones de África con ellos.

—La única fuerza en la que creo es en la de la razón. Me gusta ir con mi mujer a la iglesia, sé que es bueno para los chicos, pero no me creo ni la mitad. Son todo leyendas, cuentos antiguos.

Sam miró a un lado y al otro, después se acercó hasta el hombre y le dijo en un tono suave:

—Yo lo he visto, he visto al mal. No estoy hablando de supersticiones. En los pantanos he experimentado cosas inexplicables...

—Inexplicables no es lo mismo que sobrenaturales, tienen una explicación, pero no la sabemos.

—Joder, Attila, no soy estúpido. En algunos lugares puede palpase el mal, está más presente que en otros. El vudú es muy real, mi familia lo ha practicado desde hace generaciones y...

—Os ponéis ciegos de drogas.

—Piensa lo que quieras, pero al entrar en el bar he sentido algo al verte. He visto una especie de nube negra sobre ti. ¿Te encuentras bien?

—Claro que estoy bien. Estoy limpio, tengo trabajo y una familia. Hasta voy a la iglesia los domingos.

Sam comenzó a mirarle atemorizado, como si viera algo justo encima de la cabeza.

—No sé en lo que estás metido, pero te aseguro que no te estás enfrentando a una persona. No es una persona, como tú y yo.

Attila comenzó a ponerse algo nervioso, nunca había visto tan alterado a su viejo amigo.

—¿Has estado bebiendo? —le preguntó preocupado.

—No, esta es mi primera cerveza del día, pero por favor: no te enfrentes a él.

—¿A quién? —le preguntó inquieto.

—Al hombre de la máscara. Si lo haces te destrozará a ti y a toda tu familia.

Attila pagó las cervezas y salió a la calle. Llovía tanto que el

limpiaparabrisas apenas podía apartar el agua. Las palabras de Sam seguían rondándole la cabeza. Pensó que sería casualidad, que tenía que terminar con aquella situación que le estaba desquiciando. Únicamente tendría que ir a la casa el día siguiente, después avisar a la policía y podía olvidarse de aquel maldito asunto.

Escuchó un crujido cuando el tronco de un árbol cayó justo delante del coche, frenó en seco y el vehículo derrapó. Intentó no salirse de la carretera, pero la lluvia la había convertido en una maldita pista de hielo. La furgoneta se deslizó unos metros y se estrelló contra otro árbol. El impacto no fue muy fuerte, pero sí lo suficiente para que se golpeará contra el volante y se hiciera una buena brecha en la cabeza. La vista comenzó a fallarle, vio unas luces parpadeantes al fondo de la calle y comenzó a temblar. Si le pillaban conduciendo en estado de embriaguez podía perder su derecho a la condicional.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? —exclamó golpeando el volante mientras el coche de policía se detenía justo a su lado.

## 7 CONFUSIÓN

Se despertó en el calabozo, se sentía deprimido y no quería ni pensar en su mujer. Una vez más la había decepcionado. No sabía si le perdonaría. Llevaba años arruinando su vida y la de los niños. Se sentó en el camastro, aún le dolía mucho la cabeza y tenía ganas de vomitar. Recordó las palabras de su amigo Sam, pero en seguida las desechó, se trataba de una maldita coincidencia. No tenía nada que ver con el mal, simplemente era estúpido y debía asumir las consecuencias.

Dos alguaciles le sacaron del calabozo y le llevaron directamente a la sala del tribunal. Estaba casi vacío, la única persona del público que reconoció fue a su suegro, que le clavó la mirada nada más entrar. Se dirigió hasta la silla al lado del abogado de oficio y cuando levantó la vista se quedó boquiabierto. Era el juez Hilgonth.

—Pónganse en pie, preside el honorable juez Hilgonth.

Toda la sala se puso en pie. El fiscal explicó los cargos y solicitó que retiraran el permiso penitenciario y Attila regresara a la cárcel para cumplir su condena.

—El señor Haldor no está reintegrado, condujo ebrio en una noche lluviosa, podía haber matado a un viandante o haberse estrellado contra otro coche. La sociedad no puede ponerse en peligro con gente como él —dijo el fiscal señalándole con el dedo. Attila agachó la cabeza, tenía un aspecto horrible y su vida estaba en manos de aquel maldito juez. Él era realmente el culpable de todo lo que había sucedido.

—Juez Hilgonth. Mi cliente sí está integrado en la comunidad, tiene un trabajo y una familia. En todos estos meses ha cumplido con la ley y creemos

que es totalmente recuperable, solo cometió un error: bebió de más, pero el accidente se produjo por la lluvia y la rama que cayó en medio de la carretera, todos nos habríamos salido del camino en unas condiciones iguales. No niego que cometió una imprudencia y debe ser sancionado, pero no serviría de nada que regresara a la cárcel. Sería un retroceso en su integración y un duro golpe en la familia. El reverendo Peter Black le ha avalado, pagará su fianza y se encargará de que no vuelva a transgredir la ley —dijo señalando al pastor que se puso en pie, con el rostro muy serio.

El juez se tocó el mentón, lo cierto era que imponía con aquella toga negra y su rostro afilado. Si Attila hubiera tenido que pensar en la personificación de la justicia se habría imaginado justo esa figura.

—Conozco al reverendo Black, es uno de los pilares de esta comunidad. En los últimos tiempos esta ciudad se ha visto sacudida por las desgracias, y eso ha supuesto un estrés adicional a muchos ciudadanos. El señor Haldor ha cometido una imprudencia temeraria, deberá pagar una multa de cinco mil dólares, además de la retirada del carné de conducir durante seis meses. Este es el último aviso, señor Haldor, la próxima vez que se salte la ley irá a una prisión estatal y cumplirá la condena que le falta. El estado de Luisiana se toma muy en serio la ley. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señoría.

El juez dio por terminada la vista y dejaron a Attila irse. Su suegro le escoltó hasta el aparcamiento y montaron en silencio en el coche.

—¡Dios mío, Attila! ¿En qué estabas pensando? Te hemos dado un millón de oportunidades. Tienes una familia maravillosa, creía que estabas cambiando, pero...

—Lo siento, he estado pasando mucho estrés y...

—Te he ofrecido dinero, una nueva casa, un trabajo mejor...

—No lo necesito ni lo quiero. Un hombre tiene que poder mantener a su familia —dijo Attila comenzando a alzar la voz.

El reverendo salió de la plaza a toda velocidad, en sus tiempos jóvenes, antes de dejar su anterior vida, hubiera estampado a su yerno contra el salpicadero y le habría prohibido que se acercara a su hija, pero él no era así, la ira del hombre no tenía nada que ver con la justicia de Dios.

—Sara pasará una temporada en mi casa con los niños, quiere pensar las cosas. Yo no quiero que os separéis, pero tienes que cambiar y rápido, no te metas en más líos. Hoy no hace falta que vayas al trabajo. Da gracias a nuestro amigo el juez Hilgonth, otro te hubiera mandado a la cárcel. Hablé con él y me dijo que haría todo lo posible por enderezarte, se ha ofrecido a cuidar de Sara y los niños, pero ya le he dicho que para eso me basto yo.

Su suegro le dejó enfrente de su casa. La furgoneta estaba aparcada con algunas abolladuras y todo cerrado. Pensó en entrar, pero al final decidió caminar un poco. Necesitaba despejar la mente y aclarar las ideas.

Después de media hora de paseo se dio cuenta de que estaba enfrente de la casa del juez. De alguna manera todo había empezado en aquel lugar. Parecía más antigua que la del resto del vecindario, se acercó a la valla y vio una pequeña placa casi tapada por las enredaderas. “Casa de LaLaurie”.

Attila miró la segunda planta y le pareció ver a alguien observando desde la ventana. Sintió un escalofrío y cruzó de nuevo la calle. Pensó en la chica encerrada, se preguntó cómo se encontraría y después, con las manos en los bolsillos regresó a su casa. Una lluvia fina comenzó a empaparle, pero le gustó sentir el agua sobre la piel, la sensación de vida que daba estar fuera de la cárcel. Tenía que hacer algo para liberar a esa chica antes de que fuera demasiado tarde.

## 8 DECISIÓN

Llevaba un día entero sin comer ni beber. Por alguna razón aquel monstruo no le había llevado nada. Katrina comenzaba a preocuparse, era capaz de dejarla morir de hambre. Se sentía débil y la sed era aún peor. Durante horas había soñado con agua, por eso estaba más decidida que nunca a actuar. No tenía nada que perder. Escuchó la puerta y se puso tensa, como un gato al que están a punto de dar una patada.

—Hola pequeña. Imagino que estás hambrienta y sedienta, pero he tenido unos días muy complicados. No me he olvidado de ti. Sé cumplir con mis responsabilidades —dijo el hombre entrando con un plato con un sándwich en una mano y un vaso de cola en el otro. Las dejó en una silla y se sentó en otra para ver cómo comía. Cuando terminó hasta las migas, le ordenó que se acercara hasta él. La chica caminó a cuatro patas y recostó su cabeza entre las piernas.

—Eres muy buena chica. Mientras sigas siendo así, podrás estar mucho tiempo con nosotros, como un miembro más de la familia —dijo mientras le acariciaba el pelo suavemente y comenzaba a excitarse—. He tenido una semana algo estresante, será mejor que pasemos un buen rato. ¿No te parece?

Comenzó a limpiarla, le dio ropa y le pidió que se dirigiera a la cama. Ella actuó de manera obediente. Él se acercó hasta ella con los ojos fríos, aunque sin poder disimular su excitación.

—Ya sabes lo que quiero, aprendes rápido, cumples las normas y nunca haces estupideces. Creo que acerté contigo aquel día que te vi tan callada y modosita.

Entonces la chica lo recordó. Ya sabía dónde le había visto antes. Era el juez

que había concedido a sus padres la residencia como refugiados políticos. No le había quitado ojo en todo el rato, pero sin la toga y con aquella luz parecía una persona totalmente distinta.

—¿Lo has recordado? ¿Verdad? —le preguntó como si pudiera leerle el pensamiento.

Ella se asustó, no sabía si aquello era bueno o malo. Entonces le pegó con todas sus fuerzas una patada en la entrepierna y salió corriendo, él se encogió de dolor, pero intentó sobreponerse, no podía dejar que llegara arriba. A pesar de la debilidad la chica era muy rápida, corrió detrás de ella y tocó su espalda con la punta de los dedos.

Katrina vio las escaleras al fondo y saltó hacia ellas, comenzó a subir las a toda velocidad y abrió la puerta, asomó la cabeza y estaba a punto de salir cuando notó una mano que se aferraba a su pierna izquierda y tiraba de ella. Intentó resistirse, estaba comenzando a gritar, cuando la mano del hombre le tapó la boca y la metió hacia dentro dando un fuerte portazo.

Escucharon pasos que se acercaban.

—Si gritas te mataré —le dijo al oído.

La chica sentía una fuerte opresión en el cuello, el hombre estaba asfixiándola. La mujer del juez se paró frente a la puerta del sótano y comenzó a abrirla.

—¿Está todo bien Alan?

—Sí, cariño, no tardaré mucho, dame unos minutos —contestó con un tono de voz tranquilo.

La mujer tomó un vaso de leche de soja de la cocina y subió al dormitorio. Cuando se hizo de nuevo el silencio, el hombre arrastró a la chica de nuevo a su habitación y la empujó bruscamente.

—¡Maldita zorra! ¡No vuelvas a intentarlo!

Cerró la puerta y unos segundos más tarde el silencio y la oscuridad lo envolvieron todo de nuevo. Katrina sabía que estaba viva de milagro, si la mujer de ese maldito psicópata no hubiera llegado, la habría estrangulado en el sótano. Se acurrucó a un lado. Al menos no la había atado. Cuando pasaran unas horas y todo estuviera en calma, intentaría abrir la puerta. Tal vez consiguiera escapar de allí. Sus padres siempre le decían que todo era cuestión de voluntad y eso a ella no le faltaba. Muchas en su lugar se habrían rendido hace semanas.

## 9CONDICIONAL

Attila se despertó con un fuerte dolor de cabeza, tomó paracetamol e intentó relajarse un poco. Después de dejar la casa del juez se había bebido una caja de cervezas. Pensó en tomar algo más fuerte, pero al final decidió no complicar más las cosas. Tenía que denunciar al juez o dejar escapar a la chica. Después hablaría con Sara y le contaría todo, puede que decidiera dejarle, pero al menos tendría la conciencia tranquila.

Se puso en pie y tomó la caja de herramientas del garaje, bebió de dos tragos un café frío y salió a la parte delantera de la casa. No podía usar la furgoneta, pero cómo cojones querían que hiciera su trabajo, pensó mientras se subía y la ponía en marcha. Al principio el motor se ahogó un poco, pero al final arrancó. Uno de los laterales estaba abollado, el parabrisas cuarteado y tenía una gran abolladura en el capó, pero una Ford nunca deja de funcionar.

Salió del jardín a toda velocidad y se acercó a la casa de los Hilgonth. Aparcó a cierta distancia, no quería que el juez viera el vehículo y después llamó a la puerta. La señora de la casa no tardó en abrir. Llevaba un pantalón corto ajustado y una blusa blanca escotada.

—Señor Haldor, lamento lo ocurrido, me han contado lo de su accidente. Por favor pase.

Anduvieron por el pasillo hasta la cocina, le ofreció algo de beber, pero él lo rechazó, ya había tenido suficiente alcohol en los últimos días. Necesitaba estar sobrio.

—¿Le duele el golpe de la cabeza?

El hombre se tocó la frente y sintió un pinchazo, lo cierto era que hasta ese momento ni se había acordado de ello.

—No, son simples contusiones. No tardarán en curarse.

—Lo que le sucedió podía haberle pasado a cualquiera. Llovía mucho y era de noche...

—Venía a arreglar la valla, no me gusta dejar las cosas a medias. Si no le importa, claro.

La mujer le sonrió, tenía mal aspecto y, en uno de los ojos, lo que parecía una pequeña sombra morada, que había intentado disimular con el maquillaje.

—Veo que también se ha dado un golpe —dijo tocándole levemente la mejilla.

La mujer puso una sonrisa forzada.

—Me tropecé, soy un poco torpe —dijo al hombre mientras le quitaba la mano con delicadeza.

Estaba algo nerviosa, se sentía vulnerable, pero al mismo tiempo algo excitada.

—¿Seguro que se encuentra bien?

La mujer dio un largo suspiro, después se echó un poco de *bourbon* en un vaso con hielo y dio un trago largo.

—Lo cierto es que no es fácil comenzar en una nueva ciudad. Siempre tenemos las maletas a medio hacer. No tengo amigas y, aunque le pueda parecer extraño me siento muy sola. Alan trabaja mucho y a veces está estresado y cuando está estresado es algo agresivo. Nada original, como podrá comprobar. Entiéndame, es un buen hombre, pero tiene algunas fallas en su carácter, sobre todo por su crianza. Era un chico blanco pobre, tuvo que renunciar a mucho para hacer una carrera, su madre murió cuando él era pequeño y eso marca a cualquiera.

—Nada de eso justifica que la maltrate.

—Bueno, no es exactamente maltrato. Cuando está estresado quiere hacer el amor, pero de una manera agresiva. Demasiado violenta y no se da cuenta de que...

—Además su marido es juez. ¿No es eso? ¿Cómo va a denunciar a un juez?

La mujer se bebió el resto de la copa y se puso a cortar cebolla y comenzó a preparar la comida.

—No quiero que pierda más tiempo, será mejor que olvide lo que le he dicho. Ya tiene suficientes problemas. Sé que mi marido le ha hecho un favor, pero le aseguro que él siempre se cobra ese tipo de cosas. Espero que el precio no sea demasiado alto.

La mujer comenzó a llorar, pero siguió con aquel trabajo mecánico como si nada sucediera.

Attila se dirigió al jardín y empezó a trabajar, comprobando de vez en cuando que la mujer estuviera en la cocina. Una hora después, ella le habló desde la ventana. Tenía que ducharse para ir a por los niños. Esperó unos cinco minutos y entró en la casa. Se dirigió directamente al sótano. En su cabeza no dejaba de repetirse las palabras de la señora Hilgonth. Su marido siempre se cobraba los favores. Su libertad condicional dependía de él. Si cometía algún error, no le dejaría en paz hasta meterlo entre rejas.

Bajó las escaleras y se dirigió a la estantería, abrió la puerta disimulada y encendió la luz.

## 10EL JUEZ

Alan se acercó a la casa del reverendo Black y aparcó su coche en la puerta. Caminó con su impecable traje azul hasta la entrada y llamó al timbre. Sara no tardó en abrir, al principio le miró sorprendida, pero al final le sonrió y le dejó pasar.

—Juez Hilgonth le estoy muy agradecida, puede que mi Attila sea un estúpido, pero no es un criminal. No soportaría verle otra vez en la cárcel. Está cambiando, aunque sé que es duro para él dejar toda su vida anterior atrás.

—No tiene nada que agradecerme. ¿Su pasado? —le preguntó mientras se sentaba en el sofá del salón. La casa estaba medio a oscuras. El reverendo Black tenía la manía de cerrar las contraventanas para que la casa no se calentara demasiado.

—Bueno, su padre era un pequeño delincuente y cazador furtivo. Bebía como una esponja, tenían una casa miserable en los pantanos, por esa zona siempre han vivido las personas más pobres de la ciudad. Attila era un buen chico, aplicado en los estudios y un deportista excelente. Aspiraba a algo más. La familia venía a la iglesia, quiero decir su madre, Susan, pero su padre era un mal bicho. Me gustaba Attila, siempre cruzábamos la mirada cuando nos veíamos en la iglesia o en el grupo de jóvenes. Quería ir a la universidad y ser arquitecto, pero para ello necesitaba la beca de béisbol. Su padre un día llegó borracho a casa y discutieron. Quería pegar a su madre. Attila era el pequeño de cinco hermanos y el último que quedaba en la casa. Los hombres estaban trabajando en plataformas petrolíferas o en la cárcel. Su padre le pegó una paliza terrible y le partió el brazo, ya no pudo jugar al béisbol y se terminaron las becas. Por eso comenzó a torcerse, a hacer robos cada vez más

importantes. Me dejó embarazada y el resto de la historia se la puede imaginar.

—Lo siento mucho —dijo el hombre poniendo una mano sobre la pierna de la mujer. Sara se sintió algo tensa, pero el juez parecía un hombre de confianza.

—No importa...

—Haré todo lo posible para mantener a Attila fuera de la cárcel, sé que es un buen hombre. Imagino el trauma que eso podría suponer para su familia; sus hijos necesitan a su padre —dijo el hombre mientras continuaba subiendo la mano hacia el muslo.

Sara se quedó petrificada. No sabía cómo reaccionar. Apartarle la mano bruscamente hubiera sido lo mejor, pero pensó en su marido e intentó tranquilizarse.

—Gracias, juez Hilgonth —dijo incómoda. Tenía ganas de salir corriendo, pero no podía hacerlo.

En ese momento se abrió la puerta y entraron los tres hijos de Sara. La pequeña corrió hasta sus brazos y el hombre retiró la mano.

—No la molesto más...

— ¿Para qué venía? ¿Quiere que le diga algo a mi padre? —preguntó la mujer poniéndose en pie.

—No se preocupe. Volveré en otro momento —dijo mientras se levantaba y se dirigía a la puerta. Se cruzó con Anna y se quedó mirándola un momento—. Adiós Anna, cuida de tu madre, es una buena mujer.

La chica se ruborizó un poco, aquel hombre era un verdadero encanto.

Alan salió y se montó en su coche, pisó el acelerador y salió a toda

velocidad en dirección a su casa. Miró el reloj, era temprano y su esposa no habría salido a por los niños. Al menos podría calmar su excitación antes de que esos mocosos acapararan toda la atención de su esposa, pensó mientras ponía la música a todo volumen.

## 11 UNA FAMILIA PERFECTA

Attila encendió la luz, miró la habitación, pero la chica había desaparecido. Por un momento pensó que todo había sido producto de su imaginación. La habitación estaba completamente limpia. Sin restos de la cama, las sillas y la decoración. Se frotó los ojos e intentó recordar aquella noche. Estaba seguro de lo que había visto, la chica estaba justo allí. ¿Qué había hecho aquel tipo con ella? ¿De quién se trataba?

Cerró la puerta y se quedó pensativo. Aquello únicamente podía significar una cosa. El juez había asesinado a la chica y después se había deshecho del cuerpo. ¿Cuántas como ella había matado antes? Estaba convencido de que no era la primera y sin duda no sería la última si no le detenía, pero ¿qué podía hacer él? Era un maldito ex convicto y nadie creería su palabra. Cualquier rastro de lo que había sucedido allí había desaparecido.

Attila comenzó a preocuparse, aquello podía significar que sospechaba algo de él, que se había sentido amenazado y había decidido deshacerse de aquella pobre chica. Si el juez se había dado cuenta, estaba perdido.

Comenzó a caminar hacia la escalera cuando escuchó un ruido. El juez estaba en casa.

Se puso muy nervioso, apagó la luz y se ocultó en las sombras. Escuchó cómo el hombre corría por las escaleras, parecía dirigirse a la planta superior. Era su oportunidad para largarse de allí. Salió al pasillo y se acordó de las herramientas, la valla estaba terminada, tomaría la caja y se alejaría lo más rápidamente posible.

Estaba dirigiéndose a la cocina cuando escuchó los gritos. Se quedó paralizado, no sabía cómo reaccionar. La señora Hilgonth podía encontrarse

en peligro, su marido era un sádico de la peor especie. Dejó la caja y regresó a la casa. Subió a la primera planta intentando hacer el menor ruido posible. Los gritos provenían de la habitación del fondo. Caminó de puntillas, la puerta del dormitorio estaba entornada. Miró por unos segundos y vio al juez golpeando con una correa a la mujer, después se puso sobre ella y comenzó a poseerla con vehemencia.

Attila se quedó paralizado, no podía decir que la estaba matando, aunque sin duda lo que hacía el juez estaba penado en varios estados del país. Se dirigió de nuevo a las escaleras y salió de la casa. Mientras se dirigía a la furgoneta pensó que era mejor que se olvidara de todo. Aquella pobre chica estaba muerta, no tenía pruebas contra el juez y lo mejor que podía hacer era continuar con su vida.

## SEGUNDA PARTE

## 12 PEQUEÑAS PESADILLAS

Al domingo siguiente Attila acudió a la iglesia, era la única forma de ver a Sara y a los niños. Se colocó un par de filas por detrás y saludó a la pequeña cuando se giró para lanzarle un beso. Intentó concentrarse en el culto, su suegro predicó sobre el poder de la verdad frente a la mentira. Él se sintió directamente aludido, pero sabía que había intentado hacer lo correcto, aunque tal vez lo había hecho demasiado tarde.

Al terminar la ceremonia se acercó a su mujer, intentó mostrarse arrepentido y ella les dijo a los niños que los dejaran a solas.

—Siento todo lo que ha pasado. Llevo tres días sin probar el alcohol, de hecho, no creo que ese fuera el problema, pasé una mala semana, una recaída, pero he vuelto a la normalidad —dijo mientras ella fruncía el ceño.

—Tienes que madurar. Tus hijos sufren mucho. ¿Lo sabes? Ellos necesitan referentes, estabilidad emocional. ¿Quieres que sufran como tú has sufrido? Tu padre te arruinó la vida, pero nos tienes a nosotros. ¿Acaso no te importamos?

—Sois lo más importante. Te lo aseguro —dijo encogiendo los hombros. Por el rabillo del ojo vio cómo se acercaba su suegro.

—Attila, puedes venir a la iglesia, pero no molestar a Sara, si no te aseguro...

—Por favor, papá, déjale, estamos hablando —dijo mientras ponía su mano sobre el pecho del hombre.

—No puede venir aquí y volver a convencerte.

—Soy mayorcita. Es mi marido y mi vida...

—Pero estás en mi casa —dijo el pastor.

—Si ese es el problema ahora mismo me voy con Attila. Tienes razón, no debí molestarte. No puedo acudir a ti cada vez que tenga un problema. Soy una mujer adulta —comentó mientras le daba la espalda.

—No me refería a eso. Attila es un...

La mujer se giró de nuevo y fulminó a su padre con la mirada. Este levantó las manos y los dejó solos.

—¿De verdad volverás a casa? —le preguntó emocionado.

—Sí, pero ni un maldito error más. Dios mío, me obligas a maldecir en la iglesia.

La pareja se abrazó y él le dio un beso. El simple contacto de su piel le hizo animarse, olvidaría lo ocurrido y continuaría con su vida.

Aquel día no comieron en la casa del abuelo, se llevaron las cosas a su hogar y después Attila los invitó a comer una hamburguesa. Pasaron todo el día disfrutando juntos y por la noche la pareja celebró a solas su reunificación.

A la mañana siguiente la familia comenzó su vida de nuevo, las rutinas diarias, las cenas en el jardín, los paseos por el parque y las veladas tomando un refresco y hablando de sus planes de futuro.

Una de aquellas tardes, estaban en el porche cuando Attila le contó su intención de estudiar en la universidad a distancia. No le importaba tardar diez años, pero necesitaba demostrarse a sí mismo que podía hacerlo.

El juez Hilgonth desapareció de sus vidas durante las siguientes semanas. No le habían visto en la iglesia ni en ninguna otra parte. Attila se logró relajar y continuar con su vida. Volvían a ser una familia perfecta, con una vida perfecta. Su suegro volvió a hablarle y ellos regresaron a las comidas dominicales como si nada hubiera sucedido.

---

El juez estuvo ausente de su casa durante casi un mes. Su padre se puso muy enfermo y tuvo que viajar a Carolina del Norte. Su esposa se quedó con los niños y él intentó calmarse, sabía que si seguía cometiendo errores terminarían apresándolo. Le condenarían a muerte o, aún peor, le meterían en la cárcel con decenas de personas que él había enviado allí antes.

Unos días después de llegar a su ciudad natal comenzó a sentir la necesidad de buscar una nueva víctima. Aquel no era su territorio, no había estudiado las posibles víctimas. Normalmente las conocía con anterioridad, pero aquel impulso incontrolable le llevó a tomar el coche y salir de caza.

Buscó por una de las zonas más pobres, pues sabía que nadie se esforzaba en buscar a una chica blanca que se había fugado de casa; muchas lo dejaban todo para perseguir sus sueños en Nueva York o Los Ángeles y terminaban en las redes de prostitución que se extendían a lo largo y ancho del país.

Después de una hora infructuosa vio a una chica solitaria. Vestía de manera provocativa, se acercó a una parada de autobús y se sentó.

Alan se acercó con el coche para hacerle una pregunta.

—Hola, perdona que te moleste. No soy de aquí y me he perdido —le dijo sonriente.

—¿No tienes un maldito dispositivo de esos que te dicen cómo ir a los sitios? —le preguntó la chica de forma descarada.

—Sí, lo tengo, pero se me ha terminado la batería —le contestó sonriente.

—¿Y yo tengo pinta de guía?

—No, pero por unos dólares...

La chica sonrió por primera vez, se acercó a la ventanilla y se apoyó en ella.

—¿Cuántos dólares? —preguntó mucho más amable.

—Trescientos dólares —contestó él.

—¿Por una dirección? Me temo que eres un viejo verde, pero te costará cien dólares más. Pero no me la puedes meter, soy virgen.

No iba a negociar allí, en medio de la calle. Le abrió la puerta y se dirigieron al bosque. Estaba a punto de anochecer y podían pasar un buen rato antes de que la estrangulase. Después se desharía de su cuerpo, realmente su secreto estaba bien guardado mientras no encontrasen restos de las chicas. Sin cuerpo no hay delito, se dijo mientras aparcaba en una zona apartada.

## 13LA CASA ENCANTADA

No le gustaba mirar las noticias, su mundo ya había sido lo suficientemente difícil como para complicarse con los problemas de los demás, pero estaba esperando a que su mujer saliera del trabajo y comenzó a leer el periódico en el teléfono móvil. Un artículo hablaba del aumento de desapariciones de menores en los últimos años. Attila decidió no leer la noticia, pero unos minutos más tarde volvió atrás, no podía dejar de pensar en la chica del sótano. Por las noches se despertaba y pasaba horas sin poder dormir. Veía su rostro, aquellos ojos aterrorizados. Se decía a sí mismo que no era culpable, que no pudo hacer nada por ella.

Sara salió del trabajo y subió al coche. La furgoneta estaba en el taller y él había recuperado su carné de conducir.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No mucho. Estaba leyendo noticias.

—Cada día son más horribles. Matanzas en centros educativos, drogas, chicas desaparecidas —enumeró la mujer.

—¿Chicas desaparecidas? —le preguntó Attila.

—Sí, cada año hay más. En la ciudad al menos tres en los últimos seis meses.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó extrañado.

—Se nota que no entras en los colegios de nuestros hijos. Sus carteles están por todas partes. Al parecer internet anima a muchas a dejar a sus familias y probar suerte en las grandes ciudades, donde caen en las drogas y se prostituyen. La mayoría no regresa a casa: algunas por vergüenza y otras

mueren de sobredosis en cualquier esquina. Una pena. Tenemos que estar vigilantes con Anna, conocer bien a sus amigas. Siempre ha habido problemas, pero el mundo hoy en día es un lugar muy peligroso.

Attila arrancó el coche y no dejó de pensar en ello el resto de la noche. Cenó en silencio con el resto de la familia y cuando todos se fueron a dormir él se quedó en el salón con el ordenador portátil. Pasó más de una hora leyendo noticias hasta que se atrevió a consultar una página de chicas desaparecidas en Luisiana. Al parecer habían desaparecido más de un centenar en el último año en el estado y la mitad en la capital, Nueva Orleans. El hombre fue repasando los nombres y las caras de las chicas, sin duda esperaba ver la de la chica del sótano. Llevaba quince cuando vio a una menor que se le parecía. Era una adolescente de origen ucraniano, que al parecer había llegado al país con sus padres como refugiados políticos, y que iba muy bien en sus estudios y no parecía tener ningún problema, que había desaparecido sin dejar rastro. Attila miró la foto una y otra vez para asegurarse. No tenía ninguna duda, era ella. Muchos de los otros casos se centraban en chicas con problemas en el colegio o pertenecientes a familias conflictivas, pero el de la tal Katrina era diferente.

—Es ella —dijo en un susurro, amplió la imagen y la miró directamente a los ojos. Después buscó más información sobre la menor.

Cerró el ordenador e intentó relajarse un poco, tenía ganas de tomar un trago. No podía quedarse de brazos cruzados. Estaba seguro de que el juez volvería a encerrar a otra menor, la torturaría y después se desharía de ella como si fuera escoria.

Intentó dormirse, pero fue inútil, al final el agotamiento logró que se relajara un poco y Sara le encontró, por la mañana, tumbado en el sofá del salón.

—¿Estás bien? ¿Por qué anoche no subiste a dormir?

—Tenía insomnio, me puse a mirar cosas por el ordenador y en algún

momento debí quedarme dormido.

—Me llevo a los chicos al colegio —dijo su mujer dándole un beso en la frente.

Tenía el turno de tarde, decidió salir a correr y mientras intentaba que el ejercicio le ayudara a olvidar, torció por una de las calles en dirección a la casa del juez. Pasó por delante de la fachada y se paró a observarla.

No llevaba mucho rato, cuando notó a alguien que le observaba desde una de las casas cercanas. Se puso a correr de nuevo, pero una anciana le llamó desde la puerta.

—¿Necesita algo?

—Sí, por favor. ¿Puede ayudarme? —le dijo una mujer gruesa, con el pelo rizado y canoso.

—¿Qué le sucede? —le preguntó de nuevo.

—Bueno, no quiero hablar en la puerta.

Attila se quedó pensativo. No estaba seguro de que fuera buena idea entrar en la casa de una completa desconocida, pero la mujer parecía verdaderamente angustiada.

La mujer le hizo ir hasta el salón que daba a la calle principal y comenzó a mirar por los visillos.

—Hace unas semanas le vi en la casa del juez. Estaba arreglando una valla —dijo la mujer, comenzando a hablarle por fin de la razón de su enigmática invitación.

—Sí, los conocí en la iglesia del reverendo Black y me pidieron que reparara una de las vallas. No suelo hacerlo, tengo un trabajo en el aserradero.

La mujer se puso de nuevo en pie algo nerviosa y miró por la ventana.

—Le parecerá que tengo un comportamiento extraño, pero estoy nerviosa. Quería preguntarle si vio algo extraño en esa casa.

—¿Algo extraño? No lo entiendo —dijo intentando disimular su asombro.

—Ya sabe. El juez vive con su mujer y sus niños pequeños. En varias ocasiones he escuchado gritos extraños y su mujer siempre lleva gafas de sol grandes. Se escuchan tantas cosas. Además, en esa casa siempre han sucedido cosas extrañas.

—¿La casa? ¿Qué le sucede a la casa?

La mujer se quedó callada un momento, como si pensara la respuesta. Después se puso de nuevo en pie y le dejó solo unos momentos, regresó con unas fotos antiguas.

—Yo vivo en la calle desde que era niña. Aquí vivía una familia de terratenientes franceses, al parecer eran especialmente crueles con sus esclavos. Cuando terminó la esclavitud, a principios del siglo XIX vino a vivir una familia. Él era un famoso médico de origen francés. Al parecer torturaban y mutilaban a sus criados. El médico les cortaba miembros y les hacían cosas terribles. Cuando la gente de Nueva Orleans se enteró, asaltaron la casa y mataron al doctor, pero la mujer logró escapar. El terreno y la casa quedaron abandonados hasta que cincuenta años más tarde se habitó de nuevo, pero la siguiente familia también sufrió la maldición de la casa, el hijo mayor asesinó a sangre fría a sus padres y hermanos. Hace unos setenta años se hicieron casas alrededor y quedó cerrada la mansión hasta los años sesenta. La ocupó una pareja de recién casados, parecían muy felices, pero el hombre se terminó suicidando y la mujer se volvió loca y la ingresaron en un psiquiátrico, creo que todavía está encerrada allí.

Attila la miró sorprendido, él no creía en ese tipo de cosas. A la maldad

humana no le hacía falta que ninguna casa encantada o maldición les inspirara; se bastaba con ella misma.

—No creo que esté pasando nada. Al menos sobrenatural, las parejas a veces discuten —le explicó Attila.

—Es cierto, creo que el juez está fuera y las cosas parecen más calmadas. De todas formas, gracias por escucharme. A veces al vivir sola piensas tonterías. Mi nombre es Diana, Diana Johns.

Attila se despidió de la mujer y estaba a punto de salir a correr de nuevo, cuando la señora Hilgonth entró por la calle con su coche y se paró a su lado.

—Hola, Attila. ¿Cómo está?

—Hola, señora...

—Llámame Sally. ¿Qué tal la familia? Gracias por terminar la valla, no te la hemos pagado. ¿Te parece bien pasarte mañana por la mañana? Mi marido está en Carolina del Norte cuidando de su padre, lleva allí casi un mes.

La esposa del juez había recuperado la sonrisa, parecía mucho más relajada que la última vez que la vio.

—No se preocupe. Tómelo como un regalo de bienvenida.

—Ni hablar, quien paga descansa y el que cobra más —bromeó, le tocó la mano y añadió—. Me alegro de volver a verte.

Arrancó el coche y el hombre se giró para ver cómo se alejaba hasta el principio de la calle.

—No voy a volver —se dijo en voz alta, pero luego lo pensó mejor. Había leído en alguna parte que los asesinos en serie guardaban pertenencias de sus víctimas. Si lograba encontrar algún objeto que hubiera pertenecido a Katrina, tendría al menos una prueba contra el juez.

## 14SOSPECHAS

Se despertó tarde, la casa estaba en silencio, se dirigió a la cocina y se puso un café muy cargado. Se acercó hasta la habitación de su padre. Dormía plácidamente. Un mes antes parecía que estaba a punto de morir y ahora cada día se encontraba mejor.

—Maldito viejo —masculló entre dientes. Después miró la cama articulada, las máquinas que le rodeaban y suspiró. Su padre le estaba costando varios miles de dólares a la semana. Una escoria como aquella, un tipo que había arruinado su vida y la de su mujer.

Se acercó hasta la cabecera de la cama y se le quedó mirando un rato. Su rostro había envejecido, pero a él no le engañaba. Debajo de esa piel pálida y sus arrugas estaba el mismo sádico y cruel borracho por el que había estado aterrizado toda su infancia. Se agachó un poco para comprobar si respiraba y el hombre se despertó.

—Todavía estoy vivo. ¡Maldita sea! Tendrás que esperar aún un poco para enterrarme.

“Sigues siendo el mismo hijo de puta que recordaba”, se dijo Alan para sí.

—Tranquilo, no tengo prisa.

—Te gusta ver cómo tu viejo se va deteriorando poco a poco. Siempre me echaste la culpa de todo, pero no es verdad. Trabajé durante cincuenta años para sacaros adelante. Es cierto que bebía un poco, pero no os pegaba. Era el único consuelo que me quedaba. Tu madre era una vieja beata que no quería saber nada de mí. Ella fue la que os volvió locos a todos, especialmente a ti. Sabía cómo manipular a la gente, ese don lo has heredado tú. Sabes que eres su viva imagen. Se murió a tiempo de convertirse para todos vosotros en una

santa, pero era una jodida loca.

—No te consiento que hables así de mamá. Era mil veces, qué digo, un millón de veces mejor que tú. Ella creía en nosotros, quería que tuviéramos una vida más feliz que la suya. ¿Acaso eso es un delito? —le contestó furioso.

—¿Un futuro mejor? Mírate, a mí no me engañas. Tu mujer perfecta, tus hijos maravillosos, tu carrera de juez. Sé quién eres. Desde niño te calé. Eras un sádico, un psicópata al que únicamente le importaba una persona, tú mismo.

—De eso sabes más que yo.

Alan comenzó a apretar con las manos uno de los cojines que tenía entre las manos.

—Has venido a asegurarte de que me muero. Para todos serás el buen hijo que regresa a casa para cuidar de su padre, yo sé que has venido a ver cómo sufro y que ahora que estoy mejor, no sabes qué hacer.

Alan soltó el cojín, no era una buena idea asfixiarle, si le hacían la autopsia no sería muy difícil adivinar qué había sucedido.

—Te veo muy tenso. Será mejor que te relajes un poco —dijo aumentando la dosis de morfina.

—¿Qué estás haciendo? Deja eso en paz. Me encuentro bien, no quiero dormir.

—Papá, tengo que velar por ti. Tú ya no estás en pleno uso de tus cabales.

—El único que está aquí en uso de sus cabales soy yo. Tú eres un hombre enfermo. Lo siento por los niños y Sally.

Alan giró un poco más la rueda. La dosis era altísima, si la mantenía el tiempo suficiente, el débil cuerpo de su padre no lo podría resistir.

—Antes de que te duermas para siempre, espero que vayas al infierno al que

perteneces. Fuiste un mal padre y un esposo cruel, pero, sobre todo, verdadera escoria blanca. Ahora se termina tu vida miserable, hubiera preferido que te encontraran un día borracho por la calle, muerto en cualquier cuneta, pero morirás en tu maldita cama.

—No debí defenderte cuando eras un crío. Sabía que tú habías matado a tu hermana, no podías soportar que tu madre la amase tanto como a ti. Pensé que solo eras un niño y que cambiarías, fue un error. Lo único que llevo sobre mi conciencia es a todas las mujeres que habrás hecho daño, maldito cabrón.

Alan giró más la rueda y el hombre comenzó a perder el conocimiento. Le observó mientras comenzaba a agonizar. Después se sentó de nuevo en la silla y pensó en su hermana pequeña. Aquella niña rubita y perfecta. No quiso hacerle daño, por lo menos al principio, pero disfrutaba tanto haciéndole llorar. Con ella descubrió que el dolor de los demás era la mayor fuente de placer que podía imaginar. En unas horas tomaría el primer avión para Nueva Orleans. No pensaba quedarse para el entierro. Por él, como si lanzaban el cuerpo a una cuneta y dejaban que se pudriera lentamente bajo el sol de la primavera.

---

Attila estuvo varias veces delante de la puerta del juez Hilgonth, pero no se decidió a llamar. Estaba a punto de darse la vuelta y regresar a casa, cuando vio al otro lado de la calle a la vecina con la que había hablado el día anterior. Se dio la vuelta y llamó al timbre. Sally no tardó mucho en abrir, como si llevara todo ese tiempo esperándole en la puerta.

—Bueno, me pidió que viniera. He traído una factura, únicamente les cobraré la mano de obra.

—No, tienes que cobrar todo el trabajo, pero no te quedes en la puerta.

Entró en la casa. La siguió hasta el salón y se sentó en uno de los sofás.

—¿Quieres una copa? —le preguntó la mujer.

—Es demasiado pronto para mí.

—Lo siento, pero creo que yo me pondré un *bourbon*. Últimamente tengo los nervios a flor de piel. Llevo toda la casa sola. Por un lado, lo prefiero, pero por el otro, no es fácil lidiar con cuatro críos pequeños.

La mujer dejó el salón y Attila comenzó a moverse por el amplio espacio. Allí no podía haber nada, pero sabía que en el despacho de su marido seguramente sí. Abrió la puerta y entró en la inmensa habitación. Una mesa labrada estaba al lado de la ventana, sillas tapizadas en color burdeos y estanterías de caoba desde el suelo hasta el techo. Miró primero entre los libros, después en los cajones de la mesa, hasta que vio una vitrina cerrada con llave. Buscó la llave, pero no la encontró. Dentro había libros antiguos, figuritas de viajes a diferentes países y una cajita de madera con incrustaciones de oro.

—¿Te gusta el despacho de mi marido? —le preguntó la mujer acercándosele por la espalda. El hombre se sobresaltó y la miró inquieto.

—Tranquilo, no me importa que curiosees las cosas de mi marido. Es un coleccionista. ¿Viste la maqueta?

A un lado había una inmensa maqueta de una batalla perfectamente ordenada y decorada. Era muy grande, con ríos, una ciudad, puentes y un tren.

—Pasa horas mirándola. Es un verdadero obseso de las maquetas a escala —dijo mientras le ofrecía uno de los vasos que tenía en la mano.

—No me negarás un trago —dijo ella melosa.

—No bebo, el alcohol me ha causado siempre muchos problemas.

Ella dio dos tragos largos, dejó el vaso en una de las estanterías y le empujó hacia la mesa, apartó algunas cosas y se sentó encima. Él se quedó paralizado. No sabía cómo reaccionar.

Ella se levantó el vestido y dejó que viera sus piernas blancas, después lo siguió subiendo hasta la comisura de las bragas.

—Sé a qué has venido. Mi marido lleva un mes fuera de casa. No le echo de menos, al menos a una parte de él.

Después tomó una de las manos de Attila y la puso sobre el pecho, parecía firme y grande.

—Lo siento, no puedo...

—Lo dices por la condicional. No te preocupes. Nadie se enterará.

Attila intentó apartarse, pero ella le atrapó con las piernas.

—Me tengo que ir.

Ella le abrió la camisa y comenzó a bajársela por la espalda. Después le desabrochó el cinturón.

—No, de verdad —le suplicó. Aunque no podía negar que ella le atraía, era guapa y sensual.

—Será una sola vez, te lo prometo.

La mujer se agachó y se puso de rodillas frente a él, le bajó la cremallera y estaba a punto de meter su mano, cuando escucharon un coche aparcando en el garaje.

Sally se quedó muy quieta, después se puso en pie a toda velocidad y se arregló la ropa.

—Es Alan. Sal por detrás. ¡Rápido!

Attila se subió la bragueta y corrió hacia el salón, abrió la cristalera y se dirigió al fondo del jardín. Saltó la valla y no paró hasta encontrarse al otro lado de la calle. Después miró hacia la casa y se dirigió hacia el coche. Al pasar enfrente de la casa de la anciana miró hacia el ventanal del salón y la vio a través del cristal. Su cara reflejaba algo parecido al temor, le hizo un gesto de advertencia y cerró las cortinas.

El hombre entró en el coche y salió de la calle. Mientras conducía hasta su casa comenzó a sentirse mal. Lo cierto era que no había pasado nada. Él lo único que quería era descubrir qué le había pasado a la chica y reunir pruebas contra el juez. Pensó que la conciencia era un mecanismo horrible de autocontrol, pero a pesar de la culpa que sentía, en su fuero interno deseaba volver a la casa. Se dijo a sí mismo que se alejaría de aquel asunto, de esa casa maldita y de los Hilgonth. Pero a veces uno no es dueño de su destino.

## 15SORPRESA

El domingo siguiente la familia del juez se presentó al completo en la iglesia. El pastor Black los invitó a comer a su casa. Pensaba que la mala reputación de su yerno los había enfriado y por eso en las últimas semanas no habían acudido a la iglesia. El pastor se tranquilizó cuando Alan le contó que había ido a Carolina del Norte a cuidar a su pobre padre. Peter se conmovió, aquel hombre le parecía de los más decentes que había conocido en los últimos años y además era el juez del condado. Miel sobre hojuelas. Attila no se sentía tan cómodo. Cuando veía a Sally, la mujer del juez, recordaba ciertas escenas perturbadoras de unos días antes. Era cierto que se había intentado resistir como el joven José de la Biblia, pero también lo era que había llegado demasiado lejos. Al menos había descubierto la cajita y tenía la intuición de que podía haber algo importante dentro.

Se habría prometido que no regresaría a esa casa, pero todo el mundo sabía que era un experto en romper sus promesas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su mujer al observarle de nuevo pensativo. Sabía que su marido se bloqueaba cuando estaba estresado. A ella no le gustaba tampoco mucho la presencia de los Hilgonth, pero tenía mucha más capacidad para disimular.

—Ya sabes que no me gusta comer en casa de tu padre.

—No creo que sea eso —le dijo en un susurro y le llamó para que fuera dentro de la casa. Le apoyó en una esquina y comenzó a interrogarle—. Todo lo que ha sucedido últimamente ocurrió justo el primer día que comimos con la familia del juez. Lo recuerdo perfectamente, estabas tan raro como hoy. ¿Me vas a explicar qué te sucede?

—No puedo, es algo demasiado complicado, una sospecha.

La mujer comenzó a moverse nerviosa por el salón.

—¿Qué sospecha? ¿No te habrás metido en más líos?

—¿No ves? Te cuesta confiar en mí. Eres como tu padre, únicamente te fijas en las apariencias.

—No me fastidies, Attila. Sabes que eso no es cierto, pero la has cagado tantas veces y he tenido que limpiar tanta mierda a tu paso, que es normal que te ate en corto. No sé ni por qué sigo contigo.

Él la atrajo y comenzó a besarla.

—Yo sí lo sé.

—No digas cochinas en domingo y en casa de mi padre.

—Hace veinte años no eras tan recatada —dijo el hombre, que por unos momentos se había olvidado del juez y todos los problemas que le había acarreado.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó Sara con el ceño fruncido.

—No me hagas mucho caso. Simplemente el juez Hilgonth no me da muy buena espina.

—Pero veo que su esposa sí. No le quitas ojo.

—¿Estás loca? Tú eres mil veces más guapa.

Sintieron una presencia en el salón y cuando se giraron vieron el rostro sonriente del juez.

—Venga tortolitos, su padre me ha dicho que la comida está lista.

Attila no sabía cuánto tiempo había estado el juez agazapado entre las sombras. Sus miradas se cruzaron unos segundos. Por alguna razón extraña

sentía que aquel hombre sospechaba algo.

Después de bendecir la mesa el reverendo Black comenzó una conversación intrascendente. No se fiaba mucho de su yerno y temía que pudiera meter la pata, con alguna de sus salidas de tono.

—Entonces reverendo Black, su iglesia es la más grande de Nueva Orleans —dijo el juez intentando mostrar interés.

—Sí, vivimos en una ciudad paganizada, ya sabe que uno de los grandes problemas del Sur es la superstición y el paganismo. Aquí se practica mucho vudú, santería, brujería, magia negra. Es algo que sucede desde la época de la colonia francesa. Esas prácticas están muy mezcladas con el catolicismo y muy enraizadas, sobre todo, en la población negra, pero también en algunos descendientes de origen francés. Ni el huracán Katrina logró doblegar el corazón de este pueblo pagano. La droga, el alcohol, la prostitución y los abusos a menores son los males endémicos de nuestra comunidad. Es cierto que nuestra congregación es más bien de clase media, pero le sorprendería lo generalizados que son estos problemas en toda la población.

—Una pena. En Carolina del Norte también tenemos muchos problemas, como la nueva ola del consumo de heroína y la desaparición de tantas jóvenes que van en busca de la fama que les promete la televisión, la música y el cine —dijo el juez.

Attila le miró sorprendido. No sabía cómo podía hablar de ese tema con tanta frialdad. Era un tipo realmente cínico y sádico.

—No siempre todo es como parece —dijo sin poder evitarlo.

—¿Qué no es siempre como parece? —preguntó su suegro molesto.

Attila ya no podía callarse, decidió ser lo menos preciso posible.

—Bueno, toda esa delincuencia, la superstición, no es fruto de una sociedad

mala. Sobre todo, es consecuencia de las deficiencias y contradicciones de nuestro país. Ya me entienden. Les decimos a los jóvenes que viven en un país de oportunidades, que pueden hacer con sus vidas lo que quieran. El famoso sueño americano, pero la educación universitaria únicamente pueden pagarla algunos privilegiados, la clase media pierde sus casas y empleos, permitimos que la droga se introduzca en el país debido a la corrupción del sistema.

—Entiendo el discurso. Suena algo trasnochado, parece sacado de los labios de los Clinton, pero...

—Reverendo, entiendo lo que dice Attila y tiene razón. Veo casos desesperados todos los días. Crímenes, robos, violaciones. No quiero amargarles la comida a las señoras, pero el mundo se está descomponiendo a marchas aceleradas —comentó el juez.

—Por eso es más necesario que nunca que la buena gente se una para hacer el bien —dijo el reverendo.

—El único problema es encontrar a esa buena gente —dijo irónicamente Attila.

—En esta mesa hay mucha gente honrada. No toda claro —comentó el pastor furioso.

—Todos somos pecadores, querido reverendo Black, ninguno merece lo que tiene —añadió el juez.

Attila se revolvió inquieto en la silla, tomó la limonada y le dio un largo trago. Le hubiera gustado que algún milagro convirtiera la limonada en vino, pero aquella vez tuvo que conformarse con el frescor y acidez del limón.

## 16 MIEDO

Anna salió corriendo de la escuela. Estaba lloviendo de nuevo. Se acurrucó en la parada del autobús. Su madre la había llamado a última hora para decirle que se había ido antes a trabajar y que no podría recogerla. Su padre tenía un trabajo extra lejos de allí y no le daba tiempo tampoco. La chica miró el horario, aún le quedaba media hora larga antes de que pasara el último autobús. Justo el tiempo que tardaba andando a su casa. Al final miró el cielo, parecía que llovía un poco menos. Se tapó la cabeza con la chaqueta del uniforme y comenzó a correr calle arriba. En unos minutos el atasco de coches recogiendo a sus hijos se había disipado y apenas había circulación. No se cruzó con nadie en las primeras manzanas, pero justo cuando estaba dudando en ir por el atajo que pasaba por el cementerio, creyó ver una sombra a unos cuantos metros, entre las tumbas.

Anna no era una chica miedosa. No sabía si era porque había heredado el valor de su madre o simplemente no tenía sentido del peligro como su padre. Siguió caminando como si nada, pero cuando el cielo se oscureció mucho más y comenzó a llover de forma torrencial, decidió pararse en el pequeño porche de un mausoleo. A veces le gustaba leer las lápidas. Le parecía increíble que toda aquella gente hubiera vivido antes que ella, pero que apenas quedara recuerdo de lo que habían sido o hecho en la vida.

La tumba era de lo que parecía unos aristócratas de origen francés; los cristales que daban al interior estaban algo empañados por la lluvia, pero los limpió con las manos e intentó ver algo. La puerta cedió y ella dio un respingo hacia atrás.

—¡Joder! —exclamó nerviosa. Pero después comenzó a reírse. Aquel parecía el escenario perfecto de una película de miedo.

Empujó un poco más la puerta y entró a hurtadillas en el mausoleo. Estaba muy limpio y recogido para llevar más de cien años abandonado, como si alguien fuera de vez en cuando a poner flores y limpiar. Al fondo había dos estatuas tumbadas: un hombre y una mujer agarrados de la mano. Ponía una inscripción en francés que no logró entender. Estaba a punto de salir, cuando al girarse vio la figura de una mujer negra, muy anciana que la observaba muy seria desde el umbral.

—¡Dios mío, qué susto! —gritó de nuevo.

—¿A qué has venido? No es bueno burlarse de los muertos —dijo la mujer con una voz ronca, arrastrando las palabras.

—No he hecho nada malo. Estaba caminando a mi casa y comenzó a llover, me apoyé en la puerta y se abrió. No quería molestar.

La mujer se acercó a ella, llevaba unas hojas de palma en la mano, para limpiar el suelo.

—¿Cuida las tumbas? —preguntó la chica que ya se había recuperado en parte del susto.

—Sí, señorita. Me encargo de mantener bien las tumbas. Salí un momento y dejé esta abierta.

—Bueno, será mejor que me marche, parece que ahora llueve menos —dijo la chica dirigiéndose a la puerta.

Estaba al lado de la mujer cuando esta le agarró el brazo con fuerza. A pesar de ser más pequeña que Anna, parecía muy fuerte.

—La lluvia son las lágrimas de todas las almas que han sufrido en este mundo y no han recibido justicia. Tenemos ángeles de la guarda, pero también almas en pena, malvadas, que intentan hacernos infelices y destruirnos. Puedo ver en ti que tu ángel de la guarda está muy atareado. ¡Cuidado niña!, el mal te

está acechando a ti y a tu familia.

La chica sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó con la voz entrecortada. Estaba temblando, como si la lluvia fría del exterior le hubiera calado los huesos.

—El que todo lo roba, el devorador te está siguiendo, no permitas que te atrape, no te fíes de nada ni de nadie.

Anna la miró confusa, no era muy asustadiza, pero aquella mujer parecía hablar en serio. Salió del mausoleo mareada y confusa, como si hubiera estado dando vueltas sin parar en alguna atracción y comenzó a caminar hacia la salida del cementerio. Miró un par de veces a su espalda, pero no vio nada extraño.

## 17TERROR

Era de noche, hacía frío para aquella época del año. No sabía cómo había llegado allí. Se había dicho a sí mismo que no regresaría a esa casa jamás. Llevaba puesta la misma ropa que la primera vez que entró, pero aquel día era de día, el sol iluminaba el jardín y el agua de la piscina parecía brillar como una gema pulida. Entró por el salón, el gran ventanal estaba abierto y la casa a oscuras y en silencio. Caminó hasta la puerta debajo de la escalera. Sabía que allí estaba el sótano, aquel maldito lugar en el que se había quedado anclado, como un mal sueño que se repetía una y otra vez.

Attila abrió la puerta con cuidado, en uno de los laterales brillaba una pequeña luz. Se guardó de nuevo la linterna y caminó despacio para no hacer ruido. La luz enfocaba la parte de la maqueta que el juez estaba completando. En aquel punto de la batalla la crudeza era espectacular. Caballos caídos y destripados, hombres mutilados y sangre por todas partes. Una gran lupa enfocaba la escena, miró a través de ella y los detalles parecieron casi escapar de la maqueta y cobrar vida. Pensó que aquel maldito loco era un maniático del orden y el control. Debía sentirse como una especie de semidiós con todos esos soldados a escala.

Dejó la maqueta y miró hacia la estantería. La puerta estaba abierta, pensó que cómo aquel hombre había sido tan descuidado. Caminó despacio hasta la entrada y después encendió la linterna. El interior estaba húmedo, fresco y oscuro. Le recordó a la cárcel, a los años perdidos entre cuatro paredes. Ahora los lugares cerrados le daban claustrofobia. Enfocó a un lado y al otro, pero no vio a nadie. Estaba completamente vacía.

Entonces escuchó los gritos. Provenían de arriba. Se puso tenso y en guardia, se tocó el cinto y comprobó que llevaba el arma, la tomó, quitó el seguro y

salió del sótano.

Cuando regresó a la planta baja de nuevo el silencio reinaba en la casa, dudó un momento en irse, pero se acordó de la caja de madera. Se dirigió al despacho del juez. Entró despacio y miró la vitrina, estaba dispuesto a romper el cristal si era necesario. Intentó forzar la cerradura, pero antes de que pudiera conseguirlo escuchó gritos de nuevo. Ya no tenía dudas, provenían de la primera planta.

Se dirigió a las escaleras y mientras subía los gritos eran más fuertes y terribles. Comenzó a sudar, apretó la empuñadura de la pistola y recorrió el pasillo siguiendo el sonido. Llegó hasta la entrada de la habitación y echó una ojeada antes de arriesgarse a entrar. La mujer del juez estaba atada a las cuatro patas de la cama. Un hombre estaba sobre ella y la amenazaba con un cuchillo. Entró en la habitación y el hombre se giró, era el juez. Él le apuntó, pero antes de disparar miró de nuevo a la cama. La mujer que estaba atada era Sara. Tuvo miedo de alcanzarla, los dos cuerpos estaban pegados. El juez sonrió y comenzó a apretar el gatillo, pero entonces se dio cuenta que la mujer con la ropa rasgada que había sobre la cama era su hija Anna. Se estaba volviendo loco, intentó disparar, pero ya no estaba su hija, era de nuevo Sally, la esposa del juez, pero el hombre que estaba sobre ella, ¡no podía ser!, era él. Entonces comenzó a sonar su teléfono.

—¡Attila! Es la señora del juez Hilgonth, está muy nerviosa. Su marido se encuentra en un viaje fuera de la ciudad y ha pasado algo terrible.

—¿Qué sucede? —preguntó aturdido, aún en medio de su pesadilla.

—Sally nos ha llamado. Está muy nerviosa —dijo su mujer poniéndose en pie y comenzando a vestirse.

Attila se sentó en la cama con las palmas de las manos sobre la cara. Después se vistió a toda prisa y se miró en el espejo. Tenía mala cara, llevaba

varios días sin descansar bien.

—¿Qué ha sucedido?

—Bueno, no me lo ha podido explicar bien —contestó su mujer mientras bajaban por las escaleras—. Son las seis de la mañana y sábado. ¿Qué puede ser tan grave? —se quejó Attila mientras arrancaba el coche. En las últimas semanas Sara había quedado con la esposa del juez. Le daba pena, creía que no tenía amigas y se encontraba demasiado sola. Lo cierto era que cada vez que la veía temía que le contase algo. No había vuelto a hablar con ella desde aquel día en su casa, aunque habían coincidido varias veces en casa de su suegro y en la iglesia.

No tardaron más de quince minutos en llegar a la casa. Vieron varios coches de policía. Las luces de colores brillaban sobre aquel día gris y lluvioso. Al principio pensaron que la policía estaba en su casa, pero era en la de la vecina de enfrente. En cuanto Sally los vio llegar los hizo pasar. Estaba despeinada, llevaba una bata de seda y caminaba descalza. Tenía los ojos hinchados y rojos.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Sara.

—Están arriba, dormidos —dijo entre sollozos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Attila algo molesto.

—La vecina, la señora Johns, Diana Johns, una anciana encantadora. Escuché a los perros ladrar, llevaban desde anoche inquietos. Salí de la casa algo preocupada, Alan está en un congreso en Lafayette. Entonces me acerqué a la ventana, los perros... Dios mío...

—¿Qué les pasaba? —preguntó Sara.

—La estaban devorando, debe llevar días muerta.

—Iré a comprobar que los niños se encuentran bien —dijo Sara.

Attila y Sally se quedaron a solas y esta se le abrazó.

—Lo siento Attila, siento todo lo sucedido. No soy una mala mujer, amo a mi marido, espero que me perdones. Ya ves, cualquiera de nosotros puede morir de repente. Nunca le contaré lo nuestro a tu mujer, no destrozaría nuestras familias por nada del mundo.

—¿Lo nuestro? No pasó nada. ¿Entiendes?

La mujer le miró furiosa, después se apartó de él y se secó las lágrimas.

—No tienes corazón, mi marido tiene razón.

—¿Tu marido? ¿De verdad sabes con quién estás casada? Te maltrata y puede que haga cosas mucho peores —dijo sin poder contenerse. Llevaba demasiado tiempo guardando aquel secreto y de alguna manera le estaba carcomiendo por dentro.

—¿Por qué me dices esas cosas horribles? ¿No ves cómo estoy?

—Estás loca, eso estás.

Sara llegó justo en ese momento, le pareció que discutían, pero en seguida se quitó la idea de la cabeza.

—Parecen tranquilos. Me quedaré contigo, no trabajo hasta la tarde. Tú regresa a casa con los niños. En un par de horas llamaremos a Alan, no hay necesidad de asustarle —dijo Sara, mientras abrazaba de nuevo a la mujer.

Attila salió a la calle y pasó junto a un par de policías. Conocía al más bajo, un hombre de origen italiano llamado Marco.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó preocupado. Unas semanas antes había hablado con aquella mujer. Le había contado sus sospechas contra el juez y la historia de la casa.

—Una anciana muerta. Algo habitual en esta ciudad, pero lo más terrible es que los perros hambrientos la devoraron.

—No sabía que tenía perros —le contestó.

—¿La conocías? —preguntó el policía sorprendido.

—El vecindario es pequeño y viven enfrente de unos amigos —dijo para salir del paso.

—¿Eres amigo del juez? ¿Quién lo iba a decir?

—Bueno, será mejor que os deje trabajar.

—Esa vieja loca ha tenido un final terrible, como las historias que contaba —dijo el policía.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Attila girándose de nuevo.

—Nos llamó diciendo que sospechaba del juez. ¿Te imaginas? Que la casa estaba encantada y cosas así. Pobre mujer, debía estar perdiendo la cabeza. Ahora descansa en paz.

Attila se subió al coche y condujo despacio hasta su casa, ya se había desvelado y era imposible volver a dormirse. Los niños estaban descansando y a pesar de lo nublado del día, la temperatura era agradable. Puso la radio, ya hablaban del caso de la anciana. La prensa parecía estar siempre al acecho de historias macabras. Después deseó fumarse un cigarrillo, pero se conformó con dar bocanadas al aire fresco que entraba por la ventana. Entonces escuchó en la radio algo que le hizo estremecer:

“La desaparición de Rosemary Sullivan continúa siendo un misterio. La joven había sufrido acoso de algunos compañeros, pero en la actualidad parecía feliz y contenta. Hace casi una semana que desapareció cuando su padre le iba a recoger de una fiesta de cumpleaños. Se descarta la fuga, ya que

no falta ningún objeto personal en su casa. Los padres han pedido la colaboración ciudadana, para este desgraciado asunto. Les mantendremos informados”.

Attila apagó la radio y comenzó a sudar. Tenía la corazonada de que era de nuevo el juez. Había secuestrado a una nueva chica. Por no hablar de la muerte de la anciana. Aquella idea comenzó a torturarlo de nuevo. ¿Debía contar lo que sabía a la policía? ¿Le creerían? La vecina del juez le había denunciado y ahora estaba muerta. ¿Qué podía pasarle a él? Era un ladrón de poca monta, un exconvicto, estaba en libertad condicional y Alan era el juez que le permitía estar en la calle. No le quedaban demasiadas opciones.

Si al menos tuviera alguna prueba, pensó. Tenía que regresar a la casa esa misma mañana y ver qué había dentro de la caja. El juez estaba fuera de la ciudad, su mujer desquiciada y tenía la excusa de ir a por Sara. ¿Qué podía salir mal?

## TERCERA PARTE

## 18 LA OTRA CHICA

Después de dejar a los dos pequeños acercó a Anna al instituto. Parecía adormilada, como siempre, pero en cuanto le hizo aquella pregunta se despejó de repente.

—¿Conocías a Rosemary Sullivan? Ya sabes, la chica desaparecida.

Su hija le miró fijamente, había captado toda su atención.

—Sí, bueno, era un año mayor que yo. No iba a mi clase, pero todos nos conocemos de vista o de cruzar alguna palabra.

—¿Sabes lo que le ha pasado? ¿Qué rumores hay en el instituto?

—Bueno, siempre hay muchos rumores. Algunos dicen que se ha escapado; otros que la han secuestrado y muchos que aparecerá en cualquier momento.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Attila aparcando delante de la fachada del colegio.

—No lo sé, últimamente pasan cosas extrañas. Está siendo un año muy complicado.

Su padre la miró sorprendido, no sabía a qué se refería.

—¿Cosas extrañas?

—Sí, accidentes misteriosos, desaparición de personas. Seguramente forma parte de la normalidad, pero siempre nos extraña lo que no comprendemos.

—Ten cuidado, por favor. No camines sola por la calle, procuraré venir a recogerte. No confíes en nadie. ¿Entendido?

—No te preocupes, papá. Sé cuidar de mí misma.

—Eso no me tranquiliza, prefiero que intentes protegerte, no hables con

desconocidos...

—Y que no coja caramelos de extraños —bromeó la chica.

—Ser padre no es fácil. Ya no puedo estar encima de ti, pero tampoco eres lo suficientemente adulta.

La chica le dio un beso en la mejilla y salió del coche. Antes de entrar en la verja se dio la vuelta y le saludó con la mano. Attila pensó que cada vez se parecía más a su madre. Era más pequeña que cuando ellos dos comenzaron a salir, pero el mundo era un maldito tiovivo que daba vueltas sin parar.

Era pronto para ir a la casa del juez. Se pasó por la suya y conectó el ordenador. Miró datos sobre Rosemay Sullivan, por dónde vivía, quién era su familia y cosas de ese tipo. Aquella noche había una vigilia para pedir que la soltaran en una iglesia de la zona. Se apuntó la dirección y después de comer algo se dirigió a la casa de los Hilgonth.

Paró el coche y al pasar por delante de la fachada vio el Chrysler de su suegro. Chasqueó los labios y llamó a la puerta. Peter abrió la puerta como si estuviera en su casa y le dijo que entrase.

—Venía a recoger a Sara.

—No hacía falta que te molestases, podía haberla acercado yo, Sally todavía está muy nerviosa. Los niños están en el colegio y el juez Hilgonth está en camino.

Se dirigieron al salón y entraron, no había ni rastro de las mujeres.

—Están arriba. Sally se está duchando y Sara recogiendo un poco —le comentó Peter.

—Ok. Esperaré un poco.

—¿Sabes lo que le ocurrió a la señora Johns? Es una cosa terrible.

Seguramente sufrió un ataque al corazón, algo fulminante. No debió enterarse, pero lo de los perros... Por eso no quiero tener mascotas —dijo el pastor.

—No sabía que tenía perros —dijo Attila.

—¿La conocías? —preguntó extrañado su suegro.

—No mucho, de vista. Ya sabes. En esta parte de la ciudad todos nos conocemos un poco. Es un sitio pequeño.

—Pero en el que pasan cosas terribles. Ya lo comenté el otro día en la comida. Los crímenes se han multiplicado en los últimos años —dijo el pastor.

—¿Realmente crees que se debe a algo sobrenatural? Yo pienso que el hombre es capaz él solito de hacer mucho daño. He convivido con presos y conozco algunas historias increíbles.

Su suegro se puso en pie. No soportaba el escepticismo de Attila.

—Aunque no mucho lo que creo, lo cierto es que esta ciudad tiene una herencia terrible de crueldad y muerte. Esclavitud, brujería...

—¿Como la historia de esta casa? —le preguntó Attila.

El pastor frunció el ceño. Se sorprendió de que conociera la historia de la casa.

—Sí, alguien me lo contó. Esta es la casa de los horrores. Debiste advertírselo al juez, aunque puede que él ya esté al tanto.

Peter notó cómo se le secaba la garganta.

—Tengo que tomar algo.

Se dirigieron a la cocina y bebió con avidez un par de vasos de agua.

Attila le miró con extrañeza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupado.

—No puedo respirar, no sé qué sucede —dijo mientras comenzaba a toser.

—Será mejor que te lleve al médico —dijo mientras se acercaba a él.

—Tengo unas pastillas en mi maletín, en el salón.

Attila corrió al salón y buscó el maletín, pero no había ni rastro, después se dirigió al despacho y lo vio sobre el escritorio. Lo abrió y buscó lo más rápido que pudo las pastillas. Tomó el frasco y corrió hasta la cocina. Cuando llegó su suegro estaba sentado en una silla, estaba empezando a ponerse morado. Le dio una pastilla con un vaso de agua, pero no parecía mejorar.

—La adrenalina está en el maletín.

El hombre corrió de nuevo al despacho y sacó la jeringuilla, después le quitó el precinto y fue hasta la cocina. Su suegro le señaló la pierna y se la inyectó. A los pocos segundos volvió a respirar con normalidad.

—¿Te encuentras mejor?

El hombre afirmó con la cabeza. Aún estaba recuperando el aliento.

—¿Qué ha podido darte alergia?

—Perros —dijo casi sin aliento.

—Por eso decías lo de no tener mascotas en casa —bromeó Attila.

Las dos mujeres bajaron por las escaleras y al ver al reverendo aún decaído y tocándose el pecho se asustaron.

—¿Qué ha pasado? ¡Dios mío! —exclamó la mujer del juez. Se había tomado un tranquilizante, pero aún estaba nerviosa.

—Alergia, al parecer por los perros. Solo teníamos uno, pero Alan tuvo que sacrificarlo, estaba algo enfermo. Será por los de la vecina.

—¿Los perros de la vecina? —preguntó Attila.

—Alan se enteró de que era su cumpleaños y le regaló los perros. Decía que así la protegerían. Imaginaos que se los había llevado hace unos días y ahora ha muerto devorada por ellos. Es una verdadera desgracia.

La mujer comenzó a llorar de nuevo. Sara la abrazó y Attila se quedó sorprendido, no sabía cómo lo había hecho, pero no tenía la menor duda de que había sido el juez.

Escucharon pasos y Alan entró en el salón, parecía tranquilo. Abrazó a su esposa y la besó en la frente.

—Gracias por venir tan rápido, no me gusta ausentarme, lo que le ha pasado a la señora Johns es terrible.

—Sí, fue una maldita coincidencia lo de los perros —dijo Attila.

—Los animales actúan por instinto —dijo Alan—, las motivaciones de los humanos son muy diferentes.

—Sin duda. Sara, será mejor que dejemos solos a los Hilgonth.

—Gracias —dijo Sally a su mujer.

—Gracias por venir, reverendo —comentó Alan al pastor.

—Es mi obligación y mi misión. Lamento lo sucedido, ya le advertí que el mal nunca descansa en esta ciudad, señor juez.

## 19 CERTEZAS

Attila se puso su mejor traje de los domingos y salió por la puerta de la casa en dirección a la iglesia luterana. Sara estaba en el trabajo y Anna cuidaría de los niños hasta que él regresara. Su hija no le preguntó a dónde se dirigía tan elegante. Si lo hubiera hecho no hubiera sabido qué contestarle. No tenía sentido que fuera a una vigilia por una chica que ni siquiera conocía.

No tardó más de diez minutos en aparcar enfrente de la fachada de ladrillos rojos. El edificio era austero y no demasiado grande, cuando entró no vio mucha gente, para su sorpresa. Un miembro de la iglesia se acercó al verle y él estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse.

—Bienvenido, imagino que viene por la vigilia. Será dentro de media hora, la información que han dado en algunos medios ha sido errónea. Lo lamentamos. Puede quedarse y esperar o regresar más tarde.

—Muchas gracias, prefiero esperar —comentó mientras se sentaba en uno de los últimos bancos.

—Es familiar o amigo de los Sullivan.

—No, su hija va al instituto de la mía. Me he sentido muy mal al escuchar la noticia en la radio. He pensado cómo me sentiría yo si estuviera en la piel de los padres de la chica. Una verdadera pena.

El hombre que le había saludado hizo un gesto de resignación y regresó al altar. Apenas media docena de personas estaban en los bancos, otros cinco o seis al lado del púlpito, la pareja algo mayor que él debían de ser los Sullivan.

Un hombre se sentó justo a su lado, Attila miró a un lado y al otro, había mucho sitio, se apartó un poco y agachó la cabeza como si estuviera orando.

Aunque lo que realmente hacía era pensar en la chica. Estaba casi seguro de que se encontraba en el sótano del juez. Tenía que hacer algo y pronto, no debía cometer los mismos errores que con la otra chica. Sus ojos seguían torturándole.

—¿Es amigo de la familia? —le preguntó el extraño.

Levantó la cara de mala gana, pero intentó ser amable.

—No, soy el padre de una compañera de la niña.

—Entiendo —dijo el hombre.

Se fijó mejor en él. Era un hombre de mediana edad, ojos oscuros, tez morena y pelo rizado. Hubiera jurado que era mulato, pero apenas tenía rasgos africanos.

—Es una desgracia lo de Rosemary.

—Todavía no —respondió Attila.

—Bueno, me refiero a la desaparición, espero que esté bien. ¿Le importa si le hago algunas preguntas?

Attila frunció el ceño, aquello no le olía muy bien.

—¿Quién es usted?

—Alister McGrath, inspector de la policía de Nueva Orleans.

El hombre se giró hacia el policía. Ya se había arrepentido de haber ido a la maldita vigilia, sabía lo que iba a suceder a continuación.

—Encantado. Yo soy Hans Perry —dijo dándole la mano. En cuanto pronunció aquel nombre se arrepintió de haberlo hecho. Dar un nombre falso a un inspector de policía era un delito.

—Señor Perry. ¿Cómo se llama su hija?

—¿Es necesario todo esto, inspector?

El hombre sacó una libreta y un bolígrafo y comenzó a apuntar.

—Está bien. Sharon, mi hija se llama Sharon.

—Entiendo. Dice que son compañeras de clase, Sharon y Rosemary.

—De clase no, de instituto.

—Ok. ¿Ha venido a solidarizarse con la familia? —preguntó el inspector mirándole de nuevo a los ojos.

Attila reconsideró lo que estaba haciendo.

—Lo lamento, tengo que irme, creí que la vigilia era antes. Tengo a los chicos solos en casa.

—Si compruebo la matrícula de su furgoneta Ford, estará puesta a su nombre, señor Perry.

Attila se quedó parado. Era un estúpido, no tenía que estar allí y sobre todo no debía mentir a un policía, mucho menos estando con la condicional.

—Lo siento inspector, mi nombre es Attila Haldor, estoy ahora mismo en libertad condicional y me he puesto algo nervioso, todo lo demás es cierto, bueno mi hija realmente se llama Anna. Trabajo en el Aserradero Keller y...

El policía se puso en pie y le acompañó a la salida.

—¿Por qué ha venido a la vigilia? Por favor, quiero saber la verdad.

—Estoy preocupado por mi hija, me imagino que como todos los padres. Conocer los detalles me tranquiliza, esta mañana escuché las noticias, pregunté a mi hija y me habló de Rosemary, eso es todo.

—Es suficiente, no le molesto más, ya tengo sus datos.

El hombre se alejó del banco y caminó hacia las primeras filas. Attila se

quedó paralizado. Acaba de colocarse entre los sospechosos de secuestro de Rosemary Sullivan, además de que pudieran relacionarle con otras desapariciones. El dilema ya no era salvar a la pobre niña ni acusar al juez. El verdadero dilema en ese momento era salvar su propio trasero.

## 20 SOSPECHAR DEL LADRÓN

Las casualidades no existen o eso es al menos lo que le enseñaron en la academia a Alister McGrath. Aquel caso le estaba volviendo loco, no tenía ni pies ni cabeza y, lo que era peor, los de arriba temían que se tratara de un maldito asesino en serie o secuestrador de menores. En los últimos meses habían desaparecido dos chicas en la misma zona. Una chica de origen ucraniano y la pobre Rosemary Sullivan. Las dos desapariciones eran similares. Adolescentes, rubias, ojos claros, buen comportamiento, estudiosas y algo tímidas.

No sabía por donde comenzar. En la mayoría de los casos los sospechosos eran del entorno de la víctima, pero en aquellos dos casos aquel patrón no parecía ajustarse. Las dos chicas no se conocían, pero vivían relativamente cerca; tenía características similares, aunque ningún lazo en común. Ninguno.

Su compañero Antoine Crozat era mucho más pragmático, no le importaban los resultados, simplemente se contentaba con cumplir su horario y después irse a casa.

Alister le dijo a Antoine que debían presentarse en la vigilia, que los sospechosos solían acudir a ese tipo de actos por curiosidad o morbo. Ahora creía que había encontrado algo. No sabía si aquel tipo, Attila Haldor era el asesino o el secuestrador, pero tenía una intuición. Sabía que la intuición no entraba dentro de los cánones de la investigación criminal, pero, ¡qué diablos!, él era de Alabama y en su tierra la intuición siempre te ayudaba a recorrer la mitad del camino.

Alister entró en su apartamento después de la vigilia. Le gustaba vivir solo, de hecho, las pocas veces que había tenido pareja las cosas no habían salido

bien. Los casos le obsesionaban y durante semanas no podía pensar en otra cosa.

El inspector entró en el pequeño salón del apartamento, un gran tablón de anuncios ocupaba la pared más grande. En el tablón había un gran mapa de los Estados Unidos y los casos que se parecían a la desaparición de las dos chicas. Mismas circunstancias y características físicas, parecidas familias y situaciones familiares. Había encontrado a unas cincuenta chicas, había descartado las que vivían en estados más lejanos, en la costa Oeste y en los que al final hubiera aparecido un cadáver. A veces pensaba que eran todo conjeturas, pero había encontrado una especie de patrón. Lo llamaba las “dieciséis semanas”. Se llevaban dieciséis semanas entre una y otra desaparición, era casi invariable. Katrina y Rosemary cumplían ese patrón. Todas eran de ciudades medianas o pequeñas, el asesino tenía que viajar por trabajo, seguramente.

—¿Dónde encajaba Attila Haldor? —se preguntó en alto mientras sacaba algo de comida de la nevera. Después la calentó en el microondas y miró la base de datos de la policía en su ordenador—. ¡Joder! Es un ladrón en libertad condicional.

Attila no parecía encajar en el perfil psicológico que había hecho del asesino. La edad podía coincidir, aunque creía que el secuestrador tenía más de cuarenta años. También que era hombre y blanco. Le extrañaba que tuviera antecedentes penales, creía que era un hombre de familia, sistemático y con costumbres rutinarias muy marcadas. Attila era un ladrón de poca monta, además, podía haber otro problema. El tiempo que había estado en la cárcel, eso rompía su patrón de las dieciséis semanas.

Lo que no entendía era por qué había ido aquel hombre a la vigilia, le había dado un nombre falso y después se había marchado a todo correr. Si le

vigilaba, tal vez diera con el asesino o descubriera pruebas para incriminarle. Podía tratarse de un cómplice, aunque eso no encajaba con el perfil psicológico que había trazado.

Se acercó al panel de la pared. Unas cuerdas rojas unían las ciudades de las desapariciones. En el mapa aparecían Texas, Luisiana, Alabama, Georgia, Mississippi, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Virginia y Arkansas.

—Estoy seguro de que nació en uno de estos estados. Si lo pongo de manera cronológica es como si hubiera viajado primero de norte a sur y después de oeste a este. Curioso, muy curioso.

Fue a la nevera y tomó un poco de helado, el dulce le ayudaba a pensar con más claridad. Después miró los datos de Attila: su lugar de residencia, la dirección de su trabajo y el de su mujer, también la iglesia de su suegro. Un dato le chocó mucho. Había tenido un accidente unas semanas antes, al parecer borracho, pero el nuevo juez, el señor Hilgonth, le había absuelto. El nuevo juez no tenía fama de benevolente, le extrañaba su actitud en aquel caso. Lo apuntó, podía pasarse por los juzgados y preguntar al fiscal y al juez.

Miró el reloj y se asuntó. Era muy tarde y al día siguiente tenía que madrugar. Estaba cansado, se puso unos pantalones cortos y una camiseta, se tumbó en el sofá junto con todos los papeles de los informes y vio la televisión hasta que se quedó profundamente dormido.

## 21 ESPOSA

Attila se pasó toda la semana esperando que le fueran a detener, pero no sucedió nada. El sábado por la mañana logró quedarse un poco más en la cama. Su mujer no trabajaba y habían quedado en ir a visitar a los Hilgonth. Al principio no le hizo mucha gracia, pero por otro lado era la oportunidad perfecta para encontrar los indicios que incriminaran al juez. Estaba obsesionado con la caja de madera. Pensaba que tenía que haber algo dentro.

—¿Llevarás pantalón largo? ¿Verdad? —le preguntó su esposa mientras se vestía.

—A pesar de que sea febrero hace mucho calor —contestó Attila.

—Ya queda poco para el Carnaval —dijo la hija pequeña. Llevaba todo el año esperando ese momento.

—Todavía queda una semana —le contestó Sara. Sabía que su hija estaba impaciente por ver su disfraz terminado.

Después de casi media hora, al final los cinco estuvieron montados en el coche. Pararon en una pastelería francesa para comprar unos dulces y después se dirigieron directamente a la casa del juez.

La familia los recibió en la puerta. Todos los niños vestían de blanco, aunque Sally sabía que no tardarían mucho en mancharse con la comida, el césped y los lápices de colores.

—Gracias por venir —dijo Sally a Sara dándole un fuerte abrazo.

Entraron en la casa, la esposa del juez había preparado la comida en un cenador cubierto al otro lado del jardín. Alan le ofreció una copa a Attila, pero prefirió tomar algún refresco.

—Haces bien, es mejor prevenir —le dijo el juez, mientras se sentaban en el jardín. Los chicos comenzaron a jugar y las mujeres terminaron de preparar algunas cosas en la cocina.

—Estamos pensando en mudarnos, han pasado demasiadas cosas en Nueva Orleans y mi esposa está nerviosa. Me han ofrecido un juzgado en Miami. Hace más calor que aquí, pero es un gran salto en mi carrera —dijo el juez tomándole por sorpresa.

—¿Cuándo? —le preguntó impaciente. Sabía que, si la chica estaba viva, se desharía de ella antes de mudarse.

—Después de los carnavales. Los chicos tendrán que ir a un nuevo colegio, pero así son las cosas. Pensé que no te importaría mucho, creo que nunca me has visto con buenos ojos. Imagino que tus experiencias con los jueces nunca han sido muy buenas —dijo el juez con una amplia sonrisa.

—Sin duda no lo han sido, pero nuestras mujeres parecen llevarse de maravilla —comentó Attila, para cambiar de conversación.

El hombre sacó un puro de uno de los bolsillos de la camisa y lo encendió.

—¿Quieres uno?

—Si mi mujer me ve fumando delante los niños me mata —dijo sonriente.

—Es un Montecristo, puro habano, me los regaló un funcionario del juzgado.

Attila miró hacia la cocina y vio a las mujeres entretenidas, pensó que era mejor que el juez se confiara, tal vez se abriera con él. Encendió el puro y le dio una larga calada. Le supo de maravilla.

—Durante un tiempo pensé que te gustaba mi mujer. No te culpo, es una belleza sureña, aunque la tuya es también preciosa, a veces parecen hermanas.

—Ya sabes que no soy un angelito, pero para mí el matrimonio es sagrado —

dijo Attila.

—Aquel día que regresaba de la oficina, no sé si te acordarás, fue hace unas semanas, me pareció ver la furgoneta aparcada cerca de mi casa.

Attila dio una calada larga mientras pensaba en qué contestar.

—Tenía un trabajo por la zona.

—Claro —dijo mirando a las mujeres que se acercaban.

Attila apagó el puro y lo escondió, Alan siguió fumando plácidamente.

—Podéis echar una mano o es mucho pedir. No estamos en el siglo XIX, caballeros.

Los hombres llevaron las cosas a la mesa, los pequeños comieron en una mesa al lado de los adultos y en cuanto terminaron se fueron a jugar.

—Hace un día espléndido —dijo Alan mientras ponía las manos detrás de la cabeza y se reclinaba un poco.

—Sí, espléndido —comentó Attila, imitando la postura.

—¿Queréis tomar café o té? —preguntó Sally.

—Un buen té helado —contestó Attila. Su mujer le lanzó una mirada—. Aunque cualquier cosa estará bien.

Mientras tomaban el té, Sara miró hacia la casa de la vecina.

—¿Sabéis algo más de la muerte de vuestra vecina?

—Una desgracia —dijo Alan—. Al parecer la pobre señora no murió al instante, por alguna extraña razón su cuerpo se paralizó, no podía moverse ni hablar, cuando los perros comenzaron a tener hambre, comenzaron a comérsela viva. Algo terrible, horrible —dijo el juez.

Su mujer le miró asustada, después sintió una arcada, pero logró controlarla.

—No me habías dicho nada, querido.

—Pensé que no te agradaría. Lo siento.

—Bueno, hablemos de algo más alegre —dijo Sara.

Attila se puso en pie y se disculpó, tenía que ir al baño. Entró en la casa y echó un vistazo al jardín, tenía un rato antes de que comenzaran a sospechar. Se dirigió al despacho y miró la vitrina, la caja de madera seguía en el mismo sitio.

—¿Dónde estará la llave? —se preguntó mientras miraba por todos lados, hasta que vio un cuadro detrás del escritorio, representaba una llave sobre una mesa. Parecía tan real. Se acercó y al final se dio cuenta de que estaba dentro del cuadro. La sacó y quedó el pequeño perfil de la llave en el lienzo.

Abrió la vitrina, miró a su espalda, parecía que todavía no le echaban en falta.

Estaba a punto de abrir la puerta de cristal cuando escuchó pasos. Se la guardó en el bolsillo y salió corriendo hacia el baño. Tiró de la cadena, se lavó las manos y abrió la puerta. Pasó por delante de la cocina y Sally le llamó.

—¿Puedes ayudarme?

—Sí, claro.

—¿Te lo ha contado Alan?

—¿El qué tenía que contarme? —le preguntó intrigado.

—Nos vamos dentro de unas semanas a Miami, le han dado un nuevo destino —dijo la mujer encogiendo los hombros.

—Lo siento, bueno no sé. A lo mejor es bueno para la familia —dijo Attila con la bandeja de dulces en la mano.

Ella miró por el umbral de la puerta, para asegurarse de que estaban solos y después le dijo:

—Estuvo insistiéndome, pensaba que nos habíamos acostado, yo lo he negado todo.

—Lo cierto es que no nos acostamos —dijo Attila algo nervioso.

Sally arqueó una ceja.

—No lo entiendes. ¿Verdad? A mi marido no le interesa la verdad, lo único que le importa es lo que decide creer y ha decidido creer que nos acostamos. Por eso quiere que nos marchemos.

—Os deseo lo mejor —dijo mientras se dirigía a la puerta.

—Me ha dicho algo, una cosa, que espero que no sea cierta, pero ten cuidado —dijo la mujer en un susurro, como si temiera que la escuchasen.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó desafiante.

—Piensa revocar tu libertad condicional antes de irse.

Attila se quedó atónito, no sabía cómo reaccionar.

—Hace un rato estábamos hablando amigablemente y...

—Mi marido es frío y calculador. Se sirve las venganzas frías.

El hombre dejó la bandeja en la mesa de la cocina y comenzó a frotarse el pelo, tenía que pensar. Debía actuar cuanto antes.

—¿Qué va a aducir? Tiene que alegar algo para...

—Es el juez, simplemente te meterá en la cárcel de nuevo. Deberás cumplir el resto de tu condena —dijo la mujer con la cara angustiada—. Lo siento mucho por Sara y los chicos. Le dije que pensara en ellos, pero él contestó que era mejor separarlos de un tipo como tú.

Attila dio un golpe en la mesa con el puño.

—Voy a decirle lo que pienso de él. ¡Será hijo de puta!

—No, es lo que está esperando. Te meterá hoy mismo en la cárcel.

El hombre comenzó a respirar hondo, tenía que tranquilizarse, ahora tenía la llave, se haría con las pruebas y podría detener todos los planes del juez y, sobre todo, salvar a la chica. Sabía que estaba muy cerca.

—Está bien —dijo algo más tranquilo.

Salieron juntos al jardín y él forzó una sonrisa. Tenía que mantenerse sereno y con la cabeza fría. Tomaron el té y los dulces. Pasaron el resto de la tarde juntos, como si fueran grandes amigos. En aquel teatro de apariencias, en aquel carnaval improvisado, cada uno debía llevar una máscara diferente, mostrar su verdadera cara habría sido terrible para todos.

## 22PADRE

El inspector Alister dejó a su compañero hablando con una de las secretarias del juzgado y se fue directamente al despacho del fiscal. Llamó a la puerta y entró sin esperar contestación. Ruth y él eran viejos amigos. Habían cenado un par de veces y se tenían mucha confianza.

—Hola. ¿Qué haces por aquí?

—Venía a verte.

—No seas mentiroso, cuando no dices la verdad te salen unas arrugas en la parte alta de la nariz —bromeó la fiscal.

—Ahora entiendo por qué dejaste de llamarme —dijo Alister.

—¿Qué se te ha perdido? Siempre estás olfateando algún nuevo caso. Sé que estás con lo de las chicas desaparecidas —dijo la fiscal ordenando un poco la mesa.

El inspector se sentó, se alisó la corbata un par de veces antes de hablar y después sonrió a Ruth. Era muy guapa, siempre arreglada como para ir a la Casa Blanca.

—Necesito saber una cosa. Es poco importante. Es el caso de un accidente en una furgoneta, el conductor tenía la condicional, un tal Attila Haldor, al parecer el juez Hilgonth no le metió en la cárcel. Una decisión un poco cuestionable —comentó el inspector.

—No tienes pelos en la lengua. El honorable juez Hilgonth puede decir lo que quiera. ¿No crees en la independencia del poder judicial?

—No me vengas con sarcasmos. ¿Qué pasó?

—Bueno, algo raro. Es un juez bastante implacable, ese pobre diablo metió

la pata, tuvo un mal día, pero era de manual que debían retirarle la condicional. El juez fue muy benevolente.

—¿Qué relación tienen? —preguntó el inspector.

—¿Un delincuente y el nuevo juez? No tienen ninguna, que yo sepa. Bueno, sí, van a la misma congregación, la del reverendo Black. Hizo de buen samaritano con el ladrón —bromeó la fiscal.

El hombre se quedó un rato en silencio.

—Tendré que preguntárselo a él mismo —dijo mientras se ponía de pie.

—¿Estás loco? No se pregunta a un juez por qué ha tomado una decisión. Te puede expedientar.

—Bueno, lo haré de otra manera. Le preguntaré por el tal Attila y a ver qué me cuenta —dijo sonriente.

—No te metas en líos. ¿Qué tienes que ver tú con ese ladrón de poca monta? —preguntó la fiscal intrigada.

—El señor Haldor asistió a la vigilia por Rosemary, la chica desaparecida, cuando le pregunté su nombre me mintió. Eso ya es muy sospechoso. ¿No crees?

La fiscal apoyó la cara sobre su mano y le sonrió.

—Un presidiario mintiendo a un inspector de policía. No le veo ningún misterio, se puso nervioso y metió la pata. Tiene pinta de ser un hombre torpe. Al menos eso me pareció en el juzgado.

—Gracias. Te debo una. ¿Quedamos para cenar la semana que viene?

—Sí, pero en un italiano, estoy harta de la comida japonesa.

—Ok, pero luego no te quejes de tus caderas.

—Eres un grosero —dijo la fiscal lanzándole un lapicero—. Ten cuidado con el juez.

Alister dejó el despacho y se dirigió hacia el del juez, llamó a la puerta y esperó a que le respondieran. Le habían comentado que el honorable juez Hilgonth era un tipo estirado al que no le gustaban las confianzas.

—¡Adelante!

El inspector dudó unos segundos, no era buena idea cabrear a un juez, pero si algo le caracterizaba, además de la tenacidad, era la cabezonería.

—Lamente molestarle, señoría, pero...

—Ya me ha molestado, pase y cierre la puerta —dijo el juez mientras apagaba la pantalla del ordenador.

—Es sobre un caso de poca importancia: estoy investigando al señor Haldor, un ladrón de poca monta, que al parecer se estrelló con su furgoneta, cuando sobrepasaba la tasa de alcoholemia y se encontraba bajo libertad condicional.

—¿Y bien? —preguntó el juez impaciente.

—Bueno, lo normal es que un preso en libertad condicional la pierda si incumple la ley.

El juez frunció el ceño. Después comenzó a repiquetear los dedos sobre la mesa sin decir palabra.

—Señoría...

—Señor...

—Inspector Alister McGrath —dijo comenzando a sudar a mares.

—Inspector McGrath, creo que investiga el caso de las niñas desaparecidas. Esas dos pobres adolescentes. ¿Es así? —preguntó el juez con el ceño

fruncido.

—Sí, señoría —contestó tartamudeando el hombre.

—Esas familias están destrozadas. Sabe, yo tengo cuatro hijos. ¿Usted tiene hijos?

—No, señoría.

—Los padres de Nueva Orleans están muy preocupados, pero usted se centra en un perdedor, un ladrón del tres al cuarto. Simplemente quise darle una segunda oportunidad. No es mi estilo, pero pensé que devolverle a la cárcel no ayudaría a su integración en la sociedad. ¿Me puede decir ahora qué tiene que ver con su caso?

El inspector dudó unos momentos. No quería enfurecer al juez.

—Bueno, será mejor que no le moleste más.

—¿Es sordo? ¿Tiene algún problema auditivo? Le he hecho una pregunta.

—Es una tontería, nada importante —contestó el inspector, pero antes de terminar ya se había arrepentido de haber abierto su boca.

El juez se puso en pie y se estiró la chaqueta, rodeó la mesa y le puso las manos sobre los hombros.

—Señor McGrath, sabe que le puedo sancionar por esto. Cuestionar a un juez es un delito —dijo mientras miraba por la ventana el jardín al lado del juzgado.

—Ese hombre fue a la vigilia celebrada para pedir la liberación de Rosemary Sullivan, me pareció sospechoso, estaba nervioso. Me dio un nombre falso y después se arrepintió. Me dijo que su hija iba al mismo instituto y que se había sentido muy conmovido —le explicó brevemente.

—Está bien, ahora lo entiendo. Bien hecho, es mejor seguir todos los

indicios, pero no creo que el señor Haldor sea un secuestrador de niñas. Es un simple perdedor, pero no se inquiete, tenía pensado revocar su libertad condicional la semana que viene. Sé que ha incumplido de nuevo la condicional.

El juez se sentó de nuevo en su silla y encendió la pantalla. El inspector se quedó mirándole sin saber qué hacer.

—Puede retirarse, inspector.

Alister se puso en pie, comenzó a abrir la boca, pero después se calló y salió del despacho sin hacer ruido. En cuanto cerró la puerta, el juez frunció el ceño. Aquel maldito estúpido le había puesto nervioso. Attila era un borracho y ladrón incorregible, pero tal vez pudiera servirle a sus planes. A veces el azar lanzaba una moneda al aire y convertía una calabaza en carroza.

Se puso en pie y tomó la chaqueta del perchero, sabía que a esa hora su esposa no estaba en casa. Necesitaba ver a Rosemary, tenía que relajarse un poco y ella era la única que podía terminar con esa ansiedad que le devoraba por dentro.

## 23HIJA

Rosemary era una chica lista. Al menos eso era lo que siempre le decían sus padres. No tanto por las notas que sacaba en el instituto, ni porque los Sullivan fuera una humilde familia de la clase obrera norteamericana. Era una chica lista porque no se metía en problemas y tenía un plan. Su padre siempre le decía que si no tenías un plan la vida se encargaría de darte uno, por eso, desde que cumplió doce años había trazado lo que sería el resto de su vida. Conseguiría una beca para un buen *college* en Estados Unidos y después una universidad prestigiosa para especializarse. Quería estudiar Derecho, no porque le gustaran los asuntos legales, sabía que, junto a los médicos, los abogados eran la élite de los licenciados en los Estados Unidos. La era de los emprendedores se había terminado, ahora la única forma de hacerse rico sin meterse en política era siendo abogado o médico.

Quería casarse a los treinta años, cuando su carrera ya estuviera consolidada y tener dos hijos entre los treinta y ocho y los cuarenta años, jubilarse a las cincuenta y cinco, disfrutar del resto de su vida y olvidarse de la existencia miserable en la que su familia había vivido en las últimas cinco generaciones. A sus padres les compraría una casa en Florida y ella viviría en California. Sí señor, tenía un buen plan.

Aquella tarde cometió el más terrible error de su vida: se salió del plan. Se había prometido no consumir drogas ni alcohol, ser virgen hasta los veinticinco y no meterse en líos. La fiesta de su amiga fue un desastre. Confiaba en ella, pero le falló. Hubo alcohol, disimulado en el ponche, nadie le avisó y se bebió medio litro. Después se fue con un tal Frank a la habitación del hermano de su amiga y se imagina lo que pasó, aunque no se acordaba de nada. Todas las veces que había soñado cómo sería la primera vez nunca

pensó que fuera así. Las caricias, los besos, los suspiros. Lo único que recordaba era el olor a alcohol, el vómito que echó después y un dolor amortiguado por el ponche.

Salió de la fiesta asustada, su padre tenía que pasar a recogerla, pero ella quería largarse de allí cuanto antes. Paró un coche y un hombre le habló. Le era familiar, pensó que se había perdido y al final entró en el vehículo. Era lo último que recordaba.

La habitación en la que estaba no era muy grande, pero tampoco demasiado pequeña. Tenía al menos tres metros de ancho por cinco de largo; una cama, una mesa y varias sillas. La pared estaba cubierta con una especie de mural que representaba la habitación y la cocina de una casa. El papel estaba doblado en los bordes, lo que le quitaba realismo, pero al loco que la había secuestrado debía ponerle mucho.

Rosemary era una chica poco expresiva, no le gustaba exhibirse ni expresar sus sentimientos. Todos decían que era muy fría, pero no era cierto, simplemente se guardaba las cosas muy adentro. Esa frialdad le permitía pensar y hacer planes, como cuando la habían acosado en el instituto por sacar buenas notas. Había sido la estúpida de Susan, una chica guapa y delgada, bastante popular, mordaz y obsesionada con ella. No solo le había robado a una de sus mejores amigas, además, la muy puta, bueno no le gustaba utilizar aquel apelativo, pero era el que mejor se ajustaba a ella, la muy puta la ponía en ridículo cada vez que podía y propagaba rumores para que todo el mundo le hiciera el vacío, por eso ella ideó un plan.

Con una aplicación bastante fácil clonó el teléfono de Susan, gracias a ello se hizo con sus mensajes y grabó sus llamadas. También se copió un par de vídeos comprometidos. Antes de colgarlos en el chat de sus mejores amigos le advirtió de que si no la dejaba en paz, mandaría información suya a todo el

mundo. La muy petarda no le hizo caso y todos sus amigos se enteraron de lo que ella hablaba de ellos a sus espaldas, su novio recibió el vídeo en el que le engañaba y todo el mundo le dio de lado. Problema resuelto. Rosemary no era vengativa, pero sí justa.

Ahora había creado un nuevo plan. Sabía las pautas de aquel psicópata y perverso. Siempre hacía las cosas de una forma similar. Tenía que pillarle con la guardia baja, que en un hombre era lo mismo que con los pantalones bajados.

Intentó ver algo en la oscuridad, pero no logró ver ni sus manos encadenadas. Lo peor de estar encerrada no era el hambre, la sed ni el miedo, era el tiempo que tenía para pensar. A veces se imaginaba cortándose las venas, otras asfixiándose, pero lo que realmente quería era regresar a casa. Se acordaba de sus padres y hermanos, los quería con toda su alma, los necesitaba. Ya no le importaba mucho su plan, la carrera que quería estudiar. Aquel encierro le había enseñado algo. Lo realmente importante en la vida es estar con los seres que amas y te aman, lo demás no valía para nada.

Escuchó la puerta y se puso en alerta. Escondió en su espalda la pata que había quitado a una de las sillas. Pensaba golpearle con eso, escapar y salir corriendo. No era un plan magistral, pero creía que lo sencillo era en muchas ocasiones lo más práctico.

El hombre entró con la máscara puesta, eso era bueno, el día que se la quitara significaría que estaba muerta.

—Hola Rosemary. ¿No me esperabas? A veces es bueno salir de la rutina. ¿No crees?

—Señor, tengo que...

—No hables, sabes que no puedes hablar —dijo comenzando a alterarse.

—Por favor, señor... haré todo lo que quiera, pero...

—Eres estúpida. Te he dicho que te calles. No me interesa nada que tengas que contarme. Te doy de comer y te cuido, eso es más de lo que estaban haciendo los desgraciados de tus padres. Eres escoria, no lo entiendes, tienes en tu cabecita todos esos sueños, pero no conseguirás nada en la vida.

Rosemary se quedó muda. ¿Cómo sabía él sus planes? ¿Quién se los había contado? Ella desde luego no, se dijo mientras apretaba en su espalda la pata de la silla.

—Será mejor que te tomes esto —dijo el hombre enseñando una pastilla y un vaso de agua.

El hombre se puso de rodillas e intentó que se tomara la píldora. La chica se resistió, pero al final la tragó. El efecto la dejaba casi sin fuerzas, por lo que debía reaccionar cuanto antes. Aprovechando que el hombre estaba de rodillas a su lado, sacó la pata de la silla y le golpeó con todas sus fuerzas. El juez la miró confuso, entonces ella le golpeó una segunda vez. Comenzó a brotarle sangre de la cabeza, entonces él la agarró del cuello y comenzó a apretar. Ella logró golpearle una tercera vez y cayó sobre ella inconsciente.

Rosemary intentó quitárselo de encima, pero pesaba mucho. Al final lo retiró y buscó en sus bolsillos la llave de las cadenas, la encontró y torpemente logró liberarse. Corrió hacia la puerta y salió al sótano. Miró a un lado y al otro buscando la salida. Al final vio las escaleras y corrió hacia ellas. Las subió a toda prisa y salió a la planta baja. Aturdida por la droga corrió en la primera dirección que pudo y terminó golpeándose de bruces con el cristal que comunicaba el salón con el jardín. Comenzó a sangrar por la frente, se puso en pie y movió con dificultad la puerta de cristal, consiguió abrirla y salir al jardín. Entonces sintió que algo le agarraba por el pelo largo y rubio.

—¡Maldita puta!

Sintió un escalofrío, sabía que estaba muerta. El plan había fallado.

## CUARTA PARTE

## 24MATAR O MORIR

Attila Haldor estaba muy nervioso cuando abrió la puerta de la casa de los Hilgonth y se dirigió al despacho del juez. Lo primero que le sorprendió fue que la casa estaba hecha un desastre. Había restos de barro y un reguero de lo que parecía sangre en el pasillo hasta el salón. La cristalera estaba manchada y en el jardín se veían unos girones de ropa.

—¿Qué ha pasado aquí? —se preguntó mientras intentaba recomponer los hechos. Entonces escuchó un motor en el garaje y se dirigió de nuevo a la casa. Miró por la ventana y vio cómo el coche del juez salía y torcía a la derecha. Pensó que para que Alan dejara pruebas por todas partes, debía haber pasado algo muy gordo. Salió a toda prisa, tomó la furgoneta y le siguió a cierta distancia.

Alan tomó la autopista 46 y después la 624, sin duda se dirigía a los pantanos. Eso únicamente podía significar una cosa. El juez había matado a Rosemary, otra vez había llegado demasiado tarde, pero esa sería la última.

Cuando terminó la carretera, Alan aparcó su coche y sacó lo que parecía un saco inmenso del maletero y lo transportó hasta un barco pequeño pintado de blanco. Aquello dificultaba mucho la persecución, pero al final Attila tuvo una idea. Esperó a que el barco se pusiera en marcha, se lanzó al agua y se quedó agarrado al casco del barco. Esa zona estaba infectada de caimanes, pero sabía que no se acercarían a él a aquella velocidad.

Durante casi una hora navegaron por diferentes canales hasta llegar hasta el Biloxi State Wildlife Management Area. Una zona de pantanos especialmente protegida, en el límite del lago Borgne. Attila sabía que el juez se desharía del cuerpo allí. Ya tenía la prueba que necesitaba para acusarle.

Durante casi otra hora se internó en la parte más recóndita del parque. Después detuvo el barco, sacó el cuerpo de la chica del saco y lo lanzó a una

zona próxima a donde se reunían a descansar los caimanes. El cuerpo sería devorado en pocos días y difícilmente alguien llegaría hasta allí para descubrir los restos. En el caso de que lo hiciesen, el juez ya estaría muy lejos de Luisiana, en Florida.

El juez contempló el cuerpo por unos segundos antes de arrancar de nuevo el barco. Después encendió el motor y comenzó a girar, al volverse creyó ver algo en la popa. Pensó que sería un caimán, tomó uno de los cuchillos que guardaba en la barca y paró el motor. Echó un vistazo, pero no vio nada. Estaba girándose cuando de repente sintió un fuerte golpe en la cabeza. Se giró y vio a Attila, llevaba una especie de pala en la mano. Intentó golpearle de nuevo, pero esta vez esquivó el golpe y le hincó el cuchillo en el abdomen. Después lo sacó y volvió a hincárselo, pero Attila desvió la trayectoria con la mano, cortándose parte de un dedo.

—¿Desde cuándo me vigilabas? Y yo que pensaba que te tirabas a mi mujer, lo que realmente querías era llevarme a la cárcel, redimir todos tus pecados. Eres un mal padre, un esposo de mierda y un fracasado. El ladrón que se convierte en el héroe salvador. Llegaste demasiado tarde, la chica quería irse sin ti —dijo el juez mientras Attila retrocedía sangrando.

—Estás enfermo. Muy enfermo...

—¿Enfermo? No estoy enfermo. Los tipos como tú y la sociedad pensáis que los que no nos limitamos a los tabús y las reglas convencionales somos unos enfermos, pero la realidad es que estamos en un estadio mucho más avanzado. No somos la raza débil y enferma que ha creado la sociedad moderna. El hombre primitivo mataba para sobrevivir, era cruel e implacable, pero la moral y el bien lo castró, diciéndole que dejar que sus instintos se liberasen era malo. El Estado tiene el monopolio de la violencia, pero no logrará dominarme. Sirvo a un mal superior, algo que ladrones de poca monta como tú

nunca entendería.

Attila sangraba por la mano y la tripa. Estaba perdiendo mucha sangre, tenía que hacer algo.

—¿Eres un guerrero? ¿Un cazador? Matas a chicas indefensas.

—No puedes entenderlo. Será mejor que te quedes con Rosemary aquí — dijo mientras se abalanzaba sobre él.

Alan logró apuñalarle de nuevo en un hombro. Dio un grito y se lanzó sobre el juez, este lo esquivó y Attila cayó al agua.

Alan puso el motor de nuevo en marcha y salió del pantano a toda prisa. Los caimanes y las infecciones podían terminar el trabajo por él.

## 25EL PANTANO

El juez Hilgonth regresó a su casa lleno de magulladuras y una brecha en la cabeza. Tenía que deshacerse de todas las pruebas lo antes posible. Limpió la casa a fondo, vació la habitación oculta y la limpió a fondo. Quitó la estantería que disimulaba la puerta, llenó el cuarto de cachivaches, se duchó, quemó la ropa y se limpió las heridas. Sabía exactamente cómo esconder las pruebas. Incluso la desaparición de Attila podía beneficiarlo, el inspector McGrath le había incluido en la lista de sospechosos. Cuando hubo terminado se puso una copa, se la merecía, se sentó en el jardín y esperó a que llegara su familia.

Sally llegó con los niños y la compra, cuando se dirigió al jardín le extrañó ver a su marido.

—Hola querida. ¿Qué tal te ha ido el día?

La mujer dio un suspiro y besó en la frente a su marido, entonces vio la herida.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó al ver la pequeña brecha.

—Un golpe. Estaba ordenando el sótano, ya sabes que en cinco días tenemos que comenzar la mudanza.

—Querido, tenemos dinero suficiente para que una empresa haga todo el trabajo.

—No quiero que toquen mis figuritas, prefiero desmontar las maquetas yo solo. Esos manazas son capaces de destrozarlo todo.

La mujer puso los ojos en blanco, a veces creía que su marido únicamente amaba de verdad esa estúpida afición. Pasaba horas en el sótano recreando las escenas del campo de batalla.

—Me ha llamado Sara. Está un poco preocupada, no logra localizar a Attila.

—Espero que no haya hecho una de las tuyas —comentó Alan—. Creo que debo devolverlo de nuevo a la cárcel.

La mujer se puso en cuclillas justo a su lado.

—No le hagas nada. Su esposa es mi amiga, la única que tengo en la ciudad. Por favor.

—No depende solo de mí. Si ha bebido y montado algún escándalo, no podré hacer nada más por él.

—Gracias —dijo dirigiéndose a la cocina. Últimamente su marido parecía más calmado. No es que su vida fuera color de rosa, pero al menos no era el infierno de unos meses antes. Creía que la muerte de su padre le había hecho reconciliarse con su pasado.

Sally llamó a Sara y se sentó en la mesa de la cocina, había comprado lasaña y estaba calentando el horno para hornearla un poco.

—Hola. ¿Alguna noticia de Attila? —le preguntó en cuanto descolgó el teléfono.

—No. Es muy raro. Tenía que ir a por los chicos y desde lo que pasó con las adolescentes desaparecidas no falla ni una vez —dijo Sara algo angustiada.

—Aparecerá, se le habrá pinchado alguna rueda o algo así...

—Sí, pero no es normal que no me haya llamado. Siempre lo hace, a no ser...

—Que esté en algún bar —le terminó la frase Sally.

—Dios no lo quiera. Le quitarán la condicional y yo le dejaré para siempre. Te lo juro —dijo Sara con un nudo en la garganta. Sabía que esta vez no vacilaría, pero deseaba con todas sus fuerzas que su marido no hubiera hecho

el estúpido de nuevo.

Lo que Sara desconocía era que Attila estaba muy lejos de la ciudad, desangrándose en un pantano infecto, rodeado de caimanes.

## 26 AMOR

Nadie conoce la fuerza del amor hasta que lo pierde. Attila se encontraba débil y lo peor es que continuaba sangrando. Se hizo girones la camisa y se tapó la herida de la mano y el brazo. Lo del abdomen era mucho más complicado. Afortunadamente se había criado en los pantanos y, aunque aquello se encontraba muy lejos de su antiguo hogar, había ido algunas veces con su padre a pescar. Si lograba llegar a Shell Beach, buscaría ayuda.

Buscó unas hojas para taponar la herida del abdomen y después miró a su alrededor. Todo era pantanos interminables infectados de caimanes y serpientes. No tenía armas, ni barca ni ninguna forma de salir de allí. Observó después el cuerpo de Rosemary. Todavía estaba intacto, aunque los primeros insectos ya comenzaban a recorrerle las piernas y la cara. Pensó en enterrarla, pero apenas había tierra firme, todo era agua estancada y raíces de árboles.

No quería ser pesimista. Al menos el juez le había dejado con vida. Estaba seguro de que no había sido por piedad, simplemente no se había tomado la molestia de rematarle. En cierto sentido ya estaba muerto.

Comenzó a caminar hacia el oeste. Si lograba salir al lago alguna embarcación podría verle y devolverle a la civilización. Caminó durante tres horas, pero no logró llegar al lago, no quedaba mucho para que se hiciera de noche. Al menos las heridas parecían superficiales y ya no sangraban. Entonces vio al gigante.

Era un caimán de proporciones inimaginables, le miró con sus ojos rojos y pareció olfatear el rastro de su sangre. Sabía que aquellos monstruos cazaban desde el anochecer hasta el amanecer.

El caimán comenzó a moverse despacio, como si no quisiera asustarle. Él

comenzó a moverse también muy despacio, sabía que aquellos animales reaccionaban ante el movimiento o el ruido. Intentó llegar a una pequeña isla, los caimanes eran mucho más torpes y vulnerables en tierra firme.

Attila se subió a un árbol, cuando el caimán dio la primera dentellada e intentó atraparle. El hombre le dio una patada en uno de los ojos y el animal pareció retroceder, pero logró atraparle del pantalón y arrastrarle hacia el agua. Le golpeó varias veces en la cabeza, pero el animal no le soltaba. Estaba luchando en el agua, cuando con sus manos le abrió la válvula palatal y el animal comenzó a tragar agua y abrió la mandíbula. Attila logró escapar y subirse a uno de los árboles.

Intentó relajarse, no podía seguir caminando de noche. Tenía que esperar a que amaneciese. Era su única oportunidad de llegar con vida a la ciudad y descubrir al juez.

Mientras intentaba adaptarse a la forma del tronco pensó en Sara y los niños. Tenía que sobrevivir por ellos. Llevaba toda la vida defraudándolos, pero esta vez no lo haría. Sabía cómo sobrevivir en los pantanos, aquella era la única maldita cosa que le había enseñado su padre.

Intentó dormirse, pero a su mente venían una y otra vez las imágenes del cuerpo de Rosemary. Le había fallado, por su miedo a terminar en la cárcel había permitido que ese psicópata hubiera terminado con la vida de dos adolescentes. Aquellas chicas podían haber sido su hija Anna. Recordó el rostro de los padres de la adolescente. Ya no podía salvarlas, pero al menos haría justicia.

## 27 SOBREVIVIR

En cuanto amaneció Attila se bajó del árbol y comenzó a caminar de nuevo. No había ni rastro del caimán gigante. Se sentía muy débil y sediento. Era una ironía que completamente rodeado de agua no pudiera beber ni una gota. Al final llegó a una nueva isla, por la noche había llovido intensamente, vio un pequeño charquito de agua limpia, logró calmar un poco la sed y seguir caminando.

Cuatro horas más tarde llegó hasta el lago. Se encontraba tan débil que se recostó en la playa y se quedó dormido. Después continuó caminando por la orilla hasta divisar a lo lejos Fort Proctor. A menos de un kilómetro se encontraban algunas casas de veraneo. Decidió atajar por el agua y cuando llegó a la otra orilla se encontraba exhausto. Logró salir del agua y dirigirse hasta las casas. No tardó en llegar a la primera. En aquella época del año estaban vacías. Forzó la puerta y entró. Bebió agua y después miró en la despensa. Había leche condensada y algunas latas de alubias. Suficiente para recuperar fuerzas. Aún debía caminar casi medio día más antes de llegar a algún lugar con teléfono y ponerse en contacto con su familia.

Se quedó dormido en el sillón, se despertó con fuerzas renovadas, se duchó y después se limpió las heridas. Encontró algo de ropa en el armario. Le venía un poco grande, pero sería suficiente para que pudiera protegerle del frío.

Por la tarde salió de la casa y caminó por la carretera hasta llegar al cruce, allí había una pequeña tienda de ultramarinos. Caminó nervioso hasta ella, pero cuando llegó vio que estaba cerrada. Dentro había un teléfono y un ordenador. Decidió forzar la puerta de atrás y entrar. Seguramente los fines de semana abrían para los turistas. Sabía que estaba infringiendo algunas leyes, pero era mejor que intentar caminar hasta el pueblo más próximo.

El teléfono era de monedas, pero no tenía ni un céntimo, miró por la tienda y encontró una lata con algunos céntimos. Esperaba que le diera tiempo para hablar con su mujer. Marcó el número de su teléfono móvil y espero, no hubo respuesta. Después lo intentó con el de la casa. Tampoco contestó nadie. Al final llamó a su suegro.

—Peter, soy Attila —dijo algo incómodo, era la última persona con la que le apetecía hablar.

—¡Dios mío! ¿Dónde estás? —le preguntó entre enfadado y furioso.

—Es una historia muy larga. ¿Está contigo Sara?

—Eres un maldito borracho. Sara no está en casa, pero, aunque estuviera no te pasaría con ella. Olvídate de nosotros, deja que tu familia sea feliz. Tenía la esperanza de no volverte a ver nunca más.

Attila se quedó callado, estaba demasiado cansado y dolorido, como para aguantar a su suegro, pero apenas le quedaba dinero.

—Estoy cerca de Fort Proctor, en una tienda en el cruce de caminos. Por favor, dile a Sara que venga a recogerme. Es urgente, corren peligro. ¿Me has entendido?

Su suegro colgó el teléfono y él se quedó con el auricular en el oído unos segundos. No se podía creer lo que le estaba pasando. Bebió algo más de agua y comió algo antes de ponerse a caminar.

Llevaba poco más de dos kilómetros cuando vio llegar a los coches de policía. En cierto sentido los esperaba y fue un alivio. Los dos vehículos se pararon a pocos metros, cuatro policías comenzaron a apuntarle y tuvo que lanzarse al suelo. Le esposaron las manos a la espalda y le metieron en uno de los coches patrulla.

Tardaron casi una hora en dejarle en la comisaria central de Nueva Orleans.

Le metieron en un cuarto y le encerraron hasta que el inspector McGrath entró con un café y una botella de agua. Le desató las manos y le ofreció las dos cosas.

—¿Se puede saber por qué me han detenido?

El inspector se lo tomó con paciencia, le señaló el café y esperó a que se lo tomara.

—Señor Haldor, lleva casi dos días desaparecido.

—Ya lo sé. He estado perdido en el pantano —contestó intentando relajarse, no quería que el policía le viera alterado.

—No ha ido a trabajar, no se ha puesto en contacto con su familia...

—Llamé a mi mujer hace unas horas, pero no lo cogió. Me imagino que mi suegro es el que les ha llamado.

El inspector abrió una carpeta y sacó unas fotos. Las puso sobre la mesa. Eran de la anciana que vivía enfrente del juez.

—¿Qué es eso?

—Dígame usted —contestó el inspector.

—La vecina del juez Hilgonth.

—Premio. Usted habló con ella unos días antes de que muriera. ¿Verdad?

Se quedó callado. Todo aquello le olía a encerrona y no quería precipitarse.

—Sí.

—Estuvo en la residencia del juez haciendo unos arreglos. ¿Verdad?

—Sí, arreglando una valla del jardín —contestó encogiendo los hombros.

—La autopsia ha revelado que la señora Johns murió por el ataque de los perros, alguien le suministró una especie de droga paralizante, tipo anestesia.

—No entiendo qué tiene eso que ver conmigo. ¿De qué me acusan? Quiero un abogado.

El inspector se cruzó de brazos como si no le hubiera oído.

—Le estuve investigando, después de verle en la iglesia me quedé con la duda. El juez Hilgonth me contó lo que había sucedido, por qué le había mantenido la libertad condicional y usted se lo paga así.

—¿Cómo?

—Nos lo ha contado todo. Será mejor que haga una declaración. Está bajo arresto.

—¿De qué se me acusa? —preguntó confuso.

—Del secuestro y asesinato de dos adolescentes, de la muerte de una anciana y de agredir a un juez federal. Deje que le diga sus derechos.

—Eso es absurdo. Yo no he matado a nadie, pero puedo contarles la verdad.

—Tiene derecho a declarar o guardar silencio.

—No he hecho nada malo. Deje que le cuente...

—Tiene derecho a un abogado, en caso de no contar con uno se le proporcionará uno de forma gratuita...

## 28MALAS COMPAÑÍAS

Anna salió por la ventana de la casa y subió al coche de sus amigos. Eran las ocho de la noche. Estaban comenzando las fiestas de carnaval y su madre le había prohibido salir. Su amiga le había guardado el disfraz y tenían planeado ponérselo en los baños del centro comercial. Después irían a la ciudad y disfrutarían de sus primeras fiestas solas.

El coche salió de la calle y se dirigió al centro comercial. Los chicos se quedaron esperando y las dos chicas entraron en los baños. No había mucha gente, la mayoría estaba disfrutando del desfile o disfrazada por las calles del Nueva Orleans francés.

—Date prisa, no quiero perderme nada —le dijo su amiga algo impaciente.

—Ya voy, el mío es mucho más difícil de ajustar —le dijo nerviosa. Su padre estaba en la cárcel, su madre se pasaba el día estresada, gritándole y castigándola por cualquier cosa. Necesitaba relajarse, más tarde ya pensaría en las consecuencias.

Escuchó la puerta del baño y se sobresaltó. Salió hacia los lavabos y vio a un hombre disfrazado.

—¡Joder qué susto! —gritó entre risas.

El hombre se acercó y la roció con un espray. Estaba a punto de volver a gritarle cuando notó que se mareaba. La cabeza le daba vueltas y tuvo que sujetarse a un lavabo para no caer redonda.

En la cárcel del condado el juez Hilgonth firmó la solicitud de visita y después esperó en la sala hasta que le llevaron a Attila encadenado de pies y manos. Le sentaron en una de las sillas ancladas al suelo y después le encadenaron de nuevo a la mesa.

En cuanto los guardas se retiraron, el juez le sonrió y señaló a las cámaras.

—No puedo dedicarte mucho tiempo. No quiero perderme los carnavales.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó furioso.

—Imagino que intentarás contar tu historia a la policía, pero no te creerán. Antes de que comiences a abrir esa boca, quiero advertirte de las consecuencias. Lo primero es que no se tragarán tu historia. Eres un simple ratero, un borracho y encima estás en libertad condicional.

Attila miró las cámaras.

—No te preocupes, ahora están apagadas. Esta es una visita oficial y no puede grabarla.

—Te atraparan, es solo cuestión de tiempo, cometerás algún error.

—Justo es lo que acabas de regalarme. Tiempo. Gracias a ti creerán que han encontrado al asesino de las adolescentes. Seguro que te acusarán de diez o quince asesinatos, aunque bueno, solo encontrarán un cuerpo, el de la pobre Rosemary. De hecho, ya están buscando por los pantanos.

El juez parecía estar disfrutando con la charla.

—En Luisiana existe la pena capital, es lenta, pero segura. En unos diez años, como mucho, estarás muerto. No podré ser acusado por ninguno de esos crímenes. Eres una verdadera bendición del cielo. El día que te conocí en aquella comida nunca pensé que serías el típico tonto útil.

—Yo le calé desde el principio.

—Te diré lo que va a pasar. Te declararás culpable —dijo el juez con un tono suave casi un susurro.

—¿Se ha vuelto loco?

—Si no lo haces, tu hija Anna morirá. Ahora mismo está en el maletero de mi coche, en el aparcamiento de la cárcel.

Attila le miró incrédulo.

—¿Crees que miento? El hombre sacó una pequeña medalla que la chica siempre llevaba colgada.

—No puede ser. Estás mintiendo —dijo angustiado.

—Pedirás al inspector McGrath hacer una declaración hoy mismo. Cuando el inspector me informe de que la has hecho, dejaré en alguna calle del centro de la ciudad a la chica. Será una pena no poder jugar con ella.

—¿Cómo sé que no la matarás? Eres un maldito chiflado.

—Tendrás que creerme. Una vez que estés en la cárcel y yo en Florida, tendré a mi disposición a cientos de chicas mejores que tu hija. Ella no es mi tipo.

Attila se levantó furioso, pero las cadenas no le permitieron acercarse al juez.

—Tranquilo. En el caso de no cumplir tu parte mataré a tu hija, pero dentro de unos meses o unos años, volveré y acabaré con el resto de tu familia. ¿Los has entendido?

No sabía qué responder, se limitó a afirmar con la cabeza.

—Date prisa, si no quieres que muera. En ese maletero no hay mucho aire, si tardas demasiado, la mataré con mis propias manos y la dejaré tirada como un perro. Será uno más de los muchos crímenes que suceden en Nueva Orleans en Carnaval, tan distinto a los otros casos, que nadie se atreverá a relacionarlos.

El juez se puso en pie y abandonó la sala, Attila se quedó cabizbajo, no podía asimilar que eso le estuviera sucediendo. Los guardianes le llevaron a su celda y antes de que se fueran solicitó hablar con el inspector McGrath.

## 29LA CASA

El coche entró en el garaje y el hombre abrió el maletero. Lo primero que contempló fue el rostro atemorizado de Anna. Se había puesto la máscara, no estaba seguro de poder resistirse a la tentación, pero no estaba de más ser precavidos.

No quedaban muchos muebles en la casa. Su mujer y sus hijos se estaban instalando en la nueva residencia de Miami y él saldría al día siguiente. Dejaría atrás Nueva Orleans y todo lo que había sucedido en los últimos meses. Sin duda había aprendido algunas lecciones en Luisiana. La primera que nunca se está completamente a salvo, y la segunda que muchas veces se puede perder el control de la situación, pero que lo realmente importante es tomar las riendas de nuevo y eso era exactamente lo que había sucedido.

Sacó a la chica del maletero y la arrastró hasta la primera planta. La empujó hasta la cama y la esposó al cabecero.

—Querida niña. Te voy a decir exactamente lo que va a suceder. Te voy a quitar la mordaza, pero no vas a gritar. ¿Ves este cuchillo? Si gritas te cortaré las cuerdas vocales. Si lo has comprendido haz un gesto con la cabeza.

La chica asintió y el hombre tiró de la cinta. Ella dio un pequeño gemido, pero no gritó.

—Esto no durará mucho. Únicamente unas horas, después te dejaré ir.

La chica volvió a asentir.

El juez la contempló por unos instantes.

—Gracias por vestirte así —dijo sonriendo bajo la máscara. La chica se había puesto un disfraz sexy y parecía mucho mayor. Se salía de sus normas

habituales, pero por una vez haría una excepción.

El hombre se sentó en la pequeña butaca que tenía enfrente y se quedó pensativo. Nunca se había sentido tan excitado como en aquella casa, parecía tener un fuerte influjo sobre él. No había llegado allí por casualidad, en cuanto leyó su historia supo que era el lugar.

No se consideraba un tipo supersticioso ni religioso. Uno de los grandes logros del siglo xx había sido deshacerse de la maldita religión, el siglo xxi seguía su estela, pero sabía perfectamente que ciertas fuerzas se movían en las sombras. Él mismo podía sentir las. No escuchaba voces ni chaladuras de esas, pero sí era consciente de que debajo de la superficie, en un estado más parecido al sueño que a la realidad, existía una especie de poder oculto.

Aquel cuarto oculto no lo había construido él. Al parecer los constructores de la casa durante el siglo XVIII lo habían construido para castigar a los esclavos desobedientes. Después se había convertido en una sala de torturas y más tarde en una habitación de juegos para las aficiones sádicas de los amos de aquellas tierras. Todo ese dolor y esa maldad seguían presentes de alguna forma y él había contribuido a alimentar un poco más el espíritu de aquella casa. Hasta su mujer, una obtusa en ese tipo de sensaciones, lo había experimentado, dejándose llevar por sus instintos más bajos.

El hombre se puso en pie y miró de nuevo a la chica. Quería pasar una última noche en aquella casa, una noche especial, en medio de la gran fiesta de la carne. Disfrutaría de la chica y después se desharía de ella. Sabía que Attila sí cumpliría su parte del trato. Era mucho más débil que él. Amaba demasiado a su familia, le importaban tanto que ese amor los mataría a todos.

## 30LOCURA

Cuando el juez se marchó Attila se quedó pensativo, tenía derecho a una llamada. Desde que estaba en prisión su esposa no se había puesto en contacto con él. El inspector no tardaría en llegar y sabía que era una de las últimas veces que podría hablar con su mujer. Metió la tarjeta, marcó el número de su móvil y esperó que ella se decidiera a contestarle. Estaba a punto de colgar cuando escuchó la voz de su mujer al otro lado.

—Hola —dijo secamente.

—Lo siento, no sé cómo explicarte lo que ha sucedido, pero estoy convencido de que sabes que soy inocente. La culpa ha sido mía por no explicarte todo desde el principio.

—Ya es demasiado tarde —dijo Sara con un nudo en la garganta.

—Tengo miedo. Lo que ha sucedido ha sido terrible, peor de lo que puedes imaginar. ¿Recuerdas aquella mañana de domingo que llegué tarde? Justo el día en el que conocimos al juez y su familia.

—Sí, desde ese día comenzaste a comportarte de una manera extraña. Todo marchaba bien, parecía que íbamos a superarlo...

—Escucha —le suplicó Attila—, aquel día entré en una casa a robar. Era el último golpe que pensaba hacer. Estábamos muy mal de dinero y no quería que tu padre nos ayudara. Pensaba que merecías un sitio mejor para vivir, no podía darte lo que necesitabas.

—Lo único que quería de ti era amor y respeto. No me importan las posesiones materiales, pero todo eso ya no importa. ¿Cómo has podido?

Attila se quedó pensativo. No sabía cuánto tiempo duraba la tarjeta, pero

tenía que darse prisa.

—Llévate a los niños a casa de tu padre —le advirtió.

—¿Por qué? —preguntó confusa.

—En la casa en la que entré aquel día, en el sótano, había una habitación donde podía haber dinero o joyas, pero encontré a una chica atada: Katrina, una de las adolescentes desaparecidas.

—¡Eso es una locura! —exclamó Sara—. Es imposible. ¿Estás seguro?

—Completamente, por eso he estado así. Tenía el dilema de contarlo, pero la policía me habría retirado la condicional. El hombre que hizo eso, el dueño de la casa me ha amenazado con secuestrar a Anna, me dijo que estaba en su coche...

—Anna está en casa. No la dejé ir al Carnaval.

—Eso está bien. Toma el coche y vete a casa de tu padre. Es importante.

—Pero ¿quién era el dueño de la casa? ¿Dónde intentaste robar?

—No sabía quiénes eran los dueños, fue un soplo. Se trataba de unos nuevos vecinos, pero después descubrí que eran los Hilgonth.

Sara no podía creerlo. Su marido se había vuelto definitivamente loco.

—Sí, el juez tenía a la chica encerrada en el sótano. Intenté liberarla, pero la chica había desaparecido. Él secuestró después a Rosemary Sullivan, por eso le seguí a los pantanos. Allí se deshizo del cuerpo, me vio y me dejó malherido, para que me muriera en medio de la ciénaga. Lo que no esperaba es que sobreviviría.

Attila rezó para que su esposa le creyese, si no lograba convencerla, toda la familia estaría en peligro.

—Deja que asimile todo esto —dijo Sara intentando calmarse.

—¡No hay tiempo, saca a los niños de la casa, ahora! —contestó desesperado Attila.

—Siempre logras convencerme con tus locuras.

—Llámame loco, pero por favor, llévatelos y sobre todo no abras al juez. ¿Entendido?

—Pero ¿tú qué vas a hacer? Tenemos que sacarte de la cárcel.

—No te preocupes por mí, me declararé culpable. Así os dejará en paz — dijo el hombre apoyando la frente en la pared.

Escuchó un pitido de advertencia, el dinero de la tarjeta se estaba terminando.

—No hay tiempo, haz lo que te pido. Cuéntale todo a tu padre, al menos él tiene enchufe con el de arriba. No vendrían mal algunas plegarias.

—Te quiero, siento...

La comunicación se cortó. Las últimas palabras de Sara se perdieron en el hilo del teléfono, vagando para siempre entre las ondas sonoras de miles de conversaciones interrumpidas. Attila colgó el auricular y comenzó a llorar. Tenía miedo, nunca había estado tan asustado. No le importaba la muerte o la cárcel, de alguna manera tenía que pagar por todos sus errores, incluidos el no haber hecho nada por esas pobres chicas. Ahora lo único que le importaba era que su familia estuviera a salvo. Los guardias le llevaron a su celda, se sentó en el camastro y comenzó a orar como nunca lo había hecho antes. La única esperanza que tenía era que las fuerzas del bien se enfrentaran a las del mal. Si había algún tipo de lucha espiritual, ese era el momento de que se enfrentaran para salvar a su familia.

## 31 MUERTE

El inspector McGrath llegó media hora más tarde. En cuanto los funcionarios le llamaron tomó el coche y sin avisar a su compañero se dirigió a toda velocidad hasta la cárcel. El prisionero ya se encontraba en una de las salas de interrogatorio, parecía deprimido y en cuanto vio entrar al inspector se puso tenso, como si no tuviera claro lo que hacer.

—Señor Haldor, he venido en cuanto he podido, espero que no se eche atrás en su declaración.

Attila levantó la vista y de alguna manera Alister sintió lástima por él. Algo que nunca solía pasarle con los sospechosos.

El inspector puso la grabadora sobre la mesa, dio los datos del sospechoso y la fecha de la declaración.

—Señor Haldor, usted va a declarar de forma voluntaria y sin ninguna coacción. Además, jura decir toda la verdad y que lo que diga volverá a decirlo delante de un jurado.

—Sí, señor —dijo el acusado, abriendo por primera vez la boca.

—Usted ha sido acusado con anterioridad de delitos contra la integridad física de las personas.

—Bueno, cuando era joven fui detenido varias veces por agresión y, hace unos años, por cómplice de homicidio. Aunque no tuve nada que ver con el crimen, un tribunal me acusó al perpetrar el robo con el presunto asesino — contestó más calmado de lo que en un principio pensaba que estaría al confesar un asesinato que no había cometido. De alguna forma, el inspector transmitía serenidad.

—¿Usted secuestró a Katrina Kozel, la violó y después se deshizo del cuerpo?

—Sí señor.

—¿También secuestró, violó y asesinó a Rosemary Sullivan? —preguntó el inspector.

—Sí, lo hice.

Alister miró al hombre. Había interrogado a muchas personas, algunas resultaron inocentes y otras culpables. Aquel caso le hacía dudar. Llevaba meses investigando y sabía que Attila no podía haber cometido muchos de los secuestros. No dudaba que sabía algo, pero sí de que fuera el tipo que buscaba. Si se declaraba culpable la investigación se terminaría, pero lo que él realmente deseaba era cazar al asesino.

—¿Por qué las mató?

—Me gustaban, eran atractivas —dijo Attila sin mucha convicción.

—Tiene una hija de la misma edad. ¿No pensaba en ella al hacer daño a esas pobres chicas?

—Tuve un padre maltratador y violento, puede que eso me influyera.

Alister cada vez estaba más convencido de que Attila no era el hombre que buscaba. Lo que no entendía era por qué se estaba auto inculpando.

—Tenemos unas grabaciones de la calle donde residía la señora Johns, usted habló con ella poco antes de que fuera asesinada. ¿De qué hablaron? ¿Entró en su casa, verdad?

Attila se lo pensó un poco antes de contestar.

—Bueno, la señora Johns me habló de la casa del juez Hilgonth, al parecer creía que estaba maldita.

—¿La casa del juez estaba maldita? —preguntó extrañado el inspector.

—Eso me dijo la señora Johns.

—¿Cuál era su relación con el juez? ¿De qué se conocían?

Attila se puso algo nervioso, la conversación se estaba enfocando al juez y aquello no era buena señal.

—En la iglesia de mi suegro. ¿Por qué lo pregunta?

—Entonces le conocía antes de que le mantuviera la libertad condicional — dijo el inspector.

—Habíamos hablado, pero apenas nos conocíamos. Me pidió que les arreglara una valla de la casa.

Alister apuntó algo en una pequeña libreta.

—¿Por qué fue a la vigilia de Rosemary?

—Me sentía culpable —dijo Attila muy serio.

El inspector notó que por primera vez el acusado decía la verdad. La expresión de la cara no dejaba lugar a dudas.

—¿Culpable? En ese momento la tenía secuestrada. ¿Por qué no la liberó?

—No podía, soy un enfermo, inspector.

—Los asesinos en serie y lo psicópatas no son enfermos, señor Haldor, son personas perversas y crueles incapaces de empatizar con los demás, pero no son enfermos. ¿Por qué se deshizo de la víctima en el pantano? ¿Qué sucedió para que se quedara atrapado en medio de la nada?

—Bueno. Las cosas salieron mal, se hundió una pequeña barca que llevaba. Esa zona la conocía bien, mi padre me llevaba a pescar allí.

El inspector tomó nota de nuevo.

—¿Entonces se declara culpable de ambos homicidios?

—Sí, señor.

—¿Dónde se encuentra el cuerpo de Katrina?

—Está también en los pantanos, aunque no recuerdo bien dónde lo dejé.

—¿Había matado antes a otras chicas? No solo en Luisiana, también en otros estados.

—No, señor.

—Eso es todo por ahora. Hago que conste que renunció a que hubiera un abogado presente.

El inspector apagó la grabadora y se puso en pie, se ajustó los pantalones y miró al hombre.

—No entiendo nada. ¿Por qué declararse culpable? Sabe que posiblemente morirá. Ni siquiera ha intentado hacer un trato o pedir enajenación mental. Tiene una familia, sus hijos, todos ellos quedarán desprotegidos.

—Precisamente lo que deseo es protegerlos, que no sufran más —contestó el hombre.

El inspector llamó al alguacil y miró por última vez al prisionero.

—Le deseo toda la suerte del mundo —dijo antes de salir de la celda.

Mientras caminaba al aparcamiento no podía dejar de pensar en lo que había sucedido. Aquel hombre se había autoinculcado, el caso estaba cerrado, pero las cosas no encajaban. Entonces sonó el teléfono.

—Inspector McGrath. Soy el juez Hilgonth, me han informado de que el señor Haldor estaba declarando. ¿Terminó ya su declaración?

—Sí, señoría. Ya la terminó.

—¿Cómo se ha declarado?

—Culpable de dos secuestros, violaciones y asesinatos, aunque no ha dejado claro qué pasó con la señora Johns.

El juez se quedó en silencio hasta que reaccionó diciendo:

—Bueno, puede que la pobre señora Johns tomara algún calmante por accidente que la paralizó. Lo importante es que se hará justicia a esas niñas. Ha sido un placer conocerlo, mañana todos mis casos pasarán al nuevo juez. Gracias.

El juez colgó el teléfono justo cuando el inspector llegaba a su coche. Se fue directamente a su casa, entró en el salón y miró el panel, estaba más decepcionado que contento. Nunca le había pasado al detener a un asesino. Algo estaba mal, pero no sabía qué era.

Se acercó al panel, miró las chicas desaparecidas, las fechas, los lugares. Attila no había estado nunca en esos sitios. Únicamente había confesado la muerte de dos chicas. ¿Se había equivocado? ¿Era posible que las dos chicas asesinadas en Luisiana no tuvieran nada que ver con el resto de las desaparecidas?

—No lo entiendo —dijo en voz alta. Se puso cómodo y se tomó un par de cervezas sin dejar de mirar el panel.

—Attila no encaja..., su personalidad, su trabajo... no encaja.

Se acercó al panel y comenzó a mirar las fechas y las ciudades. Después cotejó el expediente de robos de Attila y las fechas. En varias ocasiones en las que las chicas desaparecían el sospechoso estaba detenido.

Se desplomó agotado en el sillón, quería relajar la mente, encendió la televisión e intentó pensar en otra cosa, entonces una idea le vino a la cabeza. El juez Hilgonth había llegado poco antes de la primera desaparición, tras

unos meses en el puesto, había cambiado de destino, ejercería como magistrado en Miami.

—La casa maldita era del juez.

Abrió el ordenador y comenzó a leer sobre la casa. Las terribles torturas a los esclavos, el lugar de tortura en el sótano, la crueldad de todos los que habían sido sus dueños. Era una pauta corriente.

Después buscó los expedientes de las dos chicas para intentar encontrar una conexión con el juez. Al principio no lo vio, no eran las chicas, eran los padres. La familia de Katrina había pedido la residencia como refugiados políticos, era el juez el que se la había concedido. En el caso de los Sullivan, el juez les había concedido la cancelación de su deuda hipotecaria, por impago, al perder el padre su trabajo. La ciudad no era tan grande y no había muchos jueces, pero aquello parecía una pauta. Entonces comprobó las ciudades en las que había trabajado el juez: en quince de las dieciocho en las que habían desaparecido víctimas, el honorable juez Hilgonth había ejercido de magistrado.

Alister sintió una sensación parecida a la angustia. ¿Por qué Attila había confesado? Tenía que volver a hablar con él y sacarle la verdad, se dijo mientras se ponía de nuevo los zapatos y la chaqueta. Justo en ese momento vio a gente disfrazada pasando por delante de la casa y recordó que era carnaval, odiaba las celebraciones multitudinarias, pero especialmente el carnaval, era el día con más incidentes y crímenes de todo el año. Sabía lo que era capaz de hacer un hombre con una máscara puesta, quería quitar la suya al juez Hilgonth, pero antes debía descubrir la verdad.

## 32 VENGANZA

Sara dejó la cafetería antes de que terminase su turno. Su jefe sabía su situación y además la mayoría de la gente estaba aquella noche en el centro de la ciudad celebrando el carnaval. La mujer tomó el coche y se dirigió a toda velocidad hacia su casa. Su marido había logrado asustarla de verdad. No entendió muchas de las cosas que dijo. Le pareció incoherente, casi una locura, pero aquello era precisamente lo que la había sorprendido. Attila podía ser muchas cosas, pero nunca un loco.

El juez siempre se había comportado de una manera extraña. Aún recordaba cuando le sobó la pierna después de darle a su marido de nuevo la libertad condicional. Al principio lo tomó como un exceso de confianza, pero en otras ocasiones se había sentido acosada por Alan. Poco a poco se había convertido en una de las mejores amigas de su esposa y ella le había contado algunas cosas sorprendentes.

Era verdad que la relación de Sally y su esposo no era demasiado diferente a otras relaciones de sus amigas. Hombres agresivos e irascibles, con poca resistencia a la frustración y mujeres que por temor continuaban con ellos; en otras ocasiones para no hacer sufrir a los niños. Sally tenía especialmente complicado separarse de un juez y, aún más, demostrar maltrato. En los últimos meses su amiga le había confesado que su marido parecía más tranquilo, incluso encantador, pero eso también era un comportamiento normal en los maltratadores, aunque su amiga lo achacaba a la muerte de su suegro, con el que Alan siempre había tenido una relación tortuosa.

Lo que no terminaba de asimilar era que el juez fuera un asesino y que pudiera hacerles daño a sus hijos o a ella. Aparcó justo en la puerta. La casa parecía tranquila, las luces estaban apagadas y eso significaba que ya estaban

todos dormidos, como ya había imaginado. Si las cosas estaban tranquilas los dejaría descansar y al día siguiente irían a casa de su padre.

Sara entró en la casa y caminó por el pasillo sin encender la luz. Todo parecía tranquilo, se preparó un té y subió descalza a las habitaciones. Una cuidadora había estado hasta hacía una hora. En otro momento hubiera dejado al cargo a Anna, pero con su padre en la cárcel y un asesino suelto, le tranquilizó más que hubiera alguien en casa.

Abrió la puerta de la habitación de Patty, descansaba plácidamente agarrada a su peluche; después echó un vistazo a la de Alexander, también dormía. La puerta de Anna estaba cerrada, algo muy común en los adolescentes. La abrió, pero tenía el pestillo puesto, algo que sabía que estaba prohibido, tomó una moneda y la abrió desde fuera, la puerta chirrió un poco, vio un bulto en la cama y se tranquilizó.

Bajó a la cocina y comenzó a tomar el té. Tenía los pies destrozados, pero sobre todo sentía una profunda pena, como si algo se hubiera roto dentro de ella. No esperaba que la vida de Attila terminara así, condenado a muerte por asesinato. Su marido era un hombre torturado, incapaz de amarse a sí mismo y con una tendencia increíble a meterse en problemas, pero no era un asesino de niñas ni un violador. No señor.

Dio el último sorbo al té y subió a cambiarse, comprobó de nuevo las habitaciones de los niños y se aseguró de que puertas y ventanas estaban bien cerradas. Apenas recostó la cabeza en la almohada, cuando una idea comenzó a obsesionarla. Había pasado una sola vez antes, pero no pudo evitar ir a comprobarlo. Al mirar en la habitación de Anna había tenido la sensación de que una corriente había movido la cortina. Entró en el cuarto y miró a la cama, en la oscuridad se veía el bulto del cuerpo de su hija, abrió las sábanas y vio varios cojines.

—Hoy no Anna, joder, hoy no.

Eso significaba que su hija se había escapado a las fiestas de carnaval con sus amigas. Tomó el teléfono y la llamó.

“El teléfono al que llama está apagado o sin cobertura en este momento.”

Aquel sencillo mensaje fue suficiente, para que Sara comenzara a sudar. Su hija nunca apagaba el teléfono ni se separaba de él. Llamó a su amiga y rezó para que le contestase.

—¿Roberta? Dios mío, ¿dónde estáis?

—Estoy en mi casa, señora Haldor.

—¿En tu casa? ¿No está contigo mi hija?

—Salimos juntas, pero la perdí en el Centro Comercial, estaba en el baño cambiándose y desapareció. La llamé varias veces, pero tenía el teléfono apagado. Nos fuimos al centro, para ver los desfiles y hace una hora regresé a casa. La he llamado varias veces y no responde. Imaginé que se había arrepentido y había regresado a casa. Lo siento señora Haldor.

—¿Sabes si puede estar con otro amigo? ¿Tal vez se vio con un chico?

—No lo creo, Anna no tiene novio y había quedado con nosotros.

—Gracias —dijo mientras colgaba el teléfono.

No sabía qué hacer. Si llamaba a la policía no se lo tomarían muy en serio, debían pasar más de 48 horas para que se comenzara a considerar la desaparición involuntaria, aunque se tratara de una menor.

Si lo que Attila le había dicho era verdad y prefería pensar que no lo era, su hija únicamente podía estar con una persona.

Corrió a las habitaciones de sus hijos, los vistió a toda prisa y los metió en

el coche. Fue a toda velocidad por las calles solitarias de la zona residencial y se dirigió a la casa de su padre. Cuando el pastor Black escuchó el timbre se despertó sobresaltado y bajó descalzo hasta la puerta.

—¿Sara? ¿Qué ha pasado?

Su hija entró con los niños en casa, los subió a las habitaciones de invitados y después entró en la cocina, donde su padre se estaba preparando una infusión.

—¿Qué está pasando?

Su hija le contó brevemente la llamada de su marido, después le habló de la desaparición de Anna.

—Eso es una locura, el juez Hilgonth y su familia son gente decente...

—Ese siempre ha sido tu problema, papá, únicamente ves lo superficial, las apariencias. Sally me contó que su marido era violento. Quería mandar a Attila a la cárcel, sabía que sospechaba algo y, ahora, mi marido está encerrado por algo que no ha hecho.

—Tu marido es un ladrón y un convicto —dijo el pastor furioso. No entendía la obcecación de su hija con Attila. Pensaba que, si era acusado de asesinato, ella se olvidaría de él y comenzaría una nueva vida.

—Puede que lo sea, pero también es un buen hombre que está intentando cambiar. Él no hizo daño a esas chicas ni mató a nadie. Quédate con los niños, voy a buscar a Anna.

—Es una locura, la niña no estará con el juez. ¿Cómo iba a esconderla en su casa con toda la familia?

—Su familia se fue hace unos días a Miami, está solo —contestó Sara.

—Llama a la policía, cuéntale todo —comentó el padre desesperado.

—Es un juez, no me creerán. Tengo que hacerlo yo sola —dijo mientras se dirigía a la puerta.

—Puede ser peligroso —le dijo su padre.

—¡Es mi hija! —gritó mientras abría la puerta.

—¡Espera! —exclamó antes de que saliera al jardín.

El hombre regresó un par de minutos más tarde con un arma.

—¿Sabes usarla? —dijo el hombre mientras se la entregaba.

—Me enseñaste tú. ¿Recuerdas?

Se guardó el arma en el bolso y subió a su coche. Estaba decidida a hacer lo que fuera por liberar a su hija y demostrar la inocencia de Attila. Se sentía aterrorizada, pero sabía que había una fuerza mucho más poderosa que el miedo: la desesperación. Aquel hijo de puta no sabía lo que era enfrentarse a una madre angustiada, pero estaba a punto de descubrirlo.

No tardó mucho en parar frente a la casa, la única luz encendida era la de la habitación principal, comprobó el cargador, bajó del coche y caminó a toda prisa hacia la casa.

## 33SALIDA

Alister McGrath regresó a la cárcel aquella noche. Sacaron a Attila de su celda, no había pegado ojo todavía, no dejaba de pensar en cómo estarían Sara y los niños. Él había cumplido su palabra, ahora esperaba que Alan hiciera lo mismo. Asesinar a su hija hubiera sido un error, en cierto modo el juez sabía que levantaría dudas razonables sobre su autoría y lo último que quería aquel psicópata era que el tipo que iba a pagar por él pudiera salir de la cárcel.

El inspector se sentó delante del hombre. Parecía mucho más tenso que la primera vez.

—Ahora sé que usted no es el asesino.

—¿Se ha vuelto loco? He confesado, yo maté a esas niñas.

—No sé por qué lo hace, pero parece más un hombre desesperado que un asesino cruel y despiadado.

—¿Por qué piensa que no soy yo?

—Porque sé quién es.

Attila se quedó petrificado. ¿Cómo podía saber quién era? ¿Acaso él le había dado pistas que culpabilizaban al juez sin darse cuenta?

—Los protegeremos a usted y su familia, necesitamos pruebas.

—Me reafirmo en mi declaración. Maté a esas chicas y a la señora Johns.

Alister se puso en pie y comenzó a golpear la mesa.

—Entiendo que tenga miedo, es un juez, pero la justicia es igual para todos. Yo me encargaré de meterlo entre rejas. He descubierto que la mayoría de las chicas desaparecidas vivían en las mismas ciudades donde el juez ejercía.

Todas ellas tuvieron una relación indirecta con él, juzgó casos en los que estaban involucrados sus padres.

—Pero no tiene arma del crimen, cuerpos, pruebas de verdad. Eso no le llevará a la cárcel y en cambio le permitirá vengarse de mi familia mientras yo estoy aquí encerrado.

—Es un psicópata, no puede negociar con alguien así. Su familia no está segura, hace años que investigo estos perfiles. No tienen compasión ni piedad, son absolutamente crueles y vengativos.

Attila sabía que tenía razón, pero no podía hacer nada.

—Deme alguna prueba.

—El cuerpo de Rosemary lo llevó en su coche. Miren en el maletero. Tenía un barco, compruébenlo. En las cámaras de la autopista tiene que verse su coche dirigiéndose a los pantanos. Además, está la caja.

—¿Qué caja?

—La que tenía en su casa. Está de mudanza, pero no creo que se separe de ella. Tenía la llave de la vitrina donde la guardaba, estoy seguro de que dentro hay algunos recuerdos de las chicas.

—¿Piensa que tiene allí los trofeos? ¿Cómo descubrió que era el asesino?

—Entré a robar a su casa, vi el cuarto secreto del sótano, allí había una chica, luego descubrí que era Katrina. Quería liberarla, pero cuando volví a abrir la habitación ya no estaba. Después desapareció Rosemary y supe que era él de nuevo.

—Por eso fue a la vigilia.

—La señora Johns me vio salir de la casa y me comentó que sospechaba del juez. Creía que era un hombre violento y que, de alguna manera, aquella

mansión encantada lo fomentaba. La mató para que no hablara. Tal vez vio algo.

Alistar veía cómo todas las piezas encajaban.

—¿Por qué se declaró culpable? ¿Por qué no le denunció?

—Entré en esa casa para robar. Además él era el juez que podía quitarme la condicional, intenté hacer lo correcto, pero no siempre es fácil. En cierto sentido es justo que pague por ello, esas chicas están muertas por mi culpa, por mi egoísmo —dijo Attila mientras comenzaba a llorar. Hasta ese momento había intentado disculparse, pero ahora sabía que era culpable, había antepuesto su seguridad a la de las chicas. No había detenido a ese monstruo y ahora tenía a su hija.

—¿Por qué se ha declarado culpable? —insistió.

El hombre se derrumbó en la mesa, no podía dejar de llorar.

—¡Tiene que decírmelo antes de que sea demasiado tarde!

—No puedo, la matará —dijo entre sollozos.

—¿Tiene a su hija mayor? Joder, Attila, tenía que habérmelo dicho antes. Dios mío.

—No haga nada, se lo suplico, deje que se marche. No quiero que mi hija muera.

## 34 HISTORIAS

Sara dio la vuelta a la casa y se dirigió al jardín. Sally le había contado que la puerta de cristal no se cerraba bien y que había pedido a su marido varias veces que la arreglase. Empujó con fuerza, pero no logró abrirla. Lo intentó de nuevo, comenzaba a sentirse desesperada y la adrenalina, que la había llevado hasta allí casi sin pensar, comenzaba a bajar poco a poco en su organismo. Al final la puerta cedió.

Entró con pasos sigilosos, todo estaba a oscuras, el salón medio vacío, menos algunas cajas que había pegadas a las paredes. Se dirigió a las escaleras y las subió despacio para que la madera no crujiese. Cuando llegó a la primera planta se quedó parada, aquella parte de la casa no la conocía muy bien y con todo a oscuras se sentía desorientada, entonces escuchó un leve ruido al fondo del pasillo.

Sacó el arma y apuntó a la oscuridad, comenzó a caminar hacia la habitación. Abrió el pomo muy lentamente, la puerta no hizo el más leve ruido, miró por la rendija, no había mucha luz, pero se distinguía un pequeño sillón desgastado y las patas delanteras de una cama. Abrió un poco más y apuntó a la cama. Había unas correas atadas y restos de ropa de hombre, pero ni rastro de su hija.

—¡Joder! —exclamó mientras comenzaba a llorar. Se quitó las lágrimas de los ojos, se sentía sin fuerzas. Entonces recordó lo del sótano.

Bajó de nuevo a la otra planta, caminó por el pasillo hasta la puerta que había debajo de la escalera. Estaba entornada, no había luz, pero descendió por la escalera a tientas, intentando no tropezarse con nada. Nunca había estado allí. Según Sally era la guarida secreta de su marido, donde montaba

sus malditas maquetas de la Guerra Civil americana.

Una ligera luz la guio; era como una rendija minúscula, pero en medio de aquella oscuridad, parecía resplandecer con fuerza. Caminó despacio, golpeó algo con el pie, afortunadamente no hizo mucho ruido, se tambaleó un poco y volvió a detenerse. El silencio reinó de nuevo en el sótano, hasta que escuchó unos amortiguados gritos.

“Están aquí” se dijo mientras apuntaba de nuevo al frente. Se dirigió hasta la puerta y la empujó con cuidado. Lo primero que vio fue un colchón sucio en el suelo y dos cuerpos que se movían semidesnudos.

El hombre se giró al notar algo de corriente a su espalda, miró a Sara y con una sonrisa le dijo:

—Ya estamos todos. Estoy a punto de hacer realidad el sueño de mi vida, madre e hija juntas.

Sara tuvo ganas de vomitar, pero se limitó a apuntar con su arma, mientras sentía que le temblaban las piernas. Nunca había tenido tanto miedo en toda su vida.

—Perdona que no me levante. Tu hija se está portando muy bien.

Entonces logró ver en parte el rostro de Anna. El rímel se había corrido y tenía los ojos negros, el pelo despeinado y el pintalabios medio borrado. Lloraba y gemía, pero al verla se quedó callada y después comenzó a gritar.

—¡Mamá!

Algo se rompió dentro de Sara, sintió un fuerte dolor en el pecho, entonces recuperó la compostura y con los ojos llenos de lágrimas gritó:

—¡Maldito hijo de puta, sepárate ahora mismo de mi niña! ¡Escoria, si no te apartas te coseré a balazos!

El hombre no pareció inmutarse, siguió sonriendo hasta que se giró un poco y mostró un gran cuchillo sobre la garganta de Anna. Sara se quedó paralizada.

—Ahora vas a dejar la pistola en el suelo y te vas a unir a nosotros o tu querida hija no verá la luz de un nuevo día.

Sara titubeó, pero cuando el hombre apretó el cuchillo contra la garganta de Anna y las primeras gotas de sangre comenzaron a manar, abrió los ojos, levantó las manos y tiró el arma al suelo, suplicando al hombre que no hiciera nada a su hija.

## 35 JUEZ JUSTO

Alister salió corriendo en cuanto atravesó la última puerta del penal y se subió lo más rápido que pudo a su coche. El protocolo le exigía que llamase a sus compañeros y esperar refuerzos, pero quién iba a admitir que entraran sin pruebas en la casa del juez Hilgonth. Si lo intentaban y no encontraban nada sus carreras estaban acabadas. Los jueces al igual que los policías y otros gremios eran de lo más endogámicos y corporativistas del mundo. Si atacabas a uno inmediatamente atacabas a todos.

El coche de Alister avanzó a toda velocidad por las calles semidesiertas de Nueva Orleans. A esas horas los últimos turistas que habían acudido a la ciudad por el carnaval estaban durmiendo la mona en sus hoteles.

Mientras se dirigía a la casa hizo una única llamada. Fue al juez de guardia para que soltasen a Attila sin fianza. No sabía cuántas horas tardarían en cursarla, pero esperaba que fuera lo antes posible. El inspector había omitido que el acusado era un testigo y que había entrado en una casa para robar. Ya tendría tiempo para hacer el papeleo. En aquel momento lo más importante era buscar a la hija de Attila.

Alister marcó el número de la señora Haldor, pero nadie contestó. Aquello no era buena señal. Pisó a fondo el acelerador y poco más de quince minutos más tarde se encontraba enfrente de la residencia de los Hilgonth. Cruzó el jardín a toda prisa, pero la puerta principal estaba cerrada, fue hasta el jardín trasero y vio la puerta de cristal medio abierta. Entró rápidamente y desenfundó el arma. En la planta baja no había ni rastro del juez, ni de la hija de Attila. Subió a la planta primera, pero tampoco vio a nadie. Entonces recordó lo del sótano. Lo registró a fondo. La sala se encontraba completamente vacía.

—¡Mierda! —exclamó mientras intentaba pensar. ¿Dónde se había metido el juez?

Miró en el garaje y el coche no estaba allí, se había llevado a la chica a algún lugar, pero ¿adónde?

Salió a la calle y se quedó unos segundos apoyado sobre el capó de su coche. Intentó recordar la conversación con el detenido. Según le había contado el juez tenía un barco en los pantanos, los embarcaderos más cercanos se encontraban cerca de donde había aparecido Attila. No sabía qué ventaja podía llevarle, pero daría con él. Al menos tenía que intentarlo. Tomó el coche y se dirigió a la carretera principal, en menos de cuarenta minutos se encontraba enfrente del embarcadero. Todo estaba en calma, decidió ir hasta la caseta del guarda y preguntarle.

—Buenas noches —dijo despertando al hombre que tenía la cabeza apoyada en su mesa.

—¡Joder! ¿Qué sucede esta noche? ¿Todo el mundo quiere ir a pescar a las dos de la madrugada?

—Soy el inspector Alister McGrath. ¿Ha salido algún barco en las últimas horas?

El guarda pareció despertarse de repente. Señaló al fondo del muelle y dijo.

—Hace unos quince minutos el juez Hilgonth tomó su barco y salió a pescar. Al menos eso es lo que me contó.

—¿Cuál de estos barcos es el más rápido?

—Aquel de allí. Es una verdadera maravilla. No verá otro igual.

El inspector corrió hacia el barco y le desató del embarcadero.

—Pero ¿qué está haciendo?

—Lo necesito para seguir a un sospechoso —dijo mientras ponía en marcha la lancha.

—Pero no puede...

Alister hizo que el motor fueraborda rugiera y la lancha salió a toda velocidad.

—¡No tiene suficiente combustible! —gritó mientras corría hacia el embarcadero. Era demasiado tarde, el sonido del motor amortiguaba cualquier tipo de voz.

El inspector llevaba mucho tiempo sin navegar, pero en cierto sentido era como montar en bicicleta. Dejó que el aire húmedo del pantano le espabilara un poco. A aquella velocidad no tardaría mucho en alcanzar a ese maldito asesino.

Un par de minutos más tarde observó cómo un barco entraba en medio de los manglares, aminoró la marcha y lo siguió. No era fácil llevar un barco por aquella zona. No había mucha profundidad y era muy fácil encallar.

Se aproximó un poco más y después apagó sus luces y puso el motor a mínima velocidad, necesitaba contar con el factor sorpresa y, por lo que sabía, el juez era un hombre muy peligroso.

El barco se detuvo frente a una de las islas. Alister detuvo su lancha y dejó que la inercia le aproximara. En cuanto estuvo a menos de diez metros lanzó el ancla y esperó.

El juez sacó a una joven a la superficie, después a otra mujer. Alister se quedó boquiabierto. ¿Quién era la otra persona? Intentó agudizar la vista hasta que lo comprendió, era la mujer de Attila. Aquel pobre diablo tenía razón, el juez era capaz de destruir a toda su familia, pero antes tendría que enfrentarse a él.

## 36 ÚLTIMAS PALABRAS

Uno de los alguaciles golpeó las rejas de la celda y Attila se despertó sobresaltado. No sabía cuánto tiempo había dormido, el agotamiento había terminado por vencerle.

—¡Te vas a casa! Ha llegado la orden del juzgado —dijo el alguacil mientras abría las rejas. Le llevaron hasta una sala, le entregaron su ropa y objetos personales.

—¿Qué hora es? —preguntó aturdido.

—Las tres de la madrugada.

Attila le miró sorprendido, conocía perfectamente el sistema penitenciario para saber que no era nada habitual salir a aquella hora.

Se vistió lo más rápido que pudo y llamó a su esposa, pero tenía el teléfono apagado. Después llamó a su suegro, pero no le cogió el teléfono. Le dejaron en la puerta de la cárcel sin ninguna forma de ir a su casa. Comenzó a caminar hasta que después de más de una hora llegó a una parada de autobús. El siguiente no llegaba hasta dos horas más tarde. Al final decidió pedir un Uber. El coche se detuvo frente a la puerta de su casa. Abrió la puerta y entró, pero estaba vacía. Insistió en llamar a su mujer, pero el teléfono continuaba desconectado.

—Mierda —exclamó mientras se dirigía a la casa del juez. Alan no había cumplido su palabra.

Corrió hasta la casa del juez, pero estaba tan vacía como la suya. El único sitio en el que podían estar era en los pantanos. Llamó de nuevo a un Uber y le pidió que le llevara al embarcadero. Mientras el coche se acercaba al pequeño puerto no podía dejar de pensar en su mujer y su hija.

---

Sara y Anna estaban tumbadas en el suelo del barco con las manos atadas. El juez las miraba de pie, su rostro no expresaba ningún tipo de emoción, las miró fijamente y después comenzó a decirles:

—Me temo que hemos llegado al final del viaje. Quiero decirles que he disfrutado mucho con las dos, pero mañana, qué digo, dentro de unas horas tengo que marcharme a mi próximo destino. Seguro que gracias a las dos podré estar un tiempo tranquilo. Necesitaba relajarme y vaya si lo he conseguido. ¿Cuál prefiere morir primero?

Sara miró al hombre aterrorizada, las últimas horas habían sido terribles, pero de alguna manera había guardado la esperanza de sobrevivir.

—No tienes por qué matarnos. No diremos nada, lo prometo.

—¿Crees que soy estúpido? He logrado sobrevivir tanto tiempo porque no he cometido errores, dejar cabos sueltos sería una imprudencia.

—Mi marido está en la cárcel, él ha asumido toda la responsabilidad de tus crímenes. Le diste tu palabra —dijo la mujer desesperada.

—¿Mi palabra? Nunca pensé que un ladrón, un criminal como él, fuera tan ingenuo y estúpido.

El hombre sacó un arma y apuntó a las dos mujeres. Anna comenzó a gritar y Sara, en un intento desesperado atrapó con sus piernas las del juez y logró derribarle. Se lanzó sobre él, pero no podía hacer nada con las manos atadas.

—¡Maldita zorra! —gritó mientras le golpeaba con la culata del arma. Le partió la ceja y esta comenzó a sangrar.

—¡Por favor! —volvió a gritar desesperada.

Alan apuntó primero a la madre, pero después desvió el arma hacia la hija. Su dedo comenzó a apretar el gatillo cuando sintió un fuerte golpe en la nuca, se giró y vio al inspector. No podía creer que ese maldito estúpido hubiera logrado descubrir la verdad, pensó mientras Alister le puso la pistola en la sien y le ordenó que soltara el arma.

## 37EL PANTANO

Alister estaba muy nervioso, pidió al juez que tirase el arma y no se resistiese. Las dos mujeres le miraron inquietas y el inspector volvió a gritar al hombre.

—¡Tire el arma al suelo de inmediato!

—Inspector todo esto es un error, no sé qué piensa que está sucediendo aquí, pero la realidad...

—¡Tire el arma ahora mismo!

El juez levantó las manos sin soltar el arma, sentía un fuerte dolor en la nuca, pero disfrutaba con todo aquello. Nunca sentía miedo y mucho menos de alguien como el inspector McGrath.

—Está bien, la dejaré en el suelo —dijo mientras soltaba despacio el arma y se giraba.

Los dos hombres se miraron cara a cara.

—¿Pensaba que no iba a descubrirle? Intentó que creyera que Attila Haldor era el culpable, le obligó a que se culpara. Sabía que un hombre con antecedentes, en libertad condicional y que había cometido el error de inmiscuirse sería una presa fácil.

—Estoy fascinado con usted. Llevaba años esperando, pero al parecer la policía y el FBI están muy preocupados luchando contra el terrorismo islámico y las matanzas en los colegios.

—Creyó que nadie sospecharía de un juez, además logró deshacerse de los cadáveres. Si no hay cadáver no hay crimen, pero no tuvo tiempo de deshacerse de Rosemary y la trajo aquí. ¿Cómo lo hizo?

El asesino parecía disfrutar al escuchar al inspector. Durante todo aquel

tiempo no había podido mostrar al mundo sus hazañas.

—No es sencillo deshacerse de los cuerpos. Algunos creen que con la cal viva o el óxido de calcio el cadáver queda reducido a nada, pero no afecta a los huesos. La única forma de destruir un cuerpo es con un horno que alcance una temperatura de 980 °C. Otros prefieren el ácido fluorhídrico, pero es muy difícil de manipular y deshacerse de él.

—¿Qué iba a hacer con las dos mujeres? —preguntó el inspector fascinado.

—¿No ha entendido nada? ¿Verdad? Acusarán a Attila Haldor de su desaparición y muerte.

El inspector le miró sorprendido, sin duda el juez había perdido la cabeza.

—Attila está en la cárcel. ¿Cómo va a cometer un crimen desde allí?

El juez le sonrió de tal forma que no pudo evitar sentir un escalofrío recorriéndole toda la espalda.

—He dado la orden de que le liberen de inmediato —dijo Alister.

—Y yo la he firmado. Una vez más muchas gracias por su ayuda.

El inspector se quedó boquiabierto, aquel maldito asesino lo había utilizado.

Antes de que pudiera reaccionar el juez se agachó y agarró un gancho del suelo, lo levantó con rapidez y atravesó el cuello del inspector. Este no pudo más que dar un leve gemido y sentir un fuerte dolor en la garganta. Después notó cómo el juez tiraba de él y lo arrojaba al pantano. No tardaron en acudir varios caimanes que lo despedazaron en unos pocos minutos.

El juez miró complacido por la borda y se agachó de nuevo para recoger su arma, pero ya no se encontraba en el suelo.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Sara mientras comenzaba a disparar. Un proyectil alcanzó al hombre en el hombro, otro le rozó el cuello y un último le

atravesó una pierna.

El juez cayó redondo al suelo, Sara aprovechó para desatarse las ligaduras y después liberó a su hija. Miraron al juez desangrándose en el suelo. Aquel monstruo iba a recibir lo que se merecía, pensó Sara mientras saltaban a la lancha.

La mujer puso el motor en marcha y las tranquilas aguas del pantano se removieron por unos instantes. Mientras se alejaban escucharon varios disparos, el juez había logrado ponerse en pie y dispararles. Sara miró a su hija. Su rostro expresaba un dolor infinito, se desplomó y la mujer fue a socorrerla, dejando el timón de la lancha.

El juez se desplomó de nuevo en el barco perdiendo la consciencia.

Sara intentó reanimar a su hija, tapó la herida de bala con las manos, pero seguía perdiendo mucha sangre.

—¡Dios mío! —exclamó mientras se cortaba parte de las mangas de su blusa e intentaba parar la hemorragia.

—Mamá —dijo la chica con la cara pálida. Su vida se apagaba poco a poco.

Sara intentó que la lancha fuera más rápido, pero poco a poco fue perdiendo fuerza. Aquel maldito asesino había alcanzado el depósito de combustible. Cuando se detuvo por completo, Sara comenzó a desesperarse. Lo único que podía hacer era intentar regresar de nuevo al barco.

## 38 DESESPERACIÓN

Attila tomó una lancha y escapó a toda prisa del puerto antes de que el guarda se diera cuenta. Estaba casi convencido de que el juez había llevado a su mujer y a su hija allí. Aquel maldito bastardo deseaba deshacerse de cualquier prueba que pudiera incriminarle. Esperaba llegar antes de que fuera demasiado tarde, aunque cada vez se sentía más angustiado.

Mientras recorría a toda velocidad el pantano, el sol poco a poco iluminó la copa de los árboles más altos. Se introdujo en los manglares e intentó descubrir cualquier pista que lo llevara hasta ellas. Después de un par de horas de búsqueda comenzó a desesperarse.

Attila recorrió el mismo camino que el juez había hecho unos días antes, pero de repente sintió que la lancha encallaba y comenzaba a entrar agua. Decidió bajarse y seguir buscando a pie. El agua le llegaba casi hasta la cintura, estaba algo fría y tan cenagosa que apenas podía verse el fondo.

Estaba a punto de perder la fe cuando vio una embarcación a cierta distancia, se acercó a nado y después subió. Apenas había puesto un pie dentro cuando sus ojos contemplaron el cuerpo de su hija Anna.

—¡Anna, Dios mío! —gritó angustiado. Abrazó su cuerpo inerte y lo primero que sintió era que estaba completamente frío. La chica aún tenía los ojos abiertos y una terrible expresión de dolor.

¿Dónde está Sara? Pensó mientras mecía a su hija, las lágrimas recorrían su cara sucia de sudor y barro, necesitaba pensar con claridad. Aún podía salvar a su esposa. Dejó con cuidado el cuerpo de su hija. Miró al otro lado del manglar, pero no vio nada. Saltó al agua y continuó nadando un rato, hasta que llegó a la pequeña isla. La recorrió angustiado, pero no había ni rastro de su

mujer. Parecía como si se la hubiera tragado la tierra.

---

Sara llegó al barco del juez después de casi quince minutos nadando. Estaba tan exhausta, cuando subió a bordo, que necesitó unos segundos para recuperarse. El juez seguía tendido en el suelo. Se dirigió a la cabina y buscó la radio. Tardó un rato en encontrarla, después la conectó y comenzó a mover una rueda buscando alguna frecuencia desde la que le pudieran escuchar.

—¡Socorro! SOS, necesitamos ayuda urgente. Una persona herida de gravedad.

No se escuchaba nada al otro lado. Lo intentó de nuevo otra vez, pero la radio parecía completamente muda.

—¡Mierda! —gritó furiosa. Comenzaba a desesperarse. Su hija no resistiría mucho en aquel estado.

—No funciona —escuchó una voz a su espalda. El juez estaba de pie, apoyado en el umbral de la puerta. Tenía el traje manchado de sangre y su rostro tan pálido como la muerte.

Sara se quedó bloqueada al principio, estaba convencida de que lo había dejado herido de muerte.

—¿Tu pobre hija se está muriendo? Bueno, al parecer cuando estamos predestinados a algo es muy difícil escapar de nuestro destino.

La mujer se dio la vuelta y tomó un palo alargado que estaba caído junto a la mesa.

—Pues tu suerte acaba de terminarse —le dijo mientras le golpeaba con todas sus fuerzas en la pierna herida.

El hombre bramó y se cayó al suelo retorciéndose de dolor. La mujer se inclinó para golpearle otra vez, pero el hombre sacó de su espalda un gran cuchillo y se lo clavó en el pecho. Sara miró la herida incrédula, él sacó el arma del corazón y la mujer se derrumbó a su lado.

Alan logró ponerse en pie, empujó el cadáver y lo lanzó por la borda. Se dirigió al timón de la embarcación y encendió el motor, logró dar marcha atrás y alejarse de allí lentamente.

Mientras el barco se perdía por uno de los canales, Attila cruzó la isla, creía haber escuchado algo, pero no estaba completamente seguro. Llegó a la orilla y vio algo que flotaba, entró en el agua y se acercó al cuerpo.

—¡No! —gritó al verlo. Tenía el rostro desfigurado y le faltaban varios miembros. Era el inspector de policía. Dejó que el cuerpo siguiera flotando y regresó a tierra firme. Se sentó en la orilla, apoyó su cara entre las manos y comenzó a llorar.

Un sonido extraño se escuchó desde un lado de la pequeña isla, corrió esperanzado hasta allí. Un cuerpo descansaba boca abajo. El pelo revuelto le tapaba la cara, pero él no tuvo duda de que era Sara.

Se inclinó y le dio la vuelta.

—¡Sara! —le gritó, pero ella no reaccionó.

La apretó entre los brazos y ella abrió los ojos.

—Lo siento Attila. No pude protegerla —dijo con un hilo de voz.

—No pienses en eso.

—Lo siento mucho —repitió mientras cerraba los ojos. Su cuerpo perdió de repente la rigidez y él lo aferró con más fuerza.

Mientras el sol llegaba a lo más alto y el calor comenzaba a templar las

aguas, Attila pensó en la última vez que habían estado todos juntos, formando la familia feliz que siempre había anhelado. Le hubiera gustado robar aquel instante a la eternidad, pero el tiempo pasaba inexorable recordando a cada hombre que no había nada duradero, que lo único que quedaba tras la muerte era el recuerdo, la imagen imprecisa de un momento que no volvería jamás.

## 39BÚSQUEDA

Las batidas comenzaron a la mañana siguiente. La policía y la guardia de costa se coordinaron para dar con el inspector McGrath, la señora Haldor y su hija Anna. La zona pantanosa era enorme y las autoridades sabían que podían tardar varios días en dar con las víctimas.

La prensa había filtrado la noticia. El inspector McGrath había solicitado la libertad sin cargos de Attila Haldor, el principal sospechoso del asesinato de las adolescentes Katrina y Rosemary. Al parecer, el delincuente había agredido al juez Alan Hilgonth, que se recuperaba en el Hospital Universitario de Nueva Orleans. Después había secuestrado a su mujer e hija y las había llevado a los pantanos. El inspector McGrath los había seguido y los cuatro se encontraban en paradero desconocido.

La guardia costera supervisó palmo a palmo toda la zona de los pantanos, algunos pescadores se unieron a la búsqueda de los desaparecidos, aunque las autoridades no tenían mucha esperanza de encontrarlos con vida.

Al tercer día de búsqueda encontraron el cuerpo de Anna en una barca medio hundida, unas horas más tarde hallaron los cuerpos del inspector y la mujer.

La policía federal mandó una orden de busca y captura contra Attila Haldor, que el FBI hizo extensible a todo el país. Tres días después se celebró el funeral por las dos mujeres en la iglesia del pastor Black.

A la ceremonia asistieron más de cinco mil personas. Varias televisiones retransmitieron la ceremonia en directo.

El reverendo Black habló a la multitud conmocionada por la muerte de dos miembros de su familia.

—Vivimos tiempos terribles en los que la vida de un ser humano no parece

valer nada. La muerte de mi querida hija Sara y mi nieta Anna son parte de una cadena horrenda de crímenes. La violencia contra las mujeres es terrible y mucho más cuando viene de personas tan cercanas. La justicia parece impotente ante esta ola de crímenes sin precedentes, pero nosotros, los creyentes, confiamos en que hay una justicia mucho más importante que la humana y que juzgará a cada hombre y cada mujer, cuando juntos entremos en la eternidad. El juez Hilgonth fue también víctima de esta terrible ola de violencia y hoy está aquí para dirigirnos unas palabras.

El juez subió cojeando al estrado, se apoyó en el púlpito y dijo:

—La tragedia de la familia Black es terrible, todos estamos unidos en su terrible dolor. Nos enfrentamos a algo más que a asesinos y delincuentes, nos enfrentamos a monstruos inmorales y no estamos preparados para ello. Espero que la policía y el FBI atrape a Attila Haldor y el peso de la ley caiga sobre él. Espero que le manden a la silla eléctrica o le pongan la inyección letal, porque gente como ese asesino no merece vivir y respirar el mismo aire que el resto de nosotros.

El juez bajó con dificultad del estrado y se sentó en la primera fila. Su plan había salido a la perfección, aún quedaba un cabo suelto y no descansaría hasta que aquel asunto quedara resuelto. Sabía que mientras Attila estuviera en libertad, no podría dormir tranquilo en su casa, pero por otro lado le emocionaba enfrentarse a alguien como él. A veces los lobos se cansan de matar ovejas estúpidas e indefensas y buscan piezas dignas de su valor. Attila era un depredador como él y únicamente uno de los dos podía quedar con vida, pensó mientras el reverendo volvía al estrado para hacer su oración final.

Attila se encontraba a muchos kilómetros de allí. Se había dejado la barba y observaba la televisión mientras tomaba una cerveza. Cuando vio al juez en la

pantalla sintió un deseo casi visceral de arrojarse sobre él y descuartizarle, pero no quería cegarse con el odio. Sabía que gente como Alan se alimentaba con aquellos sentimientos mezquinos y terribles y él estaba dispuesto a capturarlo y llevarlo ante la justicia. Acarició la llave que tenía metida en bolsillo y visualizó la cajita. Aquel era el único punto débil del juez. La televisión dejó de emitir el entierro y Attila se bebió de un trago lo que le quedaba y salió a la calle. Se puso las gafas de sol y se mezcló con la multitud que recorría las calles de Miami Beach. La caza había comenzado.

## EPÍLOGO

El juez metió la última caja en la casa y se sentó a descansar. Su mujer jugaba con los niños en la piscina y desde aquella hermosa casa se veía la bahía y todas las villas con sus pequeños embarcaderos.

—¿Te preparo algo querido? —le preguntó su mujer saliendo del agua.

—¿Podría ser un té frío?

—Sí, claro. No muevas más cajas, todavía no te encuentra bien del todo.

—No te lo he dicho, pero la semana que viene quiero reincorporarme al trabajo.

Su mujer frunció el ceño, su marido era muy cabezón, aún no estaba preparado para volver a los juzgados.

—¿Estás seguro?

—Me pagan para juzgar y no para tomarme refrescos al sol —se quejó.

La mujer se dirigió a la cocina y comenzó a preparar el té, apenas había avanzado cuando alguien llamó al timbre, salió a abrir y vio a cuatro personas en la puerta.

—Buenos días, somos los vecinos de la casa de al lado, la familia Fajardo, no queremos molestar, les traíamos un pequeño obsequio —dijo el hombre con una gran cesta repleta de fruta.

—¡Muchas gracias! No tenían que haberse molestado.

—No es molestia. Miami puede ser una ciudad un poco fría a pesar del clima, pero creemos que no debemos perder las costumbres de buena vecindad —dijo la mujer.

—Pasen, por favor —comentó Sally mientras dejaba la fruta en la cocina.

—Estos son nuestros hijos Ruth y Scott —dijo el hombre mientras caminaban hacia el jardín.

Entraron en el porche y observaron a los niños chapoteando y al marido en una tumbona.

—Alan, tenemos visita.

El hombre se levantó con algo de dificultad. Miró a los cuatro vecinos y se quedó en silencio.

—La familia Fajardo.

—Encantado —dijo extendiendo la mano al hombre. Después miró al resto de la familia y sintió un escalofrío. Algo se había vuelto a activar en su interior. Se sentía como un cazador emocionado al encontrar de nuevo una pieza digna de su sagacidad.

## Otros libros del autor:

### *El Círculo*

“Tras el éxito de *Saga*, *Misión Verne* y *The Cloud*, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres”

Comentarios de lectores en Amazon:

"Es una lectura muy entretenida, interesante y una historia llena de intriga. Cuando llegué al punto de "continuará..." Me quedé expectante en relación a la segunda parte... Qué bien que ya está disponible, así puedo continuar la lectura."

Claudine Bernardes

“Te atrapa desde el principio, muy ameno, ligero y cautivador, fácil lectura, repasas Historia mientras lo lees. Muy recomendable. Su lectura te envuelve”.

Dancas

“Trama muy ágil y bien llevada. Muy recomendable, muy actual. Se lee en un rato, no sientes el tiempo, te captura desde el inicio”.

Rrivas

“Una noche sin aliento para salvar a su familia y descubrir el misterio que encierra su paciente”

Argumento de la novela *El Círculo*:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la

India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la ciudad de Londres. Un trabajo monótono, pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batoool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batoool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es “El Círculo” y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde “El Círculo”? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas *Más Allá* y *National Geographic Historia*.

Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.